



LA ESPADA DE SAN FERNANDO

LA ESPADA DE SAN FERNANDO

NOVELA HISTÓRICO-CABALLERESCA

ORIGINAL DE

DON LUIS DE EGUILAZ

Ganó á los hijos de Agar
más villas y más batallas
que anillos tienen mis mallas
y arrastra arenas la mar.

(*San Fernando*, drama inédito del
autor.)



MADRID

ADMINISTRACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

San Bernardo, 7.

1911

CON LICENCIA ECLESIASTICA

A MI HERMANO

D. Juan Antonio Martínez de Eguilaz.

Pensaba dedicarte alguno de los dramas que próximos á ser representados tengo en el Principe; mas ya que la fortuna lo dispone de otra manera, y hace que escriba novelas el que siempre soñó con el teatro, allá va este pobre y desaliñado libro, mientras cosa mejor no pueda ser, como recuerdo del cariño que te profesa tu hermano,

LUIS.

PRIMERA PARTE

En los campos de Jerez.

CAPÍTULO PRIMERO

De cómo una mañana de otoño armaron caballero á Garcí-Pérez de Vargas.

¡Cómo ríen las orillas del Guadalete cuando el primer rayo del sol naciente comienza á colorear sus puras aguas, y da el brillo de las perlas orientales á las gotas de rocío pendientes de los álamos que se mecen á los soplos de la brisa matutina! Los jilgueros, los chamaríes y otros mil pájaros de dulce canto y rico plumaje, saltan de rama en rama saludando al nuevo día, mientras en la vega cercana dejan oír perezosamente sus primeros gorjeos la alondra misteriosa y la parda terrera. ¡Qué bello es el sol de Andalucía, Dios mío, y cómo esparce vida y encanto dondequiera que alcanza su luz ardiente y pura! Ese río de funesta memoria; ese río que arrastró en su pérfida corriente el manto real del desgraciado Rodrigo, y vió caer por tierra la insignia del cristiano ante el poderoso alfanje de Tarif; ese río, cuyo nombre no pronuncia ningún español sin estremecerse, también deja por un mo-

mento su melancolía, y aparece alegre y risueño en medio de la encantadora campiña que le rodea. Jerez, saliendo á lo lejos de entre las sombras, ostenta sus moriscos torreones y los mirabetes de sus mezquitas, que como gigantescos espectros se destacan en medio de las blancas azoteas, llenas de macetas en que las flores de todos los países, confundidas sus aromas, exhalan una nube de fragancia sobre la soñolienta ciudad de Aben-Buc.

Corría el año de gracia de 1242.

El ejército cristiano, á las órdenes de Alvar Pérez y el infante D. Alonso, hermano del santo rey Fernando III, acampado á corta distancia de la población, estrechaba el cerco de día en día, aunque la mucha fortaleza de los muros y la no menor que en los pechos infieles se albergaba, hacían perder á los sitiadores toda esperanza de poseer por entonces aquella preciosa joya de la corona sarracena. Su señor Aben-Buc, ayudado del rey de los Gazules, la defendía con un valor inaudito; y muchos meses eran ya pasados desde que se estableciera el sitio, sin que ninguno de los dos ejércitos lograra ventajas de consideración.

A orillas del Guadalete, en el momento de asomar el sol por detrás de la inmediata sierra, se estaba verificando uno de esos espectáculos grandes y caballerescos, que la mezquindad y miseria de nuestra época no nos permite comprender.

En medio de una plaza, que en su centro formaba el real de D. Alonso, rodeada de tiendas de brillantes colores, sobre las que se veían ondear los pendones de los más nobles señores de Castilla, un inmenso número de hombres de armas, mezclados con peones y caballeros, se agrupaba en torno de un

doncel, de hasta veinticinco años, que, de rodillas, escuchaba las nobles palabras que Alvar Pérez le dirigía.

—¡De rodillas, don Garci-Pérez de Vargas! La orden de caballería, que por mi mano recibís, ya sabéis á lo que os obliga. El huérfano y la viuda, todos los seres débiles y menesterosos que en vuestro camino tropecéis, tienen derecho á exigir vuestro auxilio, si vos expontáneamente y de buen grado no se lo prestáis: la religión, el rey, la patria, ganan desde este instante un adalid obligado á dejar de existir antes que volver las espaldas al enemigo. Estos cargos y todos los que de noble y bueno son, echaréis sobre vuestros hombros desde el punto en que seáis caballero. ¿Queréis ser caballero, don Garci-Pérez de Vargas?

—Sí.

—Caballero sois—dijo don Alvar dejando caer su montante sobre las anchas espaldas del noble mancebo;—caballero sois: alzaos, don Garci.

—Siempre tendré en la mente la merced que os debo, don Alvar.

—No echéis nunca de ella las últimas palabras que os he dirigido.

Los vítores del concurso, comprimidos hasta entonces por respeto á la solemne ceremonia, estallaron cubriendo la voz del novel caballero, que lleno de gozo por la dignidad que acababa de recibir, apenas sabía cómo expresar su agradecimiento al buen don Alvar.

—El infante don Alonso—decía éste—os ha calzado la espuela. No echéis nunca en olvido la honra que con esto os hizo.

—Juro por la cruz de esta espada y por la orden

de caballería que de recibir acabo, dar mi vida, si necesario fuere, por el infante.

—Si así lo hacéis, prémioslo Dios; si no, él os lo demande.

Las solemnes y sonoras palabras del buen caballero fueron acogidas con una nueva salva de aplausos, que en alas del viento llegaron hasta los vigilantes centinelas que en la ciudad velaban, sin que éstos pudieran comprender la causa de tan estrepitosa vocería. Uno por uno todos los ricos-homes é hidalgos, sin exceptuar al infante, abrazaron al joven héroe que acababa de merecer aquella soberana distinción; y la multitud, satisfecho su afán de novedades, se disipó bien pronto; marchando en diversas direcciones cuando los primeros rayos del sol naciente vinieron á herir las armaduras de los caballeros y los pesados cascos de los peones.

—¿Qué me dice el buen Fortún de la ceremonia que acabamos de presenciar?—preguntaba un doncel á quien apenas apuntaba el bozo, á un bigotudo veterano lleno de canas y cicatrices.

—Dígame, amigo Nuño, que en los años que de soldado llevo, que á Dios gracias no son tan cortos que de achaques de caballería no pueda entender, no he visto un mancebo tan digno de recibir el espaldarazo y calzar la espuela, como ese Vargas, á no ser su hermano don Diego tan bravo como él, ya que no tan entendido y discreto.

—¡Mala pascua para quien así no lo creyere!—exclamó un tercer, viejo como el que de hablar acababa y lleno como él de valor y franqueza.

—¿Y quién será el atrevido, el deslenguado, el hijo de moro que se atreva á ponerlo en duda, Mendo?—dijo Fortún echando fuego por los ojos.—La

vida me salvaron en una ocasión don García y don Diego, tus nobles señores; y arrancárasela yo con el corazón á quien no dijera que son los dos más bizarros y valientes mancebos que tienen los reinos de Castilla y León.

—¡Gran afecto has cobrado á mis señores!

—Tengo dos hijas, las más bizarras doncellas de Toledo, y una mujer, que no miento si digo que puede contarse entre las más cristianas dueñas de aquella ciudad, que sin el valor de esos donceles no tendrían hoy padre ni marido.

—Todos dicen lo mismo de ellos—exclamó el paje, que no era otro el empleo de Nuño—; por todas partes les siguen las bendiciones y los encarecimientos de los que han hecho felices, y tal vez no hay en el campamento quien algún bien no les deba, ó tenga que contar algo bueno de los dos.

—Sí que hay, y la inexperiencia de tus pocos años te hace no verlo; no falta quien los mire con mala voluntad, porque le dan envidia los elogios que todos les tributan, y sueña ofensas con que justificar sus mezquinos pensamientos.

—¿Quién es el judío que odia á los que todos queremos?—preguntaron con ansiedad los dos soldados.

—Dos hay en el campamento con cuyos nombres pudiera contestaros.

—Villanos é hijos de mala madre deben ser.

—No son sino infanzones, y de los más condecorados.

—¿Cómo se llaman?

—Pero Miguel y don Pedro de Guzmán.

—¡Fuego de Dios en ellos y en su raza!

—¡Mala lanzada les dé un moro!

—Quizá Fortún Paja se burla como siempre— interrumpió Nuño.

—Aunque desempeño las altas funciones de loco y bufón del infante nuestro señor, siempre que hablo con pecheros como yo, cuanto digo es la pura verdad: no andan tan abundantes mis chistes que los malgaste con quien no tiene castillos ni vasallos.

—Luego no es una locura tuya la enemistad de Pero Miguel y don Pedro de Guzmán con los Vargas.

—¡No, por el alma de mi padre! ¿Ignoráis quién es Pero Miguel, y las malas intenciones que ha abrigado siempre su villano corazón?

—Es verdad.

—¿No sabemos todos que ha ahogado ya entre sus brazos á dos enemigos suyos, al tiempo de apretarlos á su seno para celebrar su reconciliación? Del que esto hace, nada bueno hay que esperar.

—¡Ira de Dios, y qué fuerzas tendrá el bellaco! En Dios y en mi ánimo, que á no decirlo formalmente Fortún, no lo creyera—dijo Nuño.

—¿Pues no reparas en su elevadísima estatura, que le hace sobresalir un pie por encima de todos los que en el ejército vamos, y lo membrudo de sus brazos y pecho?

—Es lo que llaman un gigante—observó sentenciosamente el desde hacía algunos minutos silencioso Mendo.

—Así es, en efecto, y Mendo se explica como un sabio.

—¿Y qué me diréis de don Pedro de Guzmán?—preguntó el paje.

—Diréte que yo no fiaré nunca de quien se cubre tanto con su escudo en la batalla.

—Es decir, que es un cobarde.

—Casi lo mismo.

—¿Pero desde cuándo el bravo Pero Miguel se asocia para sus odios con quien carezca del valor que á él le sobra?

—Desde que la astucia de ese Guzmán, que no se atreve á romper abiertamente con los dos donceles, le ha convertido en un instrumento de su venganza.

—¿Y mis señores se recelan de ellos?—preguntó Mendo.

—Tus señores creen que todos tienen corazones tan francos como los suyos.

—¿De modo que se les prepara una asechanza que no tratan de evitar?

—Así lo creo.

—¿Y qué debemos hacer?

—Descuida en mí, que yo desharé los planes de esos mandrines.

—Cuenta, Fortún, con mi vida, en todo caso.

—Y con la mía.

Los clarines del infante, dando á los vientos un aire guerrero, vinieron á cubrir las voces de nuestros tres valientes. Presto al sosiego y tranquilidad que en todo el campamento se advertía, sucedió un alboroto infernal, en que los gritos de los jefes, confundidos con el rechinar de las armas y los relinchos de los caballos, apenas llegaban á los oídos de los soldados, que corrían precipitadamente á reunirse en la orilla del Guadalete. El sol, que de lleno los iluminaba, apenas permitía contemplar con los deslumbradores reflejos de las armaduras, los extraños plumajes y costosos jaeces que bajo los pendones de los ricos-homes se veían, formando la más magnífica visualidad que imaginarse puede. No

tardó mucho en presentarse el infante seguido de los más nobles caballeros de su ejército, y presto á su voz aquella multitud de guerreros, en cuyos bravos corazones jamás tuvo entrada el terror, de rodillas con los brazos extendidos al cielo, imploraban la protección del Dios de las batallas.

CAPÍTULO II

De cómo queriendo Pero Miguel dar un abrazo á D. Diego de Vargas, éste no consintió en verse tratado con tanto cariño.

A poca distancia del lugar en que el ejército se había reunido, se hallaban á la sombra de un grupo de árboles Pero Miguel, Guzmán y D. Alvar Pérez, en animada conversación con el infante; y no lejos de ellos, don Diego y don García, caballeros en dos potros andaluces, dirigían amenazadoras miradas á la ciudad, mientras que fraternalmente se felicitaban por los sucesos del día.

—Miguel—decía don Alvar—, la batalla que dentro de algunas horas debe empeñarse, será terrible y sangrienta.

—Todos los que en el campo están, han perdonado, antes de confesarse, á sus enemigos, y es preciso que os reconciliéis con don Diego—continuó el infante.

—Mandadme, señor, otra cosa, que esa es la única en que no puedo serviros.

Pérez echó una ojeada de desprecio á Miguel, y le volvió la espalda. Este verdadero Hércules le miró

fieramente un instante, y la contracción de sus músculos de hierro reveló bien claro que sólo la presencia del infante le detenía en vengar aquel agravio.

—Es lo único que os he pedido—continuó don Alfonso sin percibirse de nada.—Somos cristianos, y en presencia de la muerte, que tal vez está cercana, no debemos mirar más que hermanos en los que profesan nuestra fe. ¿No perdonaréis á don Diego?

—Decid que sí, y abrazadle—dijo Guzmán por lo bajo, mientras que en su repugnante fisonomía se dibujaba una sonrisa siniestra. Perdonadlo, Pero, pues que el señor infante os lo suplica.

—Sí que haré—dijo el gigante después de un momento de reflexión—; sí que haré, con tal que en señal de amistad me dé don Diego un abrazo y reciba otro mío.

—¡Gracias, Miguel! Don Diego—gritó el infante—¡acercaos!

Los dos hermanos, picando sus caballos, se hallaron un momento después en medio del grupo.

—Ya, como vos, accede Pero á mis ruegos, y consiente en vuestra reconciliación.

—Yo no le guardo rencor alguno, y desde luego deseo que me tenga por su amigo, contestó alegremente don Diego, tendiendo la mano á su adversario.

—Señor infante, yo he consentido; mas con una condición.

—¿Qué condición?—preguntó don Diego retirando la mano.

—¿Qué condición?—repitió García, queriendo penetrar con los ojos el interior del alma del enemigo de su hermano.

D. Pedro y Miguel cruzaron una mirada de inte-

ligencia, mientras que el noble Alvar Pérez decía por lo bajo á Diego:

—¡Cuidado con los abrazos de Judas!

—¿No diréis qué condición es esa?—preguntó sencillamente don Alonso.

—Ya la he indicado: que troquemos un abrazo en señal de buena amistad.

—Nada más justo: abrazaos—exclamó alegremente el infante.

Los ojos de don Pedro y Miguel brillaban de alegría.

—¿Queréis darme los abrazos en prenda del fin de nuestro resentimiento?—dijo el último á don Diego, mirándole con sonrisa burlona.

—¡Ira de Dios! Si don Alonso no estuviera delante, diérais muerte con los míos—exclamó lleno de cólera el interpelado.

—Y si él no lo hiciera, mi lanza le mataría, después de enrojecerse en vuestra sangre. Vuestras fuerzas os hacen confiar en que mi hermano quedará ahogado entre vuestros brazos, como ya les ha sucedido á otros muchos á quienes envidiabais, porque no tenéis el valor suficiente para hacer lo que ellos! Vamos, don Diego, que no sé si la presencia del infante bastará á contenerme.

—Vamos, don García, que ya le tropezaremos lejos del sagrado que ahora me impide castigarlo.

Y después de saludar profundamente á don Alonso, se alejaron los dos hermanos al galope, confundándose bien pronto entre un grupo de soldados.

Pero y Guzmán, viendo frustrados sus planes, quedaron anonadados por un momento; mas presto, saliendo el primero de su turbación, exclamó con hipócrita humildad:

—¡Ya véis, señor, cómo me tratan!

—¡Cómo os conocen, señor Pero Miguel!—gritó una voz á su espalda.

—¿Quién es el deslenguado que se atreve á tanto?—dijo el infante.

—Yo, señor—dijo Fortún saliendo de detrás de unos árboles.

—No os alteréis, caballeros. Es Fortún, mi loco.

—Que hubiera pasado con su ballesta el pecho del que quería asesinar á don Diego—dijo Fortún con entereza, mostrando el dardo colocado en el mortífero arco, pronto á ser lanzado á su menor movimiento.

—Esto no es nada, señores—continuó el infante;—vamos, que mayores cuidados nos esperan.

—Pensad que Dios no deja impunes los delitos, y encomendaos al santo que mejor queráis—dijo Paja á Miguel, siguiendo al infante, que hacia su ejército caminaba con Alvar Pérez.

Pero quedó meditabundo, como si estas últimas palabras le hubiesen llegado al corazón.

—¿Os dan miedo las sentencias del loco?—le preguntó con tono sarcástico Guzmán.

—Confieso que me han aterrado.

—Con más valor os creí.

—¡Vive Dios, que al que dude de que lo tengo!...

—Basta, que así es como yo deseaba veros.

—Gracias, Guzmán. Ese loco me la ha de pagar.

—Cuando hay grandes enemigos, se desprecian los pequeños.

—¿Qué queréis decir?

—Que los Vargas se han reído de vos.

—No volverán á hacerlo, por el padre que me dió el ser.

—¡Vedlos allí, qué orgullosos están al frente de sus soldados! ¡Bizarros son, por vida mía!

—¿También vos los elogiáis?

—Digo lo que todos dicen.

—¡Por Santiago! Pronto dejarán de decirlo.

—Parece que esto promete—pensó Guzmán.—
¡Vamos á reunirnos con nuestros soldados.

—Vamos—contestó Pero Miguel con tono sombrío.

—Algo me anuncia que en el asalto que hoy habrá de darse quedará sin vida uno de los Vargas.

—¡Quién sabe si los presentimientos son avisos del cielo!

—Decididamente, va á servirme de algo este gigante—murmuró don Pedro, mientras que los dos galopaban en la dirección que el infante llevó momentos atrás.

Las músicas del campamento entonaron un himno guerrero al ponerse el ejército en marcha; y presto el sonido de chirimías y atabales, que desde la ciudad partía, dió á conocer que en ella se preparaban á recibirlos.

CAPITULO III

Donde se cuentan tres saltos, que ni el de Alvarado.

Los caballos en este aperebiendo,
firmes y recogidos en las sillas,
sueltan las riendas, y los pies batiendo
parten contra las bárbaras cuadrillas:
las poderosas lanzas requiriendo,
afiladas en sangre las cuchillas,
llamando en alta voz al Dios del cielo,
hacen gemir y retumbar el suelo.

(ERCILLA, *La Araucana*.)

La tarde va declinando y aún se escuchan en las funestas riberas del Guadalete los clamores de guerra que saludaron el nuevo día. Los dos ejércitos están deshechos y mezclados, confundidos yelmos y turbantes, cruces y medias lunas; cada cuál sin curarse de lo que pasa á su alrededor, combate cuerpo á cuerpo con el enemigo que la suerte le ha deparado.

¡Horrible es un campo de batalla cuando después de rotas las haces y calladas las músicas sucede la lucha particular á la general, y al brillante color de las armaduras el rojo matiz de la sangre! Rotas las plumas de las cimeras, abollados los cascos, sembrado el suelo de armas y moribundos, nada más terrible ni magnífico á la vez que esos hombres que en medio de tantos horrores luchan aún, cubiertos de heridas, por defender sus creencias.

Los moros que intentaron una salida desesperada, han sido rechazados en todas partes. Mirad al novel caballero don Garci-Pérez de Vargas, cómo, á la

cabeza de aquel lucido escuadrón de jinetes, alancea á aquella turba de infieles y los acorralla contra la puerta del Algarbe! ¡Santiago de Compostela! ¡Ved cómo derriban la puerta y cómo clavan contra las paredes de las casas á los que aún osan resistirse! Los moros se baten detrás de una muralla de muertos, y los caballos del generoso mancebo no pueden penetrar más adelante, porque los cadáveres les obstruyen el paso. ¡Ira de Dios, y cómo choca el hierro con el hierro, y cómo caen desplomados los hombres desde encima de sus corceles!

—¡Animo, García!—gritaba Alvar-Pérez corriendo á rienda suelta hacia la puerta que acababan de traspasar los cristianos.

—Todos le tenemos á Dios gracias—contestó Miguel tendiendo su brazo de hierro y enviando un hombre al otro mundo.

—A ninguno nos falta—dijo don Pedro de Guzmán cubriéndose cuidadosamente con su adarga.

—A ninguno—repitió Paja en tono sarcástico.

—En vos descanso, García, y torno adonde más falta hace mi presencia—volvió á gritar don Alvar volviendo las riendas á su caballo.

—O aquí será mi fin, ó mañana podré decir que he corrido las calles de Jerez—contestó García cuando ya el valiente caballero se hallaba lejos.

Entretanto el combate se hacía más sangriento por minutos, y los moros, animados por la presencia del rey de los gazules, que acababa de llegar al teatro de la lucha con un crecido refuerzo, consiguieron hacer perder algún terreno á los sitiadores.

Tres veces fueron rechazadas las tropas que mandaba don Garci, y otras tres volvieron á recobrar lo perdido. La muralla de muertos, tras de la cual

se defendían los moros ocupando completamente la estrecha calle del Algarbe, no permitían á nuestros caballeros herirles de cerca, y los botes de sus lanzas se estrellaban contra los cuerpos que momentos antes habían privado de vida. Entretanto los venablos y las flechas silbaban por el aire, y una lluvia de piedras y muebles caía sobre ellos desde los terrados y ventanas inmediatas, sin que sus escudos bastasen á libertarlos de los golpes.

En todas partes se oían resonar los gritos de victoria de los cristianos, mezclados con los salvajes alaridos que la desesperación hacía exhalar á los infieles, y Vargas se avergonzaba al ver que sólo los suyos no conseguían ventajas decisivas, y que la obstinada resistencia de los defensores hacía poco menos que imposible el cumplimiento de la palabra que momentos antes empeñara.

—¡Santiago y á ellos!—gritó lleno de rabia haciendo el último esfuerzo para alentar á sus soldados.

—¡Santiago y á ellos!—repitieron éstos en coro adelantando algunos pasos, que un nuevo embate de los moros les hizo perder al instante.

—¡Ira de Dios!—murmuró Garci-Pérez—; don Alvar va á decir que un Vargas ha dejado de cumplirle su promesa.

Y hundiendo las espuelas en los ijares del noble corcel, le hizo saltar el muro de cadáveres que á su paso se oponía. Admirados los infieles al ver el arrojo del joven héroe, y combatidos sin tregua por sus bizarros compañeros, le abrieron camino estupefactos; bastando este momento de vacilación para que Garci-Pérez, doblando á rienda suelta la esquina y pasando por delante de la mezquita principal, se in-

ternase en un laberinto de callejuelas de esas que tanto abundan en las ciudades moriscas.

—Pero, Miguel—gritó Guzmán—, esta vez García nos ha vencido en valor.

—No, ¡por todos los santos de la corte celestial! ¡No ha de decirse jamás que Pero Miguel tuvo miedo de hacer lo que un Vargas hizo!

Y siguiendo el ejemplo de su enemigo, presto se halló en medio de los moros, corriendo en la dirección que Garci-Pérez.

Un tercero salió de entre los cristianos, y aprovechando el asombro causado por la acción de los dos caballeros, corrió á todo escape tras de ellos, después de saltar la fúnebre valla que interceptaba la calle.

—¡Allá vamos todos, señor Pero Miguel!—gritó Fortún Paja, que no era otro el atrevido soldado.

—¡Alá nos abandona!—gritó lleno de rabia el rey de los gazules.—Defendeos hasta no quedar uno vivo, que antes que la ciudad acabe de perderse tengo que poner en salvo la más rica joya que hombre alguno poseyó.

Y haciendo una seña á cuatro gigantescos nubianos que á su lado se batían como tigres, voló mas bien que corrió, seguido de ellos, por diferentes calles que los tres valerosos cristianos; mientras que los suyos, haciendo uno de esos sublimes esfuerzos que sólo la desesperación inspira, consiguieron arrojar de la ciudad á los soldados de Garci-Pérez, volviendo á recobrar la puerta del Algarbe.

CAPITULO IV

*De cómo mientras fuera peleaban, no faltaba dentro
quien á Dios pidiera.*

¿De qué sirve á mi belleza
la riqueza,
pompa, honor y majestad,
si en poder de adusto moro
gimo y lloro
por la dulce libertad?

(ABOLAS.)

El día toca á su fin. La tibia luz del crepúsculo vespertino, iluminando débilmente las estrechas y tortuosas calles de Jerez, les daba un aspecto fantástico y misterioso, que junto á la soledad que en ellas reinaba por hallarse todos sus habitantes en los muros ó en el campo, y á los lejanos clamores que el viento traía, era capaz de infundir pavor en los más valerosos corazones. Las mujeres, retiradas al fondo del harem, aguardaban temblorosas, apretando á los hijos contra su seno, el desenlace del horrible drama que se estaba representando, en que todas aventuraban un objeto querido, y el silencio más profundo reinaba en la ciudad.

En un magnífico salón del palacio del rey de los Gazules, adornado con toda la riqueza del lujo oriental, se hallaban dos mujeres que la expirante luz del crepúsculo, penetrando á través de los pintados vidrios de las ventanas, apenas permitía examinar. Sin embargo, la respetuosa distancia que las

separaba y la diferencia de trajes, ricos y cubiertos de oro y pedrería los de la una, sencillos y modestos los de la otra, daban á conocer que pertenecían á bien distintas clases, así como el diverso tipo de sus fisonomías mostraba que no habían crecido bajo la influencia de un mismo sol.

—¡Dios mío—decía la primera elevando al cielo sus hermosos ojos azules—haz que triunfe tu santa causa, y que ganada la ciudad pueda volver á respirar el aire de mi patria y á contemplar el hermoso suelo que me vió nacer!

—¿Qué tienes, señora? ¿Estás inquieta por la suerte que puede caber en el combate á nuestro señor el rey de los gazules? Dios es grande, y Almanzor el más valiente de cuantos montan un caballo ó ciñen una cimitarra.

—¿No oyes, Celima?

—¿Qué?

—Parece que el rumor del combate llega más distintamente á mis oídos.

—Es que el viento arrecia y lo conduce mejor.

—¡Qué horrible ansiedad es no saber lo que tal vez decide de mi suerte futura!

—No temas: Almanzor y Aben-Buc jamás han sido vencidos. Presto le verás tornar amante y animoso como siempre, esperando quizá, en premio de su valor, los favores que jamás le has querido conceder.

—Calla.

—El respeta tu voluntad, se somete á tu deseo, cuando jamás los suyos han conocido barreras. ¿No merece el amor que te profesa un poco de amor en premio? Desde el día en que te cautivaron, tú, destinada por la suerte á ser su esclava, has sido su

señora, y la señora de cuantas en su harém vivimos; el oro, las perlas, las más ricas telas, los perfumes, todo se prodiga en derredor de ti. ¿Qué más puedes pedir á un hombre para darle tu corazón?

—Aun cuando fuese mío, nunca le daría al enemigo de mi patria y de mi religión. Doña Elvira de Lara sabrá morir primero que perder su honra.

—Sólo comprendo de tus palabras que amas á otro.

—Sí. Amo á otro.

—¿A alguno de los amigos de mi señor, que somos ver pasar á traves de las celosías?

—No. Antes que me cautivaran, estaba cautiva mi alma.

El bello rostro de la hermosa castellana brilló por un momento de alegría, al recuerdo del hombre que amaba; pero presto volvió á extenderse sobre él la nube de tristeza que habitualmente lo enturbiaba, y exclamó llorando:

—¡Ya no le volveré á ver!

—¿Quién era el caballero cristiano que logró vencer tu desdén? Dichoso sería.

—Si dicha fuese el verse amado por mí, mal pudiera gozarla quien nunca lo supo.

—¿Cómo?

—Yo le veía pasar todos los días bajo mis rejas, y admiraba su valor y destreza en los torneos; pero el noble doncel creo que jamás reparó en mí.

—¿Cuál es su nombre?

—Nombre debe ser bien conocido en el mundo, y que jamás los musulmanes oísteis sin estremeceros.

—¿Cómo se llama?

—Lo ignoro absolutamente. Pero su bizarra apostura y la gentileza de su talle me hacen suponer lo que digo.

La confusa vocería que aumentada considerablemente en aquel momento llegó á sus oídos, las hizo correr á las ventanas para escuchar de más cerca; mas presto un gran ruido como de pisadas de caballos al galope, que sintieron en la calle, las hizo apartarse de ellas, recelando algún peligro.

—Ampáralos, Dios mío!—exclamó doña Elvira cayendo de rodillas.

De repente la puerta del salón se abrió y el rey de los gazules, pálido y cubierto de sangre, se presentó en el dintel seguido de sus cuatro africanos.

Las dos mujeres lanzaron un grito de horror al mirar el estado de sus rostros y vestidos, y retrocedieron algunos pasos; mas pronto doña Elvira, sobreponiéndose á aquel primer movimiento, corrió hacia Almanzor.

—¿Habéis vencido?—dijo con horrible acento.

—Estaba escrito que esta ciudad dejaría de pertenecer á los creyentes, y dentro de algunos instantes será de los cristianos.

La cautiva exhaló un grito de júbilo que la razón preocupada del moro no pudo comprender.

—Es preciso huir: sígueme, Elvira.

—¿Seguiros yo?—dijo la castellana queriendo escapar de entre los brazos del rey.—¡Nunca!

—No podemos detenernos. Hasta ahora tu voluntad ha sido siempre la mía, y hasta has logrado que por satisfacer tu deseo sofocara el fuego que ardía en mi pecho, con la esperanza de encenderlo en el tuyo. Perdóname, sultana, si por primera vez no respeto tu gusto, porque tu vida es mi vida, y sin la luz de tus ojos no me sería dado existir.

Y á una seña suya los esclavos se apoderan de la infeliz cautiva, que sólo pudo oponerles una débil

resistencia, y bajando tras él las escaleras cabalgaron en los corceles que en la calle les esperaban, después de colocarla delante del de su señor.

—Ahora—exclamó este, ciñendo con su membrudo brazo el esbelto talle de la doncella—seguidme á rienda suelta y dejad que se hunda Jerez. ¡A mi ciudad de Alcalá!

Por un momento escuchó Celima las pisadas de los caballos; después el rumor del combate las cubrió, aunque la esclava creía oirlas de vez en cuando, mezcladas con gritos de guerra más cercanos.

CAPITULO V

¡Vargas, machuca!

BONIFAZ. ¡Cosa sería de verse!

SEGURA. ¡Y como que fué! Per cierto que Alvar Pérez le gritaba:
¡Machuca, machuca, Diego!
¡Aquí, buen Vargas, machuca!
Y por este dicho y hecho,
Vargas Machuca le llaman,
que machucó de lo bueno.

(*San Fernando, drama inédito.*)

Entretanto, sin ninguna esperanza de volver á recobrar lo perdido, los valientes que acometieron la puerta del Algarbe se batían como leones, más por volver al campo cubiertos de heridas que atestiguaran no ser el miedo la causa de haber sido rechazados, que por conseguir ventajas imposibles.

Todos, después de perdida la calle, volvieron á la carga con nuevo valor y fuerzas nuevas, menos

Guzmán, que picando su caballo, se alejó en dirección contraria, murmurando sordamente:

—Este queda ya seguro dentro de la ciudad, y si posible le fuera escaparse, mi gigante se encargaría de rematarlo; en cuanto á Pero Miguel, es difícil que consiga librarse de la muerte ó el cautiverio, y no podrá nunca decir quién le obliga á hacer lo que hace. Por aquí todo va bien: vamos al otro.

Cruzando á rienda suelta los campos que del Guadalete le separaban, llenos de despojos y cadáveres de moros, y evitando cuidadosamente los olivares en que los vencidos se habían refugiado, llegó bien pronto al lugar en que por la mañana estaba sentado el campamento de don Alonso, donde á la sazón una banda de jinetes, á cuya cabeza se hallaban don Diego y don Alvar, perseguía los últimos restos de una falange morisca, obligándolos á precipitarse en el mismo río donde algunos siglos atrás hallara tan funesta sepultura el poderoso imperio de los godos.

Don Diego, abollada la armadura por todas partes, herido y jadeante, pero lleno aún de valor y entereza, seguía el alcance de los fugitivos, dando golpes con la mitad de su espada, única cosa que de sus lucidas armas le quedaba, sin que la nube de dardos que en rededor de él silbaban ni el mal estado de su cabalgadura le detuvieran un momento.

—Esto se presenta mejor de lo que me pensaba—murmuró Guzmán al descubrirle.

—¡A ellos, buen Vargas!—exclamaba don Alvar blandiendo su pesado montante.

Y los soldados, ebrios de victoria, se precipitaban como tigros sobre las deshechas haces de los musulmanes, á los gritos de «¡Santiago y Castilla!» que el

choque de las espadas y los clamores de los heridos apenas permitían escuchar.

—¡Don Diego de Vargas!—gritó Guzmán con toda la fuerza de sus pulmones.—¡Don Diego de Vargas!

Pero el hermano de Garci-Pérez, entregado enteramente á su juvenil ardor, no le escuchaba.

—¡Don Diego!—volvió á decir aproximándose á él.—¡Don Diego!

—¿Qué me queréis?—contestó éste por fin, conteniendo su potro.

—¡Os estáis deteniendo en perseguir á los vencidos, cuando no lejos de aquí hay infieles que aún rechazan valerosamente los ataques de nuestros soldados!

—¡Ira de Dios! ¿Dónde?

—En esos olivares. ¿No véis salir de entre los árboles una nube de flechas?

—¡Sí! Junto á aquella casa se ve también ondear un pendón morisco.

—Es una mengua para los que de buenos nos preciamos, que después de un día entero de combate se resista aún esa vil canalla.

—Tenéis razón, ¡por mi patrón Santiago! Vamos allá.

—Vamos.

Los dos partieron como el rayo hacia los olivares; pero presto el corcel de don Pedro, fuese efecto del cansancio ó de los amaños de su jinete, fué perdiendo terreno poco á poco, ganándole el de Vargas una inmensa delantera.

—Mi caballo no puede más, don Diego—decía Guzmán tirando de las bridas al suyo, al par que lo espoleaba.—Esta maldita bestia, que mala gumía

desjarrete, me va á hacer perder la más brillante ocasión de demostrar lo que valgo, que á duras penas pudiera encontrar.

Pero don Diego, fija la vista en el pendón que por encima de los olivos ondeaba, no veía nada, ni en nada que no fuese arrancarlo de las manos que lo tenían podía fijar su pensamiento.

—Esto marcha cada vez mejor—pensó don Pedro soltando la carcajada.—Presto se encontrará sin armas en medio de los moros, y la maldita raza de los Vargas se habrá extinguido dentro de un instante.

Y así pensando se bajó del caballo, y bien cubierto por un grupo de álamos negros, aparentó ocuparse enteramente en restañarse la sangre que de una herida le brotaba.

Entretanto don Diego, rasgando los ijares al suyo, había llegado á los olivares, y sin pararse en el mal estado de sus armas, penetraba por entre los árboles dando y recibiendo sendas cuchilladas. Veinte ó treinta moros, peones y caballeros á quienes una carga del infante había obligado á refugiarse en aquel lugar, desde donde rechazaron á sus perseguidores, al ver que un cristiano solo osaba penetrar en él, se lanzaron á su encuentro con ese valor salvaje que el deseo de venganza y la desesperación suelen prestar en circunstancias análogas. Presto el mancebo se halló rodeado por todas partes de enemigos que á pie y á caballo, así con lanzas y alfanjes como con flechas y venablos, le hostigaban incesantemente, mientras que él, teniendo sólo para ofenderles un trozo de espada, con el que raras veces lograba alcanzarles, debía su vida á cada momento á la destreza de su caballo, que con saltos y

rehuídas evitaba los golpes que le dirigían. Comprendiendo don Diego lo terrible de su posición, echó una escrutadora mirada en torno, buscando con ella un socorro que no creía lejano.

—¡Don Pedro!—gritó—¡por aquí! ¡Por aquí, don Pedro!

El eco y los sordos alaridos de los musulmanes fué la única respuesta que consiguió.

—¡Por aquí, don Pedro! ¡A mí, Guzmán!—exclamaba con desesperación esforzando la voz cuanto podía, sin que ni el más mínimo ruido le anunciase que sus palabras habían sido oídas.

Entonces, convencido de que sólo del cielo podía venirle el socorro, y que abandonado de los suyos no le quedaba más recurso que morir acorralado como una fiera, soltó á la vez las riendas de su caballo y el trozo de espada con que se defendía, y asiéndose con ambas manos de una rama de olivo, que sobre su cabeza se mecía, consiguió desgarrarla, no sin recibir entretanto dos ó tres botes de lanza, capaces de privar de sentido á cualquiera que no fuese de hierro como nuestro bizarro mancebo. Los golpes retumbaron sordamente en su armadura, sin que en su rostro se notase la menor expresión de dolor, ni su boca se abriese para lanzar el más leve quejido.

Los moros, animados al verle sin armas, se lanzaron á él con nueva furia; pero de repente, elevándose don Diego sobre los estribos, levantada la rama sobre su cabeza, descargó un golpe tal al que más cerca tenía, que vino á tierra sin sentido lanzando una horrible imprecación.

—¡Santiago y los Vargas!—gritó, haciendo saltar su caballo, y descargando un segundo golpe con

aquella terrible maza que dos hombres no hubieran podido enarbolar.—¡Santiago y los Vargas!

Y menudeando los golpes con una celeridad increíble, machucaba sin descanso las cabezas de sus enemigos, haciendo rodar uno por tierra cada vez que descargaba su rama.

Los moros, dando espantosos alaridos de rabia y desesperación, sólo de herir se curaban, dándoseles poco de la muerte con tal de vencer á tan valeroso contrario. A ocho había hecho ya morder el polvo, y aunque rendido por el cansancio y la falta de la sangre, que por tres heridas le brotaba, sobresalía aún entre los gritos salvajes de los musulmanes su poderoso grito de guerra: ¡Santiago y los Vargas!

—¡Animo, hijo mío!—exclamó á corta distancia una voz conocida, que prestando nuevos bríos al mancebo, le hizo arrancar el alma á un noveno musulmán.—¡Animo, don Diego!

Un caballero, cubierto el rostro con la celada y seguido de hasta unos seis jinetes, se precipitó á rienda suelta en el teatro de la lucha. Era don Alvar, que avisado por Mendo y Nuño de la dirección que el doncel había tomado, y recelando de su mucho valor que se expusiera á algún grave riesgo, venía en su auxilio, guiado por los gritos de guerra que lanzaba.

Los infieles, viendo segura su pérdida con la llegada de este nuevo refuerzo, pues aunque superiores aún en número, la experiencia acababa de mostrarles de cuánto era capaz un caballero cristiano, se dieron á correr antes que las lanzas de los valedores de don Diego se embotasen en el acero que los cubría. Este, sin aguardar el socorro, siguió el

alcance de los fugitivos, descargando mortíferos golpes sobre las cabezas, mientras que Alvar Pérez le gritaba siguiéndole de lejos:

—¡Machuca, Vargas, machuca!

Y los soldados que tras él volaban celebrando con carcajadas y vítores la invención de tan extraño modo de pelear, decían en coro:

—¡Victoria por Vargas Machuca!

Los infieles que no murieron á sus golpes, que pocos fueron, lograron escaparse por la ligereza de sus corceles, cuando el de Vargas, cubierto de heridas y fatigado por todo un día de batalla, vino al suelo para no volverse á levantar. Don Alvar, que á dos pasos le seguía, saltando prontamente del suyo, recibió á don Diego en sus brazos, exclamando con tono paternal:

—¡Bien, hijo mío!

Mientras que los soldados repetían con entusiasmo:

—¡Victoria por Vargas Machuca!

CAPITULO VI

En las calles de Jerez.

Garci-Pérez sin sentir amenguado su brío por el terrible aspecto que la soledad prestaba á las tortuosas callejuelas en que se habían internado, seguía corriendo á rienda suelta entre las sombras, que poco á poco iban descendiendo sobre la arábica ciudad. El ningún conocimiento que de ella tenía,

y la falta de un fin que le guiase, le hizo fiar al instinto de su caballo el camino que debería tomar, después de un momento de reflexión.

Calada la celada y cubierto enteramente por su armadura empavonada de un color obscuro, dando al viento las plumas azules de su casco, más que hombre parecía uno de esos seres fantásticos que la imaginación nos hace ver en el sueño, vagos y misteriosos como los personajes de los cuentos alemanes.

De calle en calle, de plaza en plaza, el noble mancebo había recorrido buena parte de la población sin que nadie se opusiera á su marcha. El crepúsculo expiró: las tinieblas velaron completamente el horizonte; y aún el buen caballero, la lanza en la mano y el pensamiento en Dios, corría al escape por las estrechas calles de Jerez.

De repente un fuerte ruido de pisadas de caballos que por el extremo opuesto de la callejuela en que á la sazón penetraba escuchó, le hizo contener el suyo. Por el lado opuesto, pero mucho más á lo lejos, creyó oír un rumor semejante, que estuvo á pique de hacerle volver en aquella dirección. Pero presto, tornando á su primer idea,

—¡Bah! Será el eco de las que por delante escucho—pensó.

Estas se acercaban más y más, y á través de las sombras columbró Garci una porción de bultos que hacia él se encaminaban.

—¿Quién va?—gritó con voz de trueno cuadrándose en medio de la calle.

El silencio más profundo fué la única respuesta que obtuvo.

—¿Quién va?—volvió á repetir adelantándose cu-

bierto con el escudo, y apoyando la lanza sobre su pecho.

Las pisadas, cada vez más cercanas, respondieron sobradamente que los que hacia él venían eran hombres que no se aterraban por voces.

—¡Por San Millán de la Cogulla, que esto va prometiendo parar en extraordinaria aventura!—pensó Garcí-Pérez, viendo los bultos á diez ó doce pasos. —Paraos, ó por mi patrón Santiago que emprendo con vosotros á lanzadas—dijo en voz alta.

—Caballero cristiano, que otra cosa no puede ser quien invoca tan santo nombre, amparad á una dama desvalida—gritó con tono doliente una voz femenil, dulce como el sonido del arpa, saliendo de enmedio del grupo que se adelantaba.

—Sí que haré, por la orden de caballería que profeso.

—Parad—dijo una voz varonil con acento imperativo.

Y el ruido de pisadas cesó, y los bultos dejaron de moverse.

—Alí, toma esta mujer, y cuenta que me respondes de ella con tu cabeza—continuó la misma voz.

—Soy tu esclavo—contestaron humildemente después de una leve pausa.

—Ahora, caballero cristiano—gritó la primera voz—veremos cómo sabes cumplir tus arrogantes promesas.

—Como las cumplen todos los que ese nombre llevan.

—¡A él, mis valientes!

—¡Santiago y los Vargas!—exclamó Garcí-Pérez precipitándose al encuentro de sus misteriosos enemigos.—¡Santiago y los Vargas!

Horrible debió de ser el choque á juzgar por el estrépito, que retumbando sordamente en las solitarias calles de la atribulada población, acabó de llenar de espanto los femeniles pechos de las sultanas.

—¡Alá! ¡Alá!—aullaban los que á Vargas acometían.

Y un ¡ay! ahogado y un grito de triunfo dominaron por un instante el estruendo de la lucha.

—Como este rodaréis todos, ruin canalla. Venid acá, malandrines, y probaréis el poder de mi brazo.

El ruido del hierro, los quejidos y las pisadas de los corceles, que en medio de la obscuridad se revolvían, volvieron á no dejar entender una palabra.

Algunos momentos después el rumor de la carrera de dos caballos, que se retiraban á todo escape del lugar de la lucha, dieron á conocer que ésta había concluído por la fuga de los dos que aún oponían resistencia á nuestro valeroso caballero.

—¿Dónde estáis, señora?—dijo éste después de cerciorarse de que ningún enemigo le quedaba.

El eco de su propia voz y los últimos quejidos de un moribundo le contestaron lúgubrementemente.

—¿Dónde estáis, señora?—volvió á decir Garci-Pérez desesperado.

Aguardó un momento y obtuvo la misma respuesta que la vez anterior.

—¡Ira de Dios—exclamó el doncel asiendo fuertemente su lanza—, esos cobardes la han arrastrado en su fuga! Pues, por San Pedro y San Pablo, que ó he de perder el honrado nombre que llevo, ó tengo de cumplir la palabra que de librarla de esos infieles la di.

Y ya se disponía á correr tras ellos, cuando nuevas pisadas de caballos, que en contraria dirección

oyó, le hicieron abandonar su propósito. Volvióse rápidamente hacia aquel lado, y preparándose á un nuevo combate, gritó con voz ahogada por la cólera:

—¿Quién va?

—¡Hola! ¿Sois vos, D. Garci-Pérez de Vargas? Una hora hace que voy en vuestro seguimiento, y doy gracias al demonio por haberos tropezado al fin.

—¿Quién es el que en medio de una ciudad enemiga sabe mi nombre y me conoce por la voz?

—Un hombre que no consiente que de él se ríen, y de quien os habéis reído esta mañana.

—Si no os explicais más claro, os mandaré al otro mundo sin saber vuestro nombre.

—Nunca ha negado el suyo Pero Miguel, ni á amigo ni á enemigo.

—¿Y según suponéis, me hallo en el número de los últimos?

—Os odio con todo mi corazón.

—Pues no perdamos el tiempo, que va siendo tarde.

—Tenéis razón. En las calles de Jerez puedo mataros sin que nadie me acuse por ello.

—Sí. El sitio no puede ser más conveniente.

—¿Me veis bien desde ahí, señor Pero Miguel?

—Os columbro débilmente entre las tinieblas. ¿Y vos?

—Os veo lo bastante para poder dirigir á vuestro corazón el hierro de mi lanza.

—Pues á ello.

—Pues á ello.

—¡Ay de vos!—dijo Miguel, arrojando con toda la fuerza que su gigantesca talla le suministraba,

su pesada lanza en la dirección en que se hallaba don Garcí.

El ruido que la armadura de éste produjo al chocar con las piedras de la calle, y el silbido del arma, que fué á clavarse en una de las puertas inmediatas, hizo lanzar un salvaje grito de triunfo á Miguel, que creyó haber acabado del primer golpe con su adversario.

—¡Un Vargas menos!—exclamó con alegría.

Pero no bien había concluído esta frase, una ballesta lanzada á corta distancia del teatro del combate, atravesándole el cuello le hizo venir á tierra sin vida, ahogando en su garganta el último quejido.

—Ya os previne esta mañana que os encomendaseis al santo que mejor quisierais—, murmuró Fortún Paja á su espalda.—El crimen nunca queda impune, señor Pero Miguel.

—¡Fortún! ¿Tú aquí?—dijo una voz harte conocida del loco del infante á pocos pasos de él.

—Mi señor don Garcí, ¿aún estáis vivo?—contestó el bufón corriendo ébrio de alegría hacia aquel lado.

—Vivo estoy y sin mortal herida á lo que me pienso

—¡Loado sea Dios! ¿No os alcanzó la lanza de ese malvado?

—La vi venir por los aires, y no teniendo otro medio de evitar el golpe, di conmigo en el suelo antes que á mi pecho llegara. Mira, más de media vara se ha hundido en esa puerta.

—El apóstol de Compostela, á quien os encomendé cuando por los aires iba, ha salvado milagrosamente vuestra vida, porque esa lanza os la hubiera arrancado si á vuestro pecho llegara.

—Dios y Santiago me han valido en todas mis cuitas.

—Dejémonos de palabras y pensad qué debemos hacer, que el tiempo corre.

—Aquí no estamos seguros.

—Lo urgente es salir de la ciudad.

—Sal tú, Fortún, si puedes, que yo tengo un deber que cumplir dentro de ella.

—Sabéis que yo estoy decidido á seguir vuestra buena ó mala ventura.

Antes que Pero Miguel llegase he combatido con unos moros que llevaban una dama cautiva, á la que prometí librarla de sus manos.

—Proseguid.

—Dos de ellos, que con vida quedaron, han huido llevándosela; y estoy obligado á buscarlos y cumplir mi promesa, ó morir como bueno en la demanda.

—Tenéis razón y podéis contar conmigo.

—Gracias, Fortún. Vamos, pues.

—Aguardad un instante: no quisiera irme de aquí sin estar bien seguro de que Pero Miguel ha entregado su alma á su amigo Satanás.

—Respetá á los que ya no son de este mundo.

—Lo haré de buen grado si así os place. Pero dejadme que me cerciore de si mi ballesta llegó bien al blanco: es curiosidad de balletero.

—Y en medio de esta obscuridad, ¿cómo vas á verle?

—Encendiendo luz.

—¿Cómo?

—Aunque loco me llaman, siempre de cuerdo me he preciado y nunca faltan en mi escarcela las cosas que puedo necesitar alguna vez.

—¿Traes, pues, con qué encender lumbre?

—Traigo dos excelentes pedernales y un buen trozo de tea. En prueba de que no los elogio sin motivo, ved.

La roja luz de la tea que acababa de encender Fortún, iluminó uno de los más horribles espectáculos que imaginarse puede. En medio de un lago de sangre, revueltos con dos ó tres caballos que lanzaban roncós resoplidos, se hallaban Pero Miguel y un moro sin la más leve señal de vida; y según la vista se acostumbraba á aquel resplandor, se iban viendo otros bultos informes tirados por tierra, sin el menor movimiento.

—Venid acá, D. Garci. ¿Estoy soñando, ó es éste Almanzor, el rey de los gazules?

—El mismo es á no dudarlo, y bendigo mi lanza, que ha dejado sin mano que la mueva una de las más temibles á nuestra santa ley.

—Aquí hay una mujer.

—¡Una mujer!—dijo con angustia Garci-Pérez.

—Sí por cierto.

—¿Muerta?

—No se si muerta ó desmayada.

—Aún alienta. El terror del combate la debió hacer perder el sentido.

—Es necesario hacerla volver en sí.

—En buena parte estamos para eso.

—Pues salgamos con ella de la ciudad, ya que con encontrarla nada me detiene aquí.

—¿Salir? No es tan fácil como parece.

—Pero es necesario.

—Las puertas están cuidadosamente vigiladas.

—Nuestras lanzas nos abrirán camino.

—Si las de los moros no nos abren antes el del otro mundo.

—¿Tienes miedo tal vez?

—Tengo miedo de que os maten y de que vuelvan á cautivar á esa dama.

—Pues yo no veo otro medio de salir de esta situación.

—Pues ese sólo conduce á la muerte ó al cautiverio. Tal vez el mío será mejor.

—Habla.

—Esa dama que tenéis en vuestros brazos lleva el traje de las moras; cubriéndonos nosotros con un alquicel y un turbante, moros pareceremos también, y tal vez encontremos de ese modo francas las puertas.

—Don Garci Pérez de Vargas no puede rebajarse hasta ese extremo.

—Considerad, señor, que este es el único medio de cumplir la promesa que hecho habéis á esa dama.

—¡Es verdad! Disponlo como te parezca.

—Tomad vos, que sois caballero, las vestiduras del rey, que yo, que soy villano, me acomodaré como pueda las de uno de esos esclavos.

Los dos, alumbrados por la tea de Fortún, se transformaron en pocos momentos.

—¡Por San Pedro de Arlanza—dijo Garci-Pérez riéndose á carcajada tendida—que no es éste el traje que acostumbran vestir los hidalgos de Castilla!

—Más de uno conozco yo á quien no le sentaría mal—, observó maliciosamente el loco.

—Montemos á caballo y no murmuremos, que las circunstancias reclaman otra cosa de suyo.

—Habláis como un arcipreste, y no en vano se murmura entre los soldados que el noble don Pedro de Vargas, que Dios haya, enseñó á leer y pintar letras á sus dos hijos.

—Calla y obremos—dijo el caballero, dejando en brazos del loco á la noble doncella, y saltando sobre su corcel.—Dame ahora esa dama y cabalga, que las horas corren y los instantes vuelan.

—¿Queréis que aprovechemos el trozo de tea que me queda, en hacer una cosa de provecho?

—Di cuál, pronto, despáchate.

—¿Habéis alzado el velo á esa doncella?

—No.

—¿Luego no sabéis quién es la que habéis salvado del cautiverio?

—Lo ignoro absolutamente.

—Pues concededme que antes de arrojar la luz contemple su rostro, porque me anda por acá dentro una cierta idea que me tiene muy desconsolado.

—¿Cuál?

—¿No se os ha venido á las mientes que pudiera ser una dueña de sesenta ó setenta navidades, y que podemos haber hecho un gravísimo dispararate con librar á nuestros enemigos de una fiera que hubiera contribuido no poco á acortar sus días?

—Aproxima la tea y correremos el velo, ya que tanta curiosidad tienes.

Fortún, todavía á pie, acercó su luz al rostro de doña Elvira, que aún seguía desmayada en los brazos del valiente don Garci, mientras éste echaba á un lado el velo que ocultaba su rostro seductor.

—¡Por el alma de mi padre, que está en gloria, que en mi vida he tropezado tan celestial hermosura! Parece toda ella á la imagen de Nuestra Señora de las Sedes, que para decir misa llevamos en el ejército.

El doncel la contemplaba embebecido.

—¡Qué hermosa es!—dijo por fin.

—Hermosa y más que hermosa—continuó el bufón entusiasmado.—Hijas tengo que creía las más bizarras doncellas de Castilla; pero ésta les aventaja en mucho. Por San Millán, que es como una pintura, y perdería la vida sino es hija de alguno de los más nobles infanzones de los dos reinos. Bien merece la pena de que hayáis dado un banquete á Satanás con las almas de esos cuatro bellacos, por rescatarla de sus uñas. Pero partamos, que la tea se concluye y la obscuridad nos protege.

Esto diciendo, separó la luz del rostro de la hermosa cautiva, y acercándose á la puerta en que se clavó la lanza de Pero Miguel, le aproximó la tea. Garcí-Pérez exhaló un suspiro al dejar de ver aquel rostro encantador, y reparando en la maniobra del loco, —¿Qué haces?—le preguntó.

—Aprovecho el fuego que queda. Dentro de algunos instantes estará ardiendo esa puerta, y si, como es natural, los habitantes siguen aún ocupados en la muralla, de la puerta pasará el fuego á la casa, de ésta á las inmediatas, y tal vez mañana á la noche no necesitaremos encender hogueras en el campamento para calentarnos.

—Apaga esa luz, que eso no es de buenos.

—No hay tiempo para tanto—contestó el loco colocándose de un salto sobre la silla.

—¿Pero no ves que con las casas arderán los que en ellas viven?

—¿Qué importa? Son moros.

Y como Garcí-Pérez tratase de echar pie á tierra para poner coto al fuego, Fortún, que le conoció la idea, hincó las espuelas á su caballo, dando un fuerte golpe con su lanza al del caballero, y ambos partieron al escape.

—¿Adónde nos dirigimos?— dijo Garci cuando se convenció de que le era imposible refrenar su corcel.

—Hacia la puerta de Sevilla, que debe ser la más cercana. Calculo que por aquí vamos bien.

—Pero al salir habrán de conocernos en el habla.

—Yo he tenido cuidado de aprender de todo un poco, y chapurro la lengua perruna de los infieles.

El rumor del combate, que aunque ya muy debilitado proseguía, les dió á conocer que no se hallaban lejos de los muros.

—Callad, don Garci—prosiguió el bufón—, que el instante del fingimiento se acerca.

No podía llegar á mejor tiempo el aviso. La puerta de Sevilla, casi casi como hoy se encuentra, se presentó ante su vista al desembocar por una callejuela.

—Silencio y serenidad ó todo se ha perdido—murmuró Fortún Paja.

Y con tranquila faz y rostro risueño se adelantó hacia la puerta.

—¿Quién manda en esta parte?—preguntó en árabe al primer moro que tropezó.

—Allí tienes nuestro jefe—dijo el moro señalándole á un anciano de barba larga y cana, que desde lo alto de un torreón pretendía penetrar con los ojos las tinieblas que envolvían la campiña.

—Dile que tengo una orden que comunicarle de parte de Aben-Buc.

El moro partió, volviendo á los pocos instantes acompañado del viejo.

—Dios es Dios—dijo éste con tono solemne.

—Y Mahoma su profeta—prosiguió Fortún riendo para su sayo.

—¿Qué manda nuestro muy poderoso señor? Su esclavo espera sus órdenes.

—El poderoso y magnánimo Almanzor, rey de los nobilísimos gazules, tiene que salir acompañado de este su esclavo y de una cautiva: Aben-Buc te manda que nos abras la puerta confiada á tu lealtad.

—¿Traes el sello de mi señor? Sin verlo no me es posible cumplir sus órdenes.

Fortún quedó aterrado por un momento al escuchar esta salida, que no había prevenido.

Pero de repente asaltado de una idea luminosa, respondió con admirable serenidad:

—Sí le traigo, y no tengo dificultad en mostrártelo.

—Siendo así, voy por las llaves.

El loco respiró con toda la fuerza de sus pulmones como si le hubiesen quitado un gran peso del corazón.

—¿Dónde las tienes?

—En una sala del torreón de la izquierda, donde solo yo penetro.

—Iré allá contigo, porque no conviene al decoro de nuestro señor que se muestre su sello en un lugar donde los ojos de los soldados pueden saciarse de ventura contemplándolo.

—Dices bien.

—Aguárdame un instante, que voy á avisar á Almanzor lo que pasa; no achaque á descuido la tardanza que ocurre.

—Aquí te aguardo.

El falso musulmán se acercó á don Garci, que á corta distancia le aguardaba con doña Elvira.

—¿Qué hay?—preguntó con ansiedad el caballero.

—Si dentro de cinco minutos no estoy aquí con las llaves, emprended con ellos á lanzadas, y ganad una muerte gloriosa, que ya mi alma irá delante abriendo camino á la vuestra.

—¿Cuál es tu plan?

—Encomendadme á Dios que bien lo he menester —contestó el loco volviendo al pie del torreón, donde el alcaide de la puerta lo aguardaba.

—¿Has visto á Almanzor?—dijo éste.

—Ya espera tranquilo. Vamos, que tiene prisa.

—Vamos, pues.

Fortún entró tras el moro por una estrecha puercecilla, y subió una escalera abierta en el muro, que terminaba en otra pequeña puerta asegurada con planchas de hierro, sin que encontrasen á nadie en su camino.

—Esto marcha perfectamente—pensó, mientras el viejo franqueaba la entrada de una diminuta sala, de cuyas paredes se veían pendientes multitud de armas y llaves.

Fortún estuvo á punto de lanzarse sobre el moro, pero de repente se detuvo murmurando entre dientes:

—¿Quién sabe cuál de estas será?

—El alcaide tomó una luz que sobre una pequeña mesa ardía, y descolgó de la pared un grueso manojó de llaves después de cerrar cuidadosamente la puerta.

—Aquí tienes lo que deseas; muéstrame el sello de nuestro señor, y bajo á abrirte.

—Voy á enseñártelo—respondió Fortún acercándose misteriosamente.

Y saltando como una pantera sobre el moro, le hizo venir al suelo, tapándole la boca con las manos.

El espesor de los muros, ahogando los gritos del infeliz alcaide, hizo que los de afuera no se aperciesen de lo que dentro del torreón pasaba. Fortún, aprovechando el terror que en su ánimo había causado lo brusco del ataque, apoyó ambas rodillas sobre su pecho, y mientras con una mano le tapaba la boca, le desceñía el turbante con la otra.

—¡Traición!—gritaba el moro con apagado acento.

—Chilla, chilla, ya que ése es el único consuelo que te queda, perro sin Dios y sin ley; chilla, que nadie ha de escuchar tus gritos.

Esto diciendo, improvisó una mordaza con su propio turbante, y después de colocársela cuidadosamente, á pesar de los convulsivos esfuerzos que hacía el viejo para desasirse, lo ató de pies y manos con su faja.

—Ahora—dijo alegremente tomando la luz y las llaves—ya puedo decir que he pagado mi deuda á los Vargas, salvando dos veces la vida de don Garci.

Y sin mirar al alcaide, que se arrastraba por el suelo tratando inútilmente de romper sus ligaduras, salió de la habitación, y bajando de cuatro en cuatro los estrechos escalones que de la calle le separaban, presto se halló al lado de Garci-Pérez.

—Seguidme sin hablar palabra, que á todos nos va la vida en ello —le dijo en voz baja—; seguidme y dejadme hacer, que ya tengo las llaves.

Fortún, seguido de don Garci, se encaminó resueltamente á la puerta.

—¿Me has visto subir con el alcaide?—dijo al moro con quien primero habló.

—Sí te he visto.

—El te manda que abras la puerta al poderoso y

magnánimo Almanzor, rey de los gazules. Toma las llaves y despáchate.

El soldado se inclinó humildemente é hizo lo que se le mandaba, mientras Garcí-Pérez, temeroso de ser conocido, se cubría el rostro con su alquicel.

Un momento después la puerta estaba franca, y el noble caballero con doña Elvira en los brazos se precipitaba hacia ella.

—Poco á poco, poderoso y magnánimo Almanzor, rey de los nobilísimos gazules y señor de Alcalá; no os apresuréis, que estos perros tienen ojos de lince y pueden sospechar de vuestra priesa en salir de esta muy noble y muy condenada ciudad—murmuró Fortún al oído de don García.

—Dispón de tu rey—contestó éste sonriendo.

Los dos siguieron paso á paso, contestando desdeñosamente á las cortesías de los soldados, pudiendo contener á duras penas su gozo cuando se miraron fuera de la puerta.

—Seguid despacio mientras no nos veamos fuera de tiro de ballesta, don García.

—El loco es un sabio jefe.

—Porque ha hecho una magnífica locura.

—Que á un cuerdo no se le hubiera ocurrido.

—Puede ser. Ea, tirad esos malditos vestidos, que ya no nos pueden ver, aunque no estamos seguros del todo.

—Abrázame, Fortún, y dispón de los Vargas siempre y en todo lugar.

—¿Qué he hecho yo para merecer tanta honra?—dijo el pobre bufón enternecido.

—Me has salvado la vida, y me has ayudado á rescatar esta dama, cuya belleza no puedo menos de confesarte que me ha hecho gran impresión.

—Ni aun así pago lo que os debo, pues si vos no hubieseis conservado ya mi vida en cierta escaramuza, que nunca echaré de la memoria, mal pudiera yo haber gozado del singular placer que experimento con salvar la vuestra. Mañana esos hidalgos que desprecian al bufón sabrán que sin él hubiera perecido el mejor caballero de Castilla.

—¿Cómo te pagaré lo que te debo?

—Con no llamarme loco como todos, porque me burlo de las flaquezas humanas y hago reír al infante para dar de comer á mi pobre esposa y á mis dos hijas.

—Garci-Pérez sólo te llamará de aquí en adelante su amigo.

—Gracias, señor.

El pobre bufón lloraba como un niño.

—Aún algunas partidas de moros discurren dispersas por la campiña, y fatigados como estamos y llevando ésta dama con nosotros no me parece prudente adelantarnos sin dirección fija por entre las tinieblas—prosiguió.

—Hagamos lo que mejor te cuadre, que ya veo lo mucho que se te alcanza en achaques de guerra.

—Pues dirijámonos hacia la izquierda, que si mal no recuerdo, á poco más de una legua de aquí hallaremos un amigo que nos dará hospitalidad por esta noche, y ayudará á prestar los socorros que el estado de esa dama pide.

—Sigamos el camino que mejor te parezca.

La noche estaba tan oscura y tenebrosa que á duras penas logró Fortún encaminarse al lugar que deseaba; los objetos confusos y misteriosos pasaban ante los ojos de los caminantes como los fantasmas de un sueño. El cielo, cubierto de negras nubes, pa-

recía presagiar una tempestad cercana, y el levante comenzaba á silbar entre los olivos que por todas partes circuían la población, confundíendose sus bramidos con los últimos gritos de los moribundos y los salvajes alaridos de los que aún peleaban á lo lejos. Garci-Pérez y el bufón espolearon sus caballos que, molidos de cansancio y llenos de heridas, apenas acertaban á dar un paso. Fortún no cesaba de mirar á Jerez.

—¡Loado sea Dios!—dijo por fin, respirando con toda la fuerza de sus pulmones—; ya estamos fuera de tiro de ballesta y en salvo, por consiguiente.

—Algún día tal vez recibirás el premio del servicio que me has hecho.

—Ahora—interrumpió el bufón—rasgad los ijares á ese maldito potro ó clavadle vuestro puñal en las ancas, si es que tiene vida para soportarlo.

—Mi Centellas correrá mientras pueda sin que tenga que recurrir á esos medios. Cuando se pare, será para venir al suelo reventado.

—Adelante y silencio, que el lugar por que caminamos no es de los más seguros.

—Corramos y callemos.

Los dos leales caballos, aunque casi sin aliento, galopaban con todas sus fuerzas en medio de las tinieblas, dando fuertes resoplidos.

El aire frío de la noche, unido á algunas gruesas gotas de agua que comenzaban á caer, hicieron bien pronto salir de su desmayo á doña Elvira. Confundidas sus ideas por el cúmulo de acontecimientos que aquel día presenciara, y por el terror que le inspiró el nocturno y sangriento combate de la calle, de nada de lo pasado se acordaba sino vagamente. Al tornar en sí, conociendo que se hallaba

en brazos de un hombre y corriendo sobre un caballo, vínosele á la memoria el momento en que Almanzor la sacó de su palacio, y creyendo hallarse aún en poder del rey de los gazules, dijo con voz ahogada por los gemidos:

—¿Adónde me lleváis, Almanzor?

—¡Gracias al cielo que habéis vuelto en vos, señora mía!—exclamó Garci-Pérez estremeciéndose de gozo al escuchar aquel argentino acento que tan dulcemente vibraba en sus oídos.

—¿No sois Almanzor?

—No soy sino el caballero cristiano cuyo auxilio implorasteis hace una hora en las calles de Jerez.

—¿Y dónde nos hallamos?—exclamó la doncella recordando de un golpe todo lo sucedido.

—En el campo, fuera de peligro.

—¡Gracias, Virgen María!—dijo con divino acento la hermosa doña Elvira.—Gracias, caballero.

—He cumplido lo que el deber me ordenaba, ayudado, ó más bien, ayudando al leal servidor que delante camina.

—Mi padre sabrá recompensar largamente sus servicios, si servicios tales pueden recompensarse.

Y ella preguntando y Garci-Pérez satisfaciendo á las preguntas que sobre el modo extraño con que se veía libre hacia, volaron los momentos sin que los jóvenes se apercibiesen de que el viento los helaba y de que la lluvia calaba sus vestidos.

Fortún que no estaba enamorado, ni menos acababa de librarse de un amante odioso, aguijoneaba su caballo cuanto le era posible, mientras murmuraba para su capote, aunque no lo llevaba por desgracia, que bien le hubiera hecho al caso para res-

guardarse de los torrentes de agua que de las nubes se desprendían:

—Cierto que es honroso destino hacer reír á un infante y ayudar á un caballero en las lides; pero mejor le estaría á hombres de mis años y de mi condición pacífica vivir tranquilamente en su casa, sin riesgo de sufrir en despoblado estos vientos y estos chubascos, cuando pudieran estar sentados al amor de la lumbre de un viejo tronco de encina, entre sus hijas y su mujer. Y ahora que de mujeres me acuerdo, no puedo menos de confesar que es una sabia hembra la mía cuando dice á todas horas: «Haz bien sin mirar á quién»; que de haber hecho bien á aquel diablo de moro, que iba Mendo á ahorcar por entretenimiento, me redunda ahora el beneficio de tener adónde conducir esa dama y prestar un nuevo favor á don Garci. En este mundo, al cabo, quien siembra coge.

Y continuó riéndose de sí mismo; después de una corta pausa,

—Cualquiera diría que mi cabeza se ha metido á fraile y predica al resto de mi cuerpo.

Garci-Pérez y doña Elvira se incorporaron con el loco, que algo adelantado caminaba, y juntos recorrieron los campos en medio del desquicio de los vientos que en derredor suyo bramaban enfurecidos, y de la lluvia que azotaba sus rostros, mientras que la tormenta que á lo lejos comenzaba á tronar estremecía las entrañas de la tierra é iluminaba de azufrado color el horizonte.

CAPÍTULO VII

De cómo puede muy bien un moro ser ermitaño.

Una hora larga de camino llevaban nuestros personajes, cuando Fortún, saltando de su pobre caballo, dijo con tono alegre á Garci-Pérez:

—Parad, señor caballero; que si las tinieblas de la noche no me engañan, hemos llegado al fin de nuestro viaje.

—Plegue al Señor que así suceda, porque no sé si esta delicada señora podrá sufrir por más tiempo el viento y la lluvia.

—Es el caso, que se ha desatado una soberbia tempestad, y pláceme sobremanera en el lance presente, porque así estoy seguro de que mi moro no dormirá y saldrá á abrirme al primer golpe que dé á su puerta.

—¿Qué estás ahí murmurando de moros y de golpes?

—Yo me entiendo—dijo Fortún.

Y adelantándose algunos pasos dió con el cuento de su lanza en una cosa hueca, produciendo un gran ruido, que el eco repitió sordamente.

—¿Quién va?—gritó una voz cascada con tono de mal humor.

—Unos viajeros extraviados que piden hospitalidad—dijo Fortún.

—Abríguense bajo los peñascos de que está llena la sierra, que no son estas horas de llamar á una

casa honrada, ni están los tiempos para dar hospedaje al primero que llegue.

—Traemos los vestidos calados y el frío no nos permite dar un paso.

—Pues aguarden á que salga el sol para secar los trajes y calentar el cuerpo, y déjenme descansar si no quieren recibir un ballestazo.

—¡Vive Dios!—murmuró Garci-Pérez.—Sal, don bellaco, y verás cómo te enseño á ser más comedido, cortándote la lengua.

—Callad, don García, que yo entiendo mejor que vos á estas gentes—dijo Fortún por lo bajo.—¿Y cómo contestaríais, señor Agatín, á los que llamasen á vuestra puerta, si hace dos meses este pobre escudero que ahora la aporrea, os hubiese dejado ahorcar de los pinos que deben de estar hacia mi izquierda?

Esta vez no contestaron; pero un gran ruido de cerrojos y trancas, que se descorrían y quitaban prontamente, dió á conocer á los de afuera que las últimas frases de Fortún no habían dejado de hacer su efecto.

—¿Conque sois vos, señor Fortún Paja?—dijo un hombre de unos setenta años, vestido mitad de moro, mitad de cristiano.—¿Conque sois vos, señor mío, y habéis callado vuestro nombre, exponiéndoos á que yo, el más humilde de vuestros servidores, os hubiese enviado al otro mundo de un flechazo? Dadme vuestros pies á besar.

A la escasa luz de una especie de candil que el viejo traía en la mano, pudieron distinguir doña Elvira y Garci-Pérez el lugar en que se hallaban. Fantástico era, por cierto, el aspecto de aquel valle agreste, cubierto de altos pinos y grandes trozos de

roca que, desprendidos de las montañas inmediatas, habían rodado hasta allí en alas de los huracanes. Pegada á una de ellas, y circuída por un pequeño huertecillo, se elevaba una casa de no mala apariencia, por cuyas paredes, cuidadosamente blanqueadas, trepaban en graciosa confusión parras y jazmines, rosales y madreselvas. Las sombras de la noche, en medio de las cuales brillaba la trémula luz del candil, daban á aquel sitio un aspecto tan fantástico y romancesco, que la doncella y Garcipérez se olvidaron, contemplándolo, de la terrible situación en que se hallaban, mientras que Fortún y aquel grotesco personaje seguían conversando á la puerta de la casa en voz sumisa y apenas inteligible.

—Vamos, Agatín, digno hijo de una hebrea y de un mal cristiano, que profesas la religión de Mahoma, sin que por eso dejes de ser uno de mis más excelentes amigos; menos zalamerías y al caso, que el tiempo corre y no con bonanza.

—Mandad á vuestro siervo, señor Fortún Paja, y vuestras órdenes serán obedecidas.

—Pues enciende fuego con que se enjugen una dama y un caballero, que vienen en mi compañía, mientras yo coloco los caballos debajo de aquel cobertizo.

—Allí debe de haber paja y cebada, si no me engaño.

—Pasad, señor; pasad, señora, que ya están las puertas francas—exclamó Fortún en voz alta.

—Pasad, hermosa dama; pasad, valeroso caballero—decía el viejo inclinándose profundamente, siempre con su candil en la mano.

—No os alcéis la celada, que será bien que no

os conozcan aquí—murmuró Paja al oído de don García.

—Está bien, amigo—contestó éste en el mismo tono.

Doña Elvira y Garci-Pérez traspasaron la puerta, y pronto se hallaron en una sala alhajada, rica, aunque grotescamente, donde campeaban todos los muebles de la época, desde el siglo gótico á la morisca otomana. Las paredes estaban cubiertas de armas y trofeos de caza; descubriéndose cuando el viento que entraba por la puerta puso en movimiento una cortinilla que cubría uno de los rincones de la estancia, la cabeza de un santo Cristo, que metido en un nicho con dos candelabros de madera á los lados, se hallaba. Pero lo que fijó la atención de los que acababan de entrar, haciendo brillar sus ojos de alegría, fué un gran hogar en que ardían dos troncos de pino, manteniendo á una dulce temperatura toda la estancia.

—Sentaos, noble señora; sentaos bizarro caballero.

—Gracias—dijeron los dos, aceptando el asiento que cerca de la lumbre les ofrecía.

—¿Por qué no os desarmáis, señor caballero? Ese helado hierro debe comunicar mucho frío á vuestros miembros.

—Estoy avezado á las fatigas de la guerra, y no me causan ninguna, por más duras que parezcan. Gracias, buen viejo.

—Quitaos al menos el yelmo.

—Tengo hecho voto de no alzarme la celada.

—¡Dios mío!—exclamó doña Elvira reparando en un brazo de Garci-Pérez, por el que corría abundantemente la sangre.—¿Estáis herido?

—Creo que sí—contestó con indiferencia.—Pienso que éste es el arañazo de más consideración que he recibido hoy.

—Es necesario contener esa sangre y lavar la herida—dijo la dama quitando con sus propias manos las piezas de armadura que le cubrían el brazo.

Garci-Pérez, contemplándola á la luz de la hoguera, no sentía los dolores ni la sangre que á borbotones salía de su cuerpo; creía estar en la gloria y tener un ángel á su lado.

No faltaba, en efecto, razón al buen caballero para devorar con los ojos á doña Elvira. Hermosa estaba como un querube, con su traje oriental, aquella hechicera niña de ojos azules y cabellos rubios que en blondos rizos le salían por debajo del turbante, llegándole casi á la cintura, en la que una faja cubierta profusamente de pedrería, sujetaba los anchos pliegues de sus calzones de seda blanca. El velo que cayendo de sus espaldas le llegaba hasta sus diminutos pies, contribuía á darle aquel aspecto celeste y misterioso que hizo que Fortún al verla por vez primera no encontrase más medio de ponderar su hermosura que compararla á la Virgen. Rayaba Elvira en los diez y seis, aunque el tinte melancólico que había adquirido su fisonomía de niña en el cautiverio la hacía aparecer de más edad.

—Aguardad, señor; en mi casa, gracias á Jesucristo, nunca faltan bálsamos para curar una herida, y más habiendo hecho Mahoma médico á este vuestro humilde esclavo.

—¿Qué algarabía estás armando ahí, villano?—dijo Garci-Pérez.

—Perdonad, valerosísimo caballero: el trato con

los moros hace que alguna vez me vea precisado á invocar el nombre de su falso profeta.

—¿Qué dice este truhán entre los truhanes?—preguntó Fortún entrando. Por San Pedro de Cardeña que ya os estará hablando de religión y dándose golpes de pecho.

—¡Señor Fortún!

—Es moro, judío y cristiano, según le conviene: y describiendo aquella cortinilla del rincón, transforma en ermita esta estancia, pasando á los ojos de nuestros soldados por un santo anacoreta. Si los que llegan hasta aquí son moros...

—Callad, señor. Las vicisitudes de la guerra me obligan á parecer algunas veces lo que no soy, porque morando en este lugar extraviado, necesito estar bien con todo el mundo.

—Pues no lo estás mucho con tu pellejo.

—Sin vuestro amparo no lo tendría.

—Gracias por el recuerdo, y hablemos formalmente. ¿Es cierto, como se dice amigo Agatín, que eres á la vez espía del infante y de Aben-Buc?

—Chancero venís por vida mía, apreciable señor.

—Si no es así, ¿por qué vives en estas soledades?

—Soy amigo de la vida contemplativa.

—Pase por chiste.

—Sólo vivo en los placeres campestres.

—Verdad que el campo produce los perniles y el zumo de uvas.

—Vais á hacer que esta dama y ese caballero me tengan por un truhán.

—Esa dama y ese caballero no se ocupan de personas tan ruines como la tuya, mi buen Agatín.

—*Pulvis et umbra sumus.*

—Te advierto que no entiendo una jota de griego.

— *Vita est brevis.*

— Menos todavía.

— Quiero decir, que no somos nada.

— Ya comprendo. Pero yo pienso que á los dos cargos que desempeñas añadas uno más.

— Estoy enteramente á vuestras órdenes.

— Quiero que espíes por mi cuenta como lo haces por la del rey moro y por la del infante.

— Se hará un esfuerzo.

— Necesito saber si esa dama y este caballero están seguros aquí. Ya sé que tú no los venderás, porque aún te queda una propiedad buena: el agradecimiento.

— Contad con él en todo tiempo y lugar—dijo gravemente el viejo.

— No desconfío de ti, sino de ciertos compañeros que tienes.

— Aquí no hay más que temer sino que algunas de las partidas desbandadas de uno ú otro ejército, que aún recorren el campo, tropiecen con mi casuco y quieran saquearlo.

— ¿Será necesario, pues, hacer un reconocimiento?

— Así lo creo.

Mientras esto decían, doña Elvira, después de haber lavado cuidadosamente la herida de Garci-Pérez, la vendaba con su propio pañuelo.

— ¿Os duele mucho?—preguntó.

— ¿Cómo queréis que me acuerde de dolores estando en el cielo? Cien heridas recibiera yo de buen grado cada día con tal de gozar el soberano placer que á vuestro lado experimento.

— Sois muy galante.

— Os amo mucho.

Elvira bajó los ojos avergonzada, pero dejó su

mano en las de Garci. Así permanecieron largo rato sin desplegar los labios.

—Señor—dijo Fortún acercándose á Garci-Pérez—, creo necesario hacer un reconocimiento, porque no lejos de aquí se escucha ruido como de caballos, y, si á este lado se dirigen, creo más conveniente volvernos á poner en camino, que exponer á esta noble dama á los azares de una segunda pelea. Voy á partir, pues.

—No será sin que yo te acompañe.

—No me atrevía á proponeros que dejaseis sola á esa señora, aunque Agatín es de confianza.

—¿Vais á partir?—preguntó ella estremeciéndose.

—Para volver al instante. Nuestra seguridad lo exige.

—Id en nombre de Dios.

—Agatín, tú respondes de ella con tu cabeza.

—Se hará lo que se pueda, mi buen señor Fortún.

—Adiós, señora.

—Adiós, caballero.

Doña Elvira corrió á la ventana, mientras el viejo moro cerraba la puerta, y vió pasar por delante de ella á Fortún y Garci-Pérez como dos sombras. Aplicó el oído para escuchar las pisadas de los caballos, y cuando se perdieron á lo lejos volvióse desconsolada á su asiento cubriéndose el rostro con las manos.

CAPÍTULO VIII

De cómo don Pedro de Guzmán, que no habla peleado durante el día, se ocupaba en recoger heridos por la noche.

—¡Ira de Dios y cómo llueve!

—Por San Pedro mi patrón, que más está la noche para dormir al lado del fuego, que para andar como un perro por los campos después de un día entero de combate.

—Es necesario recoger á esos bellacos de heridos, que mal rayo confunda.

—Ese don Alvar es más caritativo que un monje.

—Monje debiera ser más que soldado.

—Pero como la caridad bien entendida comienza por uno mismo, él se está tranquilamente en su tienda con el infante, mientras nosotros tiritamos al raso buscando heridos que conducir al real.

—Sosegaos, don Pedro, y guiad mejor vuestro caballo, que este lugar es muy pedregoso, y á otro tropezón como ese vais á juntaros con Garci-Pérez y Pero Miguel, que estarán ardiendo en los profundos.

—¡Si vierais cuanto siento la pérdida de esos dos bravos!—dijo hipócritamente Guzmán—. Diez misas he de mandar decir en San Pedro de Arlanza por el reposo del alma de don Garci, y otras diez por el de la de mi amigo Pero.

—¿Sabéis el sobrenombre que han dado hoy á don Diego?

—Machuca, según he oído.

—Fué soberana ocurrencia la de la rama de olivo.

—A poder correr mi caballo como el suyo, Guzmán Machuca me llamaran.

—¡Desdicha como la vuestra!

—Toda mi vida la estaré sintiendo.

—¡Maldito caballo! Esta es la tercera vez que tropieza.

—¿Sabéis por dónde vamos?

—No, por Satanás y su hijo, que deben ser los señores de este lugar, según lo intransitable y lóbrego que es.

Efectivamente, el camino por donde iban Guzmán y su interlocutor á la cabeza de quince ó veinte jinetes, era agreste y salvaje en extremo, lo que unido á la mucha agua que del cielo se derramaba lo hacía tan peligroso, que á brillar el sol en el horizonte, estamos seguros de que nadie hubiera osado seguirlo. La luz de un relámpago, iluminándolo por un momento, hizo estremecer al enemigo de los Vargas, que hubiera dado un año de su vida por estar á cien leguas de allí.

—¡Por San Pedro y San Pablo! ¿No véis la senda por donde vamos?

—Sí que veo, y me pesa de ello; porque si se le va un pie á mi caballo, lo que no es muy difícil, no doy un maravedí por mi existencia.

—¿Y qué heridos ha de haber aquí? ¿No os parece mejor retirarnos?

—Lo que á mí me parece bien es buscar un abrigo en que pasar la noche, y dejar que el diablo cargue pacíficamente con los heridos.

—Buen pensamiento, por vida mía.

—Estoy seguro de que todos los soldados han de darme las gracias por haberlo concebido.

—Lo que falta es ponerlo en ejecución.

—Pues tratemos de ello, que el frío aprieta y la lluvia nos moja sin compasión.

—¿Conocéis este sitio alguno de vosotros?—dijo el caballero que con don Pedro iba, volviéndose á los soldados.

—Sí, por cierto—contestaron dos ó tres voces roncadas.

—¿Dónde estamos?

—En la sierra, á poco más de un cuarto de legua de cierto castillo morisco que no sé cómo llaman.

—El castillo de Sidueñas le nombramos en el campamento, por cierta historia que de él se cuenta.

—¿Queréis que vayamos á pedir hospedaje á su alcaide?

—Mal tiempo habéis escogido para chanzas, don Juan.

—Es que tal vez tengamos que venir á parar en eso. ¿Sabéis si habrá por aquí cerca alguna casa donde podamos pasar lo que de noche resta?

—Sí que hay, y no ha de faltarnos en ella fuego ni cena—contestó un soldado.

—¿Y dónde está ese portento?

—A un cuarto de legua de aquí, en dirección opuesta al castillo.

—¿Es de algún moro?

—Es de un santo ermitaño.

—¡Qué! ¿Tiene buena cena para veinte? ¡Mala pascua para el que crea en su santidad!

—Agatín es muy amigo de hospedar á los caminantes, y siempre tiene provisiones para ellos.

—Sobre todo si son soldados.

- ¿Tanto los quiere?
- Hace quince días que trataron de ahorcarlo.
- ¿Sin respeto á su santidad?
- Es que lo vimos consultando á las estrellas y haciendo signos cabalísticos.
- ¿Conque es astrólogo? Oficio de moro.
- Es moro á ratos.
- Extraño personaje.
- Pues hay quien añade que no deja de tener algo de judío.
- Ese diablo de ermitaño es el conjunto de todas las religiones. Pero guiad hacia su ermita, que es lo que más nos hace al caso.
- Desde esta colina se ven los rayos de luz que salen por sus ventanas.
- ¡Ira de Dios! y qué hoguera debe tener el bellaco.
- Vamos, pues, y dejemos á los heridos, que bien pueden aguardar hasta mañana sin miedo de que el calor les inflame las llagas.
- Y la vista fija en la luz que por la ventana que abriera doña Elvira para ver alejarse á Garci-Pérez se derramaba, siguieron espoleando sus caballos el camino que conducía á la casa del buen ermitaño.

CAPÍTULO IX

Doña Elvira y las estrellas.

Hay desde aquí á las estrellas
de leguas una gran suma,
y quieren, con una pluma,
saber lo que pasa en ellas.

(LOPE DE VEGA.)

Agatín se acercó á doña Elvira, y dulcificando cuanto le era posible su voz, le dijo con tono paternal:

—¿Qué tenéis, hermosísima señora?

Doña Elvira, absorta en sus pensamientos, no le escuchaba.

—¿No me diréis qué pesares os aquejan?—volvió á preguntar el moro.

—¿Me hablabais?—dijo la bella niña, por fin, fijando sus divinos ojos en el rostro marchito del anciano.

—Sí hacía, porque os veo triste, y quisiera saber si á vuestras penas puede la ciencia encontrar algún consuelo.

—El caballero que de salir acaba, á quien no conozco, porque aún no se ha alzado la celada, me ha librado hace pocos momentos del cautiverio en que gemía; voy á volver á los brazos de mi padre, y á contemplar el hermoso cielo de Castilla; mis pesares, pues, son hijos de la imaginación y no de los sucesos, que no pueden ser más felices para mí.

—Las penas del alma son las que la ciencia sabe

curar, que las que nacen de contraria fortuna está escrito que no han de recibir consuelo.

—¿Lo creéis así?

—Por el santo nombre del profeta.... perdonad si me olvido de que soy cristiano; quería decir por el santo nombre de Jesús.

—Pesares que no tienen causa, mal se pueden combatir.

—Es que ninguno carece de ella.

—Cual puede ser, pues, la de los que sufro.

—¿Me permitís que la adivine?

—Quizá vuestra experiencia me alumbre. ¿Cuál puede ser?

—La ausencia del caballero que acaba de salir de aquí.

Doña Elvira dejó escapar un suspiro y no respondió palabra.

—Contenta estabais á su lado: fuése él y quedáis melancólica.... La causa de vuestra tristeza es bien fácil de adivinar.

La hermosa niña continuaba silenciosa y meditabunda. Las palabras de Agatín habían sido un rayo de luz para ella, y aunque sin consuelo, se ocupaba en sondear su corazón.

—Yo he conservado siempre en el alma la imagen del caballero que en Burgos veía pasar todos los días bajo de mis ventanas; le he amado, y su memoria ha sido mi único consuelo en el año que he estado cautiva.... Ahora me siento atraída hacia ese desconocido, tal vez más que hacia el que era señor de mis pensamientos.... Sí; pero es que bajo aquella celada coloco su rostro y bajo aquel peto creo sentir los latidos de su corazón. Sigo amándolo siempre, y solo su memoria hace que me entristez-

ca la ausencia de aquel á quien mi delirante imaginación había dado sus facciones.

—Parece que he acertado—se atrevió á decir el moro, cansado de tan largo silencio.

—No sé qué os diga, señor...

—Agatín para serviros, hermosísima señora.

—Señor Agatín.

—¿Tenéis, pues, alguna otra causa para estar triste?

—Tengo presentimientos nada felices.

—¡Presentimientos!

—¿No creéis en ellos?

—Al contrario.

—¡Como parecíais extrañar mis palabras!...

—Es que si sólo presentimientos fuesen, pudiera yo desvanecerlos ó confirmarlos, dejándoos así tranquila ó preparada para verlos convertirse en realidades.

—¿Cómo?

—Formando vuestro horóscopo.

—¿Sois astrólogo?

—Sé un poco de astrología, y he estudiado mucho las estrellas en mis noches de soledad, que muchas he visto transcurrir sin compañía en este lugar apartado. ¿Queréis que os diga lo que os está reservado en el mundo?

—Pero en eso, ¿no habrá nada de impío?

—Nada absolutamente. Yo, que profeso todas las religiones, puedo aseguraros que no está en contra de ninguna. Perdonad, nobilísima dama; el trato continuo con infieles hace ser irreligiosa á mi boca, por más que mi corazón respete siempre los verdaderos preceptos, que son, y no pueden ser otros, que los del Alco..., digo, del Evangelio.

—¿Me respondéis, pues, de que no hay nada de impío en eso?

—Sí.

—Pues hacedlo si gustáis.

—Como á la sazón no hay estrellas en el cielo, tendré que contentarme con las que presidieron á vuestro nacimiento. ¿Qué edad tenéis?

—Diez y seis años.

—¿Y nacisteis...?

—El veintiuno de Abril.

—No necesito saber más.

Agatín se dirigió á un extremo de la sala, y apretando un botón metálico que en la pared había, descubrió una alacena, de la cual sacó un grueso libro y algunos instrumentos matemáticos y astronómicos, que probaban sus profundos estudios, porque sólo un gran sabio poseía en aquella época cosa que á compás ó esfera se pareciese. Abrió el libro, leyó algunos momentos, y después de trazar sobre la mesa varias figuras cabalísticas, permaneció largo rato meditabundo.

Elvira le miraba con una curiosidad mezclada de terror, nada extraña si atendemos al poco saber de aquellos tiempos y á la grotesca figura del astrólogo.

—¿Tan mala es la suerte que me espera, que no os atrevéis á decírmela?—exclamó por fin.

—Nada de mala tiene, si bien de azarosa puede calificarse.

—¿Qué dicen los astros?—preguntó con ansiedad Elvira, vivamente interesada en aquella extraña operación.

—Como sólo los dominantes en la época de vuestro nacimiento me ha sido dado consultar, no podrá ser el horóscopo tan completo como quisiera.

—Hablad por favor.

—Guardaos de uno cuyo rostro no habéis visto, porque de él han de veniros grandes males, si bien terminarán por dichas.

—¿Eso leéis en el libro del destino?

—Que es siempre el libro de la verdad.

—¿Y nada más podéis saber?

—Sin que esté el cielo despejado, nada más.

—Dios me perdone —exclamó la doncella después de un momento de reflexión—. Dios me lo perdone, pero ése, cuyo rostro no he visto, no puede ser otro que el caballero que me ha conducido hasta aquí.

—Guardaos de él.

—Sí que lo haré en pudiendo, que ahora estoy á merced suya.

Doña Elvira quedó pensativa, y el buen Agatín, conociendo que en la situación en que se hallaba no podía serle gustosa su conversación, por instructiva que fuese, se retiró con su libro á un rincón de la estancia; y á los pocos instantes, engolfado en sus mágicas lecturas, no hacía memoria de nada de cuanto le rodeaba. La doncella, entregada á sus meditaciones, reflexionó que para pensar no era necesario tener abiertos sus hermosos ojos, y reclinando la cabeza sobre el espaldar de su sillón y sucumbiendo al cansancio, se durmió profundamente; y sin acordarse de astrólogos ni de predicciones, soñaba con días de ventura al lado del hombre que era dueño de su corazón.

Largo rato permanecieron así. De repente un golpe dado á la puerta de la casa vino á sacar al astrólogo de su arrobamiento, sin despertar á doña Elvira.

—¿Quién va?—dijo Agatín, asomando su demacrada faz á la ventana.

—Dos caballeros cristianos con veinte soldados, que echarán abajo la puerta si tardas un minuto en abrirles—gritaron desde afuera.

—Voy al momento. Hacedme la merced de aguardar un poco, mientras llevo la luz, poderosísimos caballeros.

—Despáchate pronto —contestó Guzmán, que no era otro el que á la puerta llamaba.

Agatín, conociendo que si por bien no abría, entrarían los soldados por mal, guardó apresuradamente sus libros, y recorriendo la cortinilla que cubría el Cristo, encendióle una luz á cada lado. Hecho esto, corrió á abrir la puerta, y Guzmán, seguido de sus satélites, penetró en la estancia, mientras que doña Elvira seguía soñando dichas celestiales al lado de su desconocido de Burgos.

CAPÍTULO X

De cómo no pudiendo don Diego de Vargas tomar un castillo, le aconsejó Fortún que ganase otro.

Garci-Pérez y Fortún registraban cuidadosamente el valle por el lado opuesto.

—¿Quién va?—gritó el primero, oyendo un ruido cercano.

—Si mal no me engaño, esa voz es la de don Garcí-Pérez de Vargas—contestaron á corta distancia.

—Sí, por Santiago, hermano mío—repuso éste, conociendo la de don Diego y corriendo á su encuentro.

—En buena ocasión te hemos tropezado, y esto me hace augurar bien de la empresa que vamos á llevar á cabo. ¿Estás herido?

—No merecen nombrarse los rasguños que tengo. ¿Y tú?

—Puedo decir lo mismo.

—Loado sea el Señor, que siempre vela por los buenos.

Fortún y don García se reunieron á don Diego, que á la cabeza de un crecido escuadrón de jinetes venía.

—Inquieto me ha tenido tu tardanza en presentarte en el real. ¿Qué te sucede?

—Es una historia muy larga para contada ahora. Y vosotros ¿qué traéis por aquí?

—Orden de dar un golpe de mano sobre el castillo, aprovechando el terror que la derrota debe haber causado en los infieles.

—Bien lo ha pensado don Alvar.

—Ahora estamos seguros de triunfar llevándote con nosotros.

—Mal haríais en contar conmigo cuando otros cuidados me llaman.

—¿Qué cuidados hay que puedan hacer olvidar la obligación de noble, que á seguirnos te llama?

—Una doncella á quien he rescatado del poder de los moros me aguarda á pocos pasos de aquí.

—¿En lugar seguro?

—Sí. Sólo temo que alguna partida de las que aún recorren el campo después de la batalla, tropiece con ella.

—Siendo así, no veo ningún inconveniente en que nos sigas.

—¿De qué modo?

—Yo, que he recorrido esta noche toda la campiña, puedo asegurarte que á no ser los que se ocupan en recoger los heridos, no hay un hombre fuera de la ciudad ó del campamento.

—Aun siendo así, le he prometido volver pronto, y me sería imposible cumplir mi palabra si tomara parte en una nueva aventura.

—Dentro de una hora el castillo será nuestro, ó habremos desistido de tomarlo, porque te repito que sólo se trata de un golpe de mano.

—Voy con vosotros, pues.

—Pues no perdamos tiempo.

Y metiendo espuelas á sus caballos se dirigieron apresuradamente hacia el castillo.

Pronto una masa negruzca que ante sus ojos surgía de entre las tinieblas, les advirtió que habían llegado al término de su viaje.

—Silencio—dijo don Diego adelantándose.

Aún se descubren hoy en el camino de Jerez al Puerto de Santa María algunos restos del castillo del Valle de Sidueñas. Estas venerables ruinas que el pueblo llama *la Torre de doña Blanca*, porque la tradición asegura que en aquel lugar fué muerta la infeliz esposa de don Pedro el Cruel (1), se presentan á los ojos del viajero con todo el poético encanto de la leyenda enmedio del árido valle que las rodea. En toda la campiña inmediata, formada de tierras de pan-llevar, no nace una flor; mas, sin embargo,

(1) En efecto; á pesar de la opinión de Marina y López de Ayala, que aseguran que aquel horrible asesinato se llevó á cabo en Medina Sidonia, ha sido siempre tradición de Jerez, que se verificó en el alcázar ó en algún castillo de sus inmediaciones. El año cuarenta, al derribar el convento de San Francisco, se halló bajo el altar mayor el sepulcro de doña Blanca con una inscripción de doña Isabel la Católica, con lo que ha venido á tenerse casi por cierta la creencia popular.

en torno de los denegridos restos de la torre crece en el verano una ancha lista de rojas amapolas, cuyo brillante matiz resalta vivamente sobre el pajizo color de los rastros que las cercan en todas direcciones. Diríase que es la sangre de la inocente reina.

Pero como en el tiempo á que nos referimos nada de esto había sucedido aún, los dos Vargas y los que le seguían sólo miraban en él una fortaleza enemiga. Don Diego se adelantó hasta colocarse debajo de los muros, mientras sus compañeros le aguardaban á poca distancia.

Es necesario renunciar por esta noche á la empresa—dijo volviéndose á reunir con ellos—. Sin duda algún traidor les ha dado parte de nuestro intento, porque á pesar de lo riguroso del tiempo, las murallas están coronadas de ballesteros, y el movimiento que dentro se nota, anuncia que toda la guarnición está en vela.

—¡Ira de Dios! ¿Y vas á volver al campamento sin cumplir el encargo que se te ha cometido? ¿Qué dirán, hermano, los enemigos de los Vargas, que ya sé que no nos faltan, aunque se encubren como cobardes y mal nacidos que son?

—No quiero que digan que hemos tenido miedo, y es necesario atacar, suceda lo que suceda.

—Sí, por el alma de nuestro padre, que está en gloria.

—Perdonad, don García, si os advierto que combatir el castillo estando la guarnición alerta, es correr á una muerte segura—dijo tímidamente Fortún.

—¿Qué importa la vida si se conserva el honor?

—Nada. Pero cuando hay medios de guardar uno

y otra, me parece lo más conveniente atender á la par á los dos.

—¿Y qué medios puede haber para eso?

—A dos leguas de aquí está el castillo de Melgarejo, donde á buen seguro que no estarán tan vigilantes como en éste. Castillo por castillo, más fuerte es aquél.

—Tiene razón Fortún—dijo don Diego—, y no me parece mal su dictamen.

—Pues vamos á Melgarejo—exclamó don García sin acordarse ya de doña Elvira ni de la situación en que la dejaba.

—Vamos, pero rodeando, que hay espías, y si conocen nuestra dirección, posible será que también los hallemos sobre las armas.

Aprobado el consejo de Fortún Paja, caballeros y soldados se dirigieron hacia el castillo de Melgarejo por caminos desusados, sin que la esperanza de un próximo triunfo les dejase sentir el desenfreno de los elementos, que cada vez iba siendo mayor.

CAPÍTULO XI

Agatín y los demonios.

—¡Hola!—exclamó don Pedro de Guzmán reparando en doña Elvira.—¿Son éstos, redomadísimo bellaco, los santos que tienes en tu ermita?

La hermosa niña, rendida al cansancio y á la multitud de encontradas emociones que en tan corto tiempo había experimentado, dormía profundamente al amor de la lumbre, sin que bastasen á sacarla

de sus sueños de gloria las brutales carcajadas con que los soldados acogieron las palabras de Guzmán. Agatín, aterrado por el feroz continente del caballero, no se atrevía á desplegar los labios, ni á moverse del lado de la puerta que acababa de cerrar.

—Venid acá, don Juan—prosiguió el enemigo de los Vargas;—acercaos y veréis las muchachas que este santo anacoreta trae á su ermita, sin duda para convertirlas á la religión.

—Hermosa es como un pimpollo, y por Dios que no la merece ese vejete con cara de pergamino.

—No la miréis tanto, que ya para mis adentros me he dado el encargo de convertirla.

—Haced lo que queráis, que yo no me cuido de mujeres en tiempos en que hay lanzadas que dar y flechazos que recibir.

—¿En dónde has encontrado este tesoro, grandísimo truhán?—dijo don Pedro acercándose á Agatín y cogiéndolo de una oreja.

—No me matéis y os lo contaré todo—dijo el pobre viejo dominado por el más profundo terror.

—Ven conmigo y no mientas, si no quieres servir mañana de pasto á los buitres después de haber sido desollado vivo.

Agatín, temblando al verse entre las garras de aquella fiera, le siguió á un extremo de la sala, mientras que en el otro los soldados, que habían encontrado algunas provisiones y un barril de esquisito vino, comían y bebían en silencio por mandado de don Juan, que entre ellos se hallaba.

—¿Es hija tuya esa hermosísima muchacha?—preguntó don Pedro á Agatín.

—No, señor caballero, y bien os lo podrá demostrar el lujo de sus vestidos.

—¿Tu querida tal vez?

—Paréceme, poderosísimo señor, que no habéis reparado en mi rostro.

Guzmán le miró un instante en silencio, y soltando una sonora carcajada al contemplar el grotesco personaje con quien conversaba,

—Tienes razón—le dijo.

—Gracias sean dadas á Ma.... á María Santísima—exclamó el pobre viejo respirando.

—Pero esa dama algo hace aquí—continuó don Pedro.

—Un caballero cubierto de una armadura igual á la vuestra la ha traído hace pocos momentos.

—Me va interesando la historia. ¿Qué señas tenía ese caballero?

—No le vi el rostro, porque no permitió alzarse la celada.

—¿Y no te figuras quién puede ser?

—Ni remotamente.

—Di lo que sepas ó te entrego á esos valientes para que te tuesten en el hogar—exclamó don Pedro alzando la voz.

Los dientes del astrólogo chocaban unos con otros, á pesar de que la temperatura de la habitación era bastante elevada. Guzmán le miraba fijamente, sonriendo con la sonrisa de la hiena.

—¿No quieres cantar? Aguárdate un momento, que presto haré que te abrases con tu secreto.

—Apiadaos de mí, nobilísimo caballero. Escuchadme por piedad.

—Habla pronto. ¿Quién era el que trajo esa dama?

—Os he dicho la pura verdad, y solo puedo añadir que venía acompañado de Fortún Paja, el loco del infante don Alonso.

—¿Estás seguro de no equivocarte?

—Como de que es de noche.

—Llama á esa señora, que ella debe saber el nombre del que la ha traído—dijo don Pedro con cierta inquietud.

—Será inútil, porque ella también lo ignora.

—¿Cómo?

—Ese caballero la libró hace pocas horas del cautiverio en que gemía, y no se ha levantado la celada delante de ella.

—Esto me va dando que sospechar—pensó Guzmán.—Ese caballero que saca cautivas del poder de los moros y lleva consigo el bufón del infante, que dejó dentro de las calles de Jerez, ¿será Garci-Pérez, que habrá sabido librarse de los infieles y de mi Goliat?

Agatín lo miraba con extrañeza, pero sin atreverse á proferir palabra.

—¿Y dices que llevaba una armadura igual á la mía?—preguntó con interés.

—Enteramente igual, á no ser el plumaje del casco.

Guzmán, sonriendo á la idea de un plan que bullía en su cabeza, arrancó prontamente las plumas de su cimera.

—¿Y sería poco más ó menos de mi estatura?

—Poco más ó menos.

—Si es Garci-Pérez, no tomo mala venganza de él—pensó don Pedro.—¿Se fué ese caballero para volver pronto?

—Para volver tan luego como reconociese las cercanías.

—¿De suerte que ya no puede tardar?

—Así lo creo.

—Don Pedro se acercó á don Juan y conversó un momento en voz baja con él. Los dos sonreían maliciosamente, y cualquiera hubiese conocido en sus rostros que estaban muy satisfechos de los planes que se les ocurrían.

—El alcaide es amigo y se alegrará de verme, porque tenemos cierto negocio que tratar—decía don Pedro.

—Pues no perdáis un momento, que el otro puede volver y encontrarnos aquí.

—No nos detendremos mucho.

Guzmán se acercó á doña Elvira y le tocó ligeramente en el hombro después de calarse la celada.

—¿Qué sucede?—exclamó la doncella, despertando sobresaltada.—¡Ah! ¿Sois vos?

—Es preciso partir—dijo don Pedro tratando de mudar la voz.

La pobre niña, medio dormida aún y fatigada su imaginación por el cúmulo de acontecimientos que en tan cortas horas había presenciado, no conociendo el cambio, creía hablar á Garci-Pérez.

—¿Qué significa esa multitud de hombres que llenan la estancia?—preguntó aterrada.

—Son soldados que he encontrado en el camino, y que para mayor seguridad vuestra he hecho venir conmigo.

—Gracias, caballero; tal vez un día podré pagaros lo mucho que os debo. Mi padre es título en Castilla, y yo la más rica heredera de los dos reinos.

—Pues es preciso variar mi plan—pensó don Pedro—; tal vez me acomode casarme con ella.

—¿Y vuestro escudero?

—Ha muerto en un encuentro que hemos tenido con los moros. El pobre Fortún Paja ha muerto, ¿lo

entiendes?—dijo dirigiéndose en voz baja á un soldado que tras él estaba.

—Sí que entiendo—contestó el soldado en el mismo tono.

—Pues basta.

—¿Conque ha muerto? ¡Dios mío, cuánta sangre derramada por mi causa!—exclamó dona Elvira, mientras las lágrimas corrían por sus blancas mejillas.

—No se trata de llorar ahora, sino de partir.

—Vamos adonde queráis.

—No será mientras yo viva—exclamó Agatín, precipitándose, gumía en mano, sobre don Pedro.

—¿Qué quieres decir con eso, miserable?—dijo éste dando un paso atrás.

—Que esta dama me ha sido encomendada por Fortún, á quien he respondido de su seguridad y que no saldrá de aquí mientras él no vuelva.

—Tranquilízate, que te tengo compasión, pobre loco.

—Fortún me ha salvado la vida y yo no debo vacilar en darla por él. Si dáis un paso hacia la puerta, mi gumía pasará vuestro corazón.

Doña Elvira escuchaba azorada aquella contienda, aunque sin comprender palabra, mientras los soldados, que hallaban curioso el arrojado del viejo, formaban corro en derredor de él y de Guzmán. Agatín, despojado de su aspecto hipócrita y pacífico, estaba verdaderamente terrible con los ojos encendidos por la cólera, mirando frente á frente á su contrario como un hombre que no teme ningún género de peligro. Don Pedro, avergonzado del terror que mostrara delante de los suyos quedando parado ante la amenaza del viejo, desnudó velozmente su

espada y dió un paso hacia Agatín, que ligero como un tigre, saltó sobre él con la gumía levantada.

—¡Ay de vos!—gritó.

Pero un soldado que tras él estaba lo sujetó por detrás antes que pudiese descargar el golpe. Entonces se empeñó una lucha terrible y silenciosa entre el anciano y los satélites de don Pedro, que concluyó, como era natural, por rendirse aquél, pasado el momento de febril ardor que le impulsó á combatir contra tantos.

—Vamos, señora, que este loco no debe ocuparnos por más tiempo—dijo Guzmán á doña Elvira.

—Vamos, pues—contestó ésta echando una mirada compasiva al pobre viejo, que rendido y jadeante yacía en tierra sujeto por tres soldados—; pero ¿me concederéis antes una merced?

—La que queráis.

—Dejad sin castigo la locura de ese buen anciano.

—Gracias, señora—balbuceó el pobre viejo queriendo alzar la cabeza—; gracias, señora, y no os olvidéis de mi horóscopo. Guardaos de aquel cuyo rostro no veáis.

—Da gracias á esta noble dama porque no te hago ahorcar como á un perro. No dejéis de hacerlo pronto—murmuró al oído de su soldado favorito.

Y dirigiéndose á la puerta acompañado de cuatro de su comitiva, montó á caballo con doña Elvira, partiendo á escape sin hacer caso de los gritos de Agatín que aconsejaba á la bella niña desconfiara de él.

—Ahora—dijo éste á los soldados que lo rodeaban cuando dejó de percibir las pisadas de los caballos—matadme lo más pronto que podáis, que Dios os premiará si no me hacéis sufrir mucho.

—¿Quién te ha dicho que se trata de matarte?— preguntó un soldado con sonrisa burlona.

—El gesto de vuestro señor no me hace esperar otra cosa—dijo Agatín volviendo á su tono meloso é hipócrita.—Bien es verdad que ya no está vuestro señor aquí, y que vosotros no querréis quitar la vida á un pobre anciano que ningún daño os ha hecho.

—Sólo se trata de ponerte una soga al cuello como á los perros y de que bailes un poco en el aire.

—No os chanceéis.

—No son chanzas, sino veras.

—Venid, amigos, y veréis cómo ponen la cara los judíos antes de ser ahorcados.

Los soldados lanzaron en coro una alegre carcajada que contrastaba terriblemente con las lágrimas que rodaban por las mejillas del anciano. Desde que con la partida de Guzmán concibió una sombra de esperanza, su fisonomía ennoblecida por un momento había vuelto á recobrar su carácter grotesco é hipócrita, que hacía más extraño aún el profundo dolor que en su enjuto rostro se retrataba.

—Vamos—dijo un soldado colgando una soga del techo—, ahí te aguarda tu esposa con los brazos abiertos; no la hagas esperar.

—Por compasión, mis buenos señores—exclamó Agatín poniéndose de rodillas ante ellos—, tomad mi oro, mis libros, cuanto poseo; pero dejadme la vida, que nada ganáis con arrancármela.

Una carcajada general fué la única respuesta que obtuvo.

—¿Qué daño os he hecho yo?—continuó, arrastrándose por el suelo.

—A la horca con él sin más palabras, que esto es gastar el tiempo en valde.

—¡Pronto!

—Así haremos un bien al mundo librándolo de este brujo.

—No hay que detenernos, no monte en una escoba y se nos escape.

—Es una rara especie de diablo este Agatín.

—Vosotros sí que sois diablos—exclamó el viejo volviendo á erguir la frente y reflejando en su fisonomía aquel rayo de nobleza que hizo estremecer al enemigo de Garci-Pérez; vosotros sí que sois diablos. Merezco la muerte porque he vivido mal y sin religión; el que así vive es preciso que muera como yo. Pero ¿quién os ha constituido en jueces míos?

—Calla, perro judío.

—Silencio, barba de chivo blanco.

—¡A la soga con él!

—Dios os demandará un día cuenta de lo que hacéis conmigo.

—Encomiéndate al demonio tu compañero, que te oirá mejor.

—No nos detengamos.

—Que no hable más.

—¡A la horca!

—¡A la horca!

Y á pesar de los esfuerzos desesperados que por zafarse de ellos hacía, presto le echaron la soga al cuello poniéndolo de pie sobre un taburete. Conociendo que ya le era imposible conservar ni la más remota esperanza de salvación, elevó los ojos al cielo y pareció orar por un instante.

De repente el soldado con quien habló don Pedro dió un puntapié al taburete, y Agatín fué lanzado al aire quedando colgado de la soga.

—¡Maldición de Dios sobre vosotros y quien os

manda!—murmuró con voz que parecía salir de una tumba.

Los soldados le contemplaron un momento riendo de los gestos y visajes que hacía al expirar, hasta que juzgándolo completamente difunto volvieron al barril unos, mientras otros registraban cuidadosamente la casa para no dejar nada que algo valiese. Concluido el registro, se reunieron todos en torno del fuego, y rodando el barril de mano en mano comenzaron á entonar himnos báquicos y obscenos, mientras el cadáver de Agatín se columpiaba pendiente del techo á impulsos del levante que por la mal cerrada puerta penetraba.

CAPITULO XII

La torre de Melgarejo.

A poco más de una legua de Jerez, y en medio de los espaciosos llanos de Caulina, se alza orgullosa sobre un montecillo cubierto de palmas y malezas la morisca torre de Melgarejo, cuyos alcaides desempeñaron un papel tan principal en las guerras de religión que en los siglos medios devastaron aquella hermosa campiña. Extrañas tradiciones de tesoros y príncipes encantados, eligiéndola por teatro de sus extravagantes aventuras, han corrido de boca en boca hasta nuestros días, y aún las repiten como verdades incontestables los boyeros y gañanes de los cortijos inmediatos. Nada más poético ni más á propósito para fundar consejas que aquel castillo de

groseras murallas, sobre cuya puerta se eleva una torre ennegrecida por el tiempo; pero que á despecho de los huracanes se conserva, merced á la solidez de su construcción, casi como en la época á que nos referimos. Un riachuelo sin nombre, hoy casi seco, pero de abundante caudal entonces, la defende por el lado de la ciudad de un golpe de mano, mientras que la posición de la roca sobre que está fundada la asegura más y más por los tres restantes. Los ricos olivares que á un lado se extienden y los inmensos llanos jamás heridos por la azada ó el arado que por todas partes la rodean, destacando sobre su fondo verde el negruzco color del castillo, le prestan un aspecto melancólico y sombrío que en vano trataremos de buscar en ninguna de las construcciones del mismo género de que está lleno nuestro país.

En los tiempos de la reconquista, devastados los campos y quemados los montes inmediatos por los azares de la guerra, solitaria la inmensa llanura de Caulina, ahora cubierta de pastores y rebaños, presentaba un aspecto más lúgubre y salvaje que el que ahora con tanta admiración advertimos en ella. Las aves de rapiña, que aun en nuestra época parecen fijarse con predilección en aquel lugar, daban horribles graznidos desde los olivares cercanos en que para recoger su parte de botín en las escaramuzas de que era teatro cada día, habían fabricado su morada.

Las tinieblas de la noche apenas si dejaban distinguir la solitaria torre sobre cuyos costados chocaba fuertemente el viento, produciendo un ruido infernal que no bastaba, sin embargo, á turbar el sueño de sus habitantes, fatigados por un día ente-

ro de combate. Todo dormía, pues, en el castillo, y hasta el infeliz arquero, que reclinado sobre la muralla debía velar el descanso de sus compañeros, rendido también al común cansancio cerraba los ojos y se envolvía en su albornoz, soñando con hogueras y abrigados lechos.

De repente, un golpe dado con el cuento de una lanza á la puerta que bajo sus pies caía, le hizo salir del letargo, y restregándose los ojos gritó con voz soñolienta:

—¿Quién va?

—Un caballero que necesita ver sin pérdida de momento el alcaide—contestaron desde abajo.

—Mala hora han elegido, porque el alcaide ronca como un desesperado, y hará colgar de la muralla al que se atreva á turbar su sueño.

—Pues es indispensable que lo hagas.

—Vete en paz y vuelve cuando haya sol, si no quieres que te aseste un ballestazo, que es lo que me han mandado hacer con el que se atreva á llegar hasta donde estás—dijo el centinela ya espavilado preparando su ballesta.

—Y si yo te dijese una palabra que te han mandado respetar, ¿obedecerías mis órdenes?

—Sí, por el nombre del profeta—contestó el moro con voz más sumisa, bajando el arco que en la dirección de donde la voz venía apuntaba.

—Baja, pues, y la escucharás, ya que la obscuridad de la noche no me permite enseñarte un lienzo que produciría igual efecto.

El centinela llamó á otro moro, y entregándole su ballesta, bajó rápidamente la angosta escalera de la torre, cruzó el patio, y abriendo un postiguiillo en la puerta, dijo al que fuera estaba:

—Da la señal en voz baja, que podemos perdernos si alguien la escucha.

—Mahoma y la Meca—murmuraron desde afuera.

—Espera un instante, que voy á abrir.

—Despáchate, que llueve á mares y venimos calados hasta el pellejo.

Un momento después la puerta estaba franca, y un caballero con la visera calada, seguido de una dama vestida á la usanza morisca penetró en la torre después de entregar su caballo al que le abría. A la escasa luz de una moribunda antorcha que cerca de la puerta agonizaba, hubiera conocido cualquiera á Guzmán y doña Elvira.

—Entrad sin temor, señora, que yo voy á vuestro lado—dijo don Pedro observando un movimiento de doña Elvira al ver el moro.

—Pero ¿nos hemos vuelto á meter entre los infieles?—exclamó ésta con voz trémula por el miedo que á duras penas conseguía disimular.

—Estamos entre amigos, como veréis muy pronto. Di al alcaide que don Pedro de Guzmán le está esperando—exclamó dirigiéndose al moro en tono imperativo.

Este, acostumbrado sin duda á la obediencia pasiva, entró en una habitación de la izquierda, volviendo á salir al momento.

—El alcaide no duerme—dijo—, y te espera con impaciencia.

Don Pedro y doña Elvira entraron en una estancia abovedada, que sin ninguna variación notable se encuentra hoy á la izquierda de la puerta, y que el pueblo, por el eco extraño que producen sus ángulos unidos en un punto, conoce con el nombre de *la sala de los secretos*. A la sazón se hallaba ador-

nada con ese lujo fastuoso que sólo los árabes han sabido desplegar, é iluminada por una lámpara de plata que del techo pendía, derramando por toda la habitación luz y fragancia. El alcaide, hombre de unos cuarenta años, de fisonomía feroz y repugnante, estaba muellemente reclinado sobre un diván con los ojos fijos en la puerta por donde esperaba ver entrar la intempestiva visita que le habían anunciado.

—Alá os guarde, Gazul—dijo don Pedro alargándole la mano.

—Y á ti te preserve de mal—contestó el infiel estrechándose la.

—Sin duda extrañarás que venga á buscarte á tal hora y con tal tiempo, acompañado de una dama.

—El amigo siempre es bien recibido en casa de su amigo. Siéntate.

—Sentaos, señora—dijo Guzmán á doña Elvira.

La doncella se dejó caer sobre un diván en el extremo opuesto al en que estaban don Pedro y el alcaide.

—¿Y qué me quiere mi amigo?—preguntó el último—. Habla.

—Quiero que hablemos de nuestro asunto.

—¿De la torre de Gibalbín?

—De eso mismo.

Doña Elvira reclinó la cabeza contra el rincón y cerró los ojos.

—¿Tratas, pues, de venderla?

—¿No es eso lo que hemos convenido?

La voz, conducida por los ángulos de la bóveda, retumbó sordamente en el oído de la noble castellana la pregunta y la respuesta, y un ligero estremecimiento de todo su cuerpo hubiera revelado á don

Pedro y á Gazul que escuchaba sus palabras, si en aquel instante la hubiesen mirado. La pobre niña estaba aterrada recordando el horóscopo de Agatín y creyéndose ya víctima de los planes del caballero.

—Calla, que esa mujer puede oírnos — dijo el moro en voz baja.

—Está muy cansada y duerme sin duda.

—Lo seguro sería alejarla de aquí.

—Haz que la preparen una habitación, y que la traten con todo el respeto debido á su clase, que es de las más encumbradas.

Gazul llamó dando un martillazo sobre una plancha metálica, y presto doña Elvira, triste y meditabunda salió de la estancia siguiendo á una esclava que recibió las órdenes del alcaide.

—Ahora que estamos solos — dijo éste — puedes decirme qué mujer es esa, y para qué la traes aquí.

—En cuanto á quién es, bástete con lo que te he dicho, porque tampoco sé más.

—¿Y por qué la has conducido á mi castillo?

—Necesito tenerla segura en poder de un amigo, porque así tal vez me vengo del hombre que más odio en el mundo, labrando al par mi fortuna. Por confiarla á tu custodia he venido solamente, con el tiempo infernal que hace, hasta la torre.

—Segura está. Hablemos, pues, de lo que más nos interesa.

Los dos amigos siguieron hablando en voz baja de sus traidores proyectos, pudiéndose sólo entender de su conversación que el moro trataba de vender el castillo de Gibalbín al caballero, para que éste lo revendiese al infante.

CAPITULO XIII

En las tinieblas.

En tanto que esto pasaba en el castillo, silenciosos y velados por las sombras, una multitud de bultos negros, vagos é inseguros se acercaban velozmente á las murallas, confundiendo un ruido metálico que su marcha causaba, con los bramidos del viento y la voz de la tormenta que rugía en lontananza. El centinela que en la torre velaba, dirigió perezosamente la vista en aquella dirección, creyendo que el viento le traía rumores extraños: pero atribuyéndolos al desquicio de los elementos, volvió á reclinarsse sobre la muralla y á soñar con hogueras y abrigados lechos.

CAPITULO XIV

De cómo unos bajan y otros suben.

Doña Elvira quedó sola en la estancia que en el piso principal de la torre le habían destinado. Cuando la pobre niña tendió en derredor la vista y se halló más abandonada que en su cautiverio, un raudal de lágrimas se agolpó á sus ojos, y por algunos momentos no pudo hacer otra cosa que verterlas, desahogando su oprimido corazón. Después, puesta de rodillas y elevando su mirada al cielo cubierto de pardas nubes, que por una arábiga ventana de

la habitación se descubría, oró por espacio de algunos minutos, y levantándose más tranquila, fué á sentarse sobre la cama.

La terrible angustia que en aquellos instantes devoraba el alma de la doncella, sólo los que después de una larga serie de desgracias han visto brillar un rayo de ventura, para mirarlo desaparecer como el humo, pueden comprenderla. Reclinada la cabeza sobre su blanca mano, dió rienda suelta á los pensamientos que en su cerebro bullían.

—Me hallo segunda vez—decía para sí—en poder de los moros, de quien ese caballero me había liberado. La pregunta del alcaide de este castillo «¿tratas de venderla?» y su respuesta afirmativa, que por un milagro del cielo han llegado á mis oídos, no me dejan duda sobre la perversidad de sus intenciones. Estoy, pues, perdida sin esperanza, y el horóscopo del anciano astrólogo se va desgraciadamente realizando. Ese caballero tan tierno y solícito al principio, como brusco é infame ahora, produce en mi corazón una lucha que no acierto á definir: le amo y le odio á la vez, porque á pesar de conocer cuán pérfidamente ha obrado conmigo, no puedo echar de la memoria el dorado sueño que me hacía mirar bajo de su celada el rostro de mi desconocido de Burgos. . Pero no es tiempo de dejarme llevar por tales ideas... Mi situación es muy crítica, y solo Dios y su Santa Madre, que velan siempre por la inocencia, pueden sacarme con bien de tan horrible estado.

Por un momento sus ideas confundidas no la dejaron darse cuenta de lo que pensaba. De repente, como asaltada de un luminoso pensamiento, se levantó murmurando entre dientes:

—Es la única esperanza que me queda.

Rasgó las sábanas y las cortinas de las puertas, y comenzó á hacer una cuerda con ellas, retorciéndolas fuertemente y atándolas por sus extremos. Concluido este trabajo, la amarró á la columnita que dividía la ventana, arrojándola al exterior de la torre; oró de rodillas un momento y se deslizó por la cuerda, exclamando con terror:

—¡Amparadme, Dios mío!

Por un instante se la vió flotar en el aire, columpiándose á cada ráfaga de viento que la impulsaba; después se oyó un ruido como de un cuerpo que cae á tierra, y las sombras de la noche y el estruendo de la tempestad no permitieron oír ni ver nada más.

Este silencio duró algunos minutos, pasados los cuales volvió á escucharse cada vez más cercano el crujido metálico que seguía á los bultos negros. El centinela, seguro de que nada había que temer, seguía durmiendo echado sobre una almena y cubierto con su ancho albornoz.

Y el ruido se aproximaba por momentos.

Y todos, menos Guzmán y Gazul, que entregados enteramente á sus planes nada podían oír ni ver, dormían en el castillo.

Vagos y silenciosos como antes los bultos, vadeando el riachuelo, se acercaban á los muros.

Si el hombre más valiente del mundo contemplara en una noche como aquella un espectáculo semejante, se le hubiera helado la sangre en el corazón.

Los bultos pasaron el río y continuaron silenciosos su marcha.

Y el centinela seguía soñando bajo la capucha de su albornoz.

Y todos dormían en el castillo sin curarse de lo que fuera sucedía.

Todo esto pasaba como pasan las visiones de un sueño: vagas y misteriosas, pálidas é inseguras.

De repente los bultos se pararon á cuatro pasos de la torre y el ruido metálico cesó.

El centinela, que soñoliento había levantado la cabeza, volvió á reclinarla sobre la almena y prosiguió su sueño.

Los bultos se agruparon unos en torno de los otros. Parecía como que conferenciaban entre sí.

—¿Qué debemos hacer?—decía uno.

—Asestar un ballestazo al centinela y tirar las escalas al muro sin más rodeos.

—Mi hermano habla como valiente y experimentado que es.

—¿Quién se atreve á clavar una flecha en aquella cabeza que asoma por encima de la torre, de modo que no le reste tiempo al que la lleva sobre sus hombros para encomendarse á su falso profeta?

—Fortún Paja, que con nosotros viene, es el mejor ballestero de Castilla.

—En nombre de Dios, Fortún, apunta á aquel moro.

—El Señor ponga tiento en mi mano.

Como todo esto se hablaba en voz tan sumisa que á dos pasos nada hubiera podido escucharse, el centinela soñaba que era califa de Córdoba y que hacía quemar cien árboles diarios para calentarse, sin que aquel ligero rumor fuese parte á despertarlo.

—Apunta bien—continuó una voz abajo.

—Consiento, don Diego, en que cada uno de los presentes me dispare una á cuatro pasos, si esta ballesta deja de dar en el blanco.

Entre el rumor de la tempestad se percibió un silbido agudo seguido de un grito ahogado y desgarrador, como el que exhala un moribundo en su momento supremo, y del ruido de una armadura al chocar en el suelo.

—¡Bien por Fortún!—dijeron alegremente los de abajo.

—A estas horas está ardiendo en los profundos con su Mahoma. ¡Lástima que no haya podido bautizarlo antes para dar un rato de mal humor á Satanás!

Todo volvió á quedar en silencio.

—Nada han notado los de adentro—dijeron después de una pequeña pausa.

—Aproximémonos, pues, á los muros y tratemos de tirar las escalas con el menor ruido posible.

—Al clavarse los garfios en las almenas, por fuerza ha de despertar alguno de esos perros.

—¡Qué remedio!

Los bultos se volvieron á poner en camino.

Y el centinela derribado en tierra no soñaba ya, porque había dejado de existir.

Y todos dormían en el castillo.

Y Guzmán y Gazul, únicos que velaban, departían con más calor cada vez.

—¡Ira de Dios!—murmuró Fortún—, ¿no véis flotar una cosa blanca al lado de la torre?

—Sí por cierto—contestó Garci-Pérez.

—Veamos lo que es.

—Una cuerda formada de jirones de telas, que, á lo que pienso, está pendiente de la ventana que sobre la puerta cae.

—¿Está firme la tal cuerda, amigo mío?

—Voy á probarlo.

El bufón se reguindó de ella y permaneció algunos momentos tirando con todas sus fuerzas hacia abajo.

—Firme está, como el corazón de un valiente—dijo, volviendo al lado de don Garci.

—Dejad las escalas—exclamó éste—, que, ó mucho me engaño, ó mi amigo Fortún ha dado con un medio mejor de entrar en el castillo.

—Más bajo.

—¡Chist!

—Seguidme é imitadme.

Garci-Pérez iba á asirse de la cuerda, pero Fortún le detuvo.

—Deteneos, señor—le dijo.—¿Creéis que de buena fe hayan los de dentro dejado caer ese colgajo para tener el gusto de que los degollemos?

—No, por vida mía.

—En la estancia á que pertenece esta ventana, hay luz, á pesar de que lo tupido de la cortina que la cubre no nos lo deja ver desde aquí.

—Y bien. ¿Hemos de renunciar por eso á valer nos de ese recurso que la Providencia nos proporciona?

—Mirad no sea la astucia de esos borrachos de moros, que de éstas suelen usar.

—¿Pues qué quieres que hagamos?

—Que me dejéis subir primero, puesto que vuestra vida vale más que la mía—contestó Fortún.

—A mí me pertenece eso más que á ningún otro, por jefe de la expedición—exclamó don Diego aproximándose á ellos.

—Pues yo mando, á ti como tu hermano mayor, y á ti como jefe del ejército, que me dejéis subir el primero.

—Sube, pues.

—Subid.

—Desde arriba os avisaré, si no hay peligro, para que me sigáis.

—Dios te ampare, hermano.

—Adiós.

Garci-Pérez asió con ambas manos la cuerda y comenzó á subir poco á poco y sin hacer el menor ruido. El levante, que soplaba con más fuerza que nunca, lo impelía ya á un lado ya á otro, mientras que sus compañeros, trémulos y silenciosos, miraban estas terribles oscilaciones con una ansiedad y angustia imposibles de definir. Por fin, cuando, aunque vagamente, creyeron ver entre las sombras que llegaba al término de su viaje aéreo, apenas les fué posible contener un grito de gozo, próximo á ser lanzado por todos aquellos pechos, cuyos corazones palpitaban con más fuerza que enmedio de la pasada batalla.

—¡Gracias á Dios!—murmuraron sumisamente don Diego y Fortún.

—¡Gracias á Dios!—dijeron todos en el mismo tono.

Y entretanto la guarnición del castillo seguía sumida en el más profundo sueño.

Y Gazul y Guzmán discutían acaloradamente sobre el precio de su mercancía.

Don Garci se asomó á la ventana, diciendo en voz baja:

—Subid.

El segundo de los Vargas, que aquella tarde había recibido el sobrenombre de Machuca, se abalanzó á la cuerda, temeroso de que hubiese quien le disputara esta gloria, y comenzó á subir como su hermano.

—Idos cuatro ó seis á reforzar á los que guardando los caballos quedaron, y arriba los demás—dijo el bufón mirando con terror al valiente don Diego, que oscilaba como un péndulo suspendido sobre el abismo.

Pronto Machuca se halló al lado de su hermano.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó el loco.—Gracias, porque habéis hecho llegar sanos y salvos á los dos mejores caballeros de Castilla. Ahora me toca á mí.

Y Fortún trepó, y tras él, uno por uno, fueron haciéndolo todos los soldados, que, en número de noventa, se hallaban al pie de la torre.

Parecían fantasmas alados aquellos bultos negros que se columpiaban en el espacio al compás del trueno y el rugido de los vientos; y si un campesino hubiese acertado á pasar por las inmediaciones, contara al día siguiente que los diablos escalaban el castillo de Melgarejo, envueltos en las tinieblas de la noche.

Y uno, dos, tres... hasta noventa, los bultos penetraron por la ventana de la torre.

En tanto, todos dormían en el castillo.

Y el cadáver del centinela continuaba tendido en el suelo.

Y Guzmán y Gazul se apretaban las manos, en señal de haber terminado su negocio.

CAPÍTULO XV

De cómo unos entran y otros salen.

Cuando todos se hallaron dentro de la estancia, Garcí-Pérez les hizo seña de que guardasen silencio, y los soldados se agruparon en torno de él, esperando sus órdenes.

—Serán las once y media—dijo en voz baja, pero firme—; á las doce es necesario que el castillo sea nuestro. Seguidme.

Los soldados salieron tras él de puntillas, y bajando las escaleras atravesaron como sombras el patio, lleno de peñascos, que de la cuadra donde dormía la guarnición los separaba.

—Parad—exclamó con voz apenas perceptible.

Y obedientes como una máquina, quedaron todos clavados en el lugar en que se encontraban.

Los moros, sin sospechar lo que al despertar les esperaba, seguían sumidos en su estúpido sueño.

Pero esta vez Gazul y don Pedro creyeron percibir cierto rumor extraño, y suspendiendo su plática, trasladaron toda la actividad de sus lenguas á los oídos.

—¿No escuchas crujido de armaduras en el patio?
—preguntó el alcaide con inquietud.

—Sí por cierto—contestó don Pedro, lanzándose á la puerta.

Aplicó el oído á ella y nada percibió.

—Nos hemos engañado—dijo volviendo á sentarse al lado de Gazul, que acariciaba la empuñadura de

su cimitarra—. Es el silbido del viento y el choque de las piedras que arrastra, ó tal vez el rumor del agua que cae.

—Dios es grande y no debe de querer ningún mal para los verdaderos creyentes—dijo el moro volviendo á reclinarse en su diván.

El viento bramaba en el patio con una fuerza tal, que apenas dejaba al uno comprender las palabras del otro.

De repente una infernal vocería dominó por un instante el estruendo de la tempestad.

—¡Por el nombre del profeta, que estamos vendidos!—exclamó el moro asomándose á la puerta.

—¡Traición! ¡Traición!—gritaban desde la cuadra de enfrente.

—Matad sin compasión al que intente salir—dijo una voz de trueno que retumbó sordamente en todos los ángulos.

—Huyamos, Gazul—exclamó don Pedro estremeciéndose—. Esa voz es la de Garci-Pérez de Vargas, que se ha salvado de la muerte á pesar de haber yo hecho cuanto te prometí.

—¡Garci-Pérez en mi castillo! ¡Huyamos, que no nos queda otra esperanza!

Los dos se dirigieron á la puerta de la torre, y merced al ruido del combate y de la tormenta, consiguieron abrirla y escapar, sin que los acometedores lo notasen.

Entretanto la anchurosa estancia donde dormían los soldados moriscos, era teatro de una lucha salvaje y sangrienta, en que éstos, cogidos de improviso y aterrados por lo brusco del ataque, llevaban la peor parte, habiéndoles sido á muchos imposible echar mano á sus armas. Sin embargo, valientes

como leones, luchaban casi desnudos con aquellos hombres cubiertos de hierro, formando el choque de las armas confundido con los ayes ahogados de los heridos y las voces de triunfo de los vencedores, un horrible estrépito, entre el que de vez en cuando sobresalía el arrogante grito de guerra de los dos hermanos:

—¡Santiago y los Vargas!

CAPÍTULO XVI

De cómo á la tormenta sigue la bonanza.

E mezza notte:
tutto si giace:
dietro le nubi
passa la luna.

(CARRER: *La Vendetta*.)

Es media noche: todo está tranquilo; de entre las nubes sale la luna.

Una figura blanca, 'aérea y ligera como un hada, se descubre vagamente por entre los olivares, y á lo lejos se escucha una canción meridional, apasionada y melancólica.

CAPÍTULO XVII

De cómo don Garol-Pérez de Vargas volvió en busca de doña Elvira.

El sol ardiente y puro de Andalucía brillaba en medio de un horizonte sin nubes, azul y transparente: los pájaros cantaban en la enramada; las flo-

res abrían sus pétalos, y dando al aire blandos perfumes, hacían rodar por sus matizadas hojas las cristalinas gotas de rocío. Todo era animación, todo era vida en aquel campo, donde la muerte había hecho tan buena presa el día anterior, cuando Garcipérez, seguido de su hermano y el bufón de don Alonso, galopaba hacia la casa de Agatín, con la cabeza llena de gloria y el corazón henchido de esperanza. La campiña reía por todas partes, y el magnífico espectáculo que el cielo presenta al amanecer, no les dejaba mirar la tierra sobre que corrían sus caballos, cubierta de cadáveres y despojos, triste resultado de la sangrienta lucha del día anterior.

Y, sin embargo, aquellos cuerpos que sin vida yacían arrojados por tierra, gozaron ayer de iguales alegrías al ver aparecer el sol, y ya no volverán á mirarlo. Ese Dios benéfico que prestó color á los campos, fragancia á las flores y dulce música á los pájaros, dió tierra y luz y aire y sol para todos los hombres; nosotros, seres mezquinos y débiles, que mañana seremos polvo y nada, arrancamos la vida á nuestros semejantes por apoderarnos de un palmo de tierra, de un poco de aire, de un rayo de luz, cuando el Señor, pródigo y magnánimo, creó luz, tierra y aire para todos.

Los tres amigos, porque el bufón, después de los acontecimientos de la pasada noche, era un amigo para los Vargas, departían alegremente entre sí sobre la toma del castillo que acababan de ganar, y ambos hermanos se contaban mutuamente lo que durante la batalla les había sucedido. Terminada esta conversación, los tres callaron, y por espacio de algunos minutos cada cual se entregó á sus pensamientos.

—Parécenme los instantes horas, mientras no llegamos—, dijo, por fin, Garci-Pérez.

—Mal herido de amores estás, hermano mío.

—Presumiéndomelo voy, y por Dios, que si es fuerza que todos los hombres han de enamorarse al cabo, que no me pesará amar á la más discreta y bizarra doncella que tienen Castilla y León.

—¡Hermosa es como un ángel, por vida mía!— exclamó Fortún—; y si á su belleza corresponde su honor y cuna, á duras penas se pudiera encontrar una dama más digna de ser la esposa de don Garci-Pérez de Vargas.

—¿Qué dirá de mí, que acabo de faltarle á una promesa?

—Dirá que un noble se debe antes que todo á su rey y á su patria, y que no podía rehusar el combatir á sus enemigos cuando se les invitaba á ello.

—¡Si vieras qué expresión tan angélica tiene su divino rostro!

—Se acabaron tus ilusiones de guerras y lanzadas, á lo que creo.

—La memoria de la cautiva, que cautivo me tiene, no deja lugar en mi alma á otra memoria. ¡Páreceme imposible que voy á verla!

—Pues no habéis de tardar mucho, que estamos á muy corta distancia del lugar en que quedó. Estoy seguro de que Agatín la habrá tratado como se merece.

—Y yo sabré premiárselo.

—Fuera de sus picardías, es el moro ermitaño uno de los mejores hombres que conozco.

—Así me lo parece.

—Le he cobrado afición, sin embargo de que profeso un odio mortal á todos los infieles.

—Estoy deseando ver esas dos maravillas.

—Pues pronto se verán cumplidos vuestros deseos.

—Más ardientes que los de él son los míos—, repuso Garci-Pérez.

—Pues todos los que tengáis pudieran cumplirse como estos.

—¡Voy á ser tan feliz solo con verla!...

—Casi me das envidia, don García.

—¿Véis?—interrumpió Fortún—. Desde esta altura se divisa la casa de mi amigo Agatín.

—¿Es aquella?

—Sí.

—Paréceme que no acabamos nunca de llegar.

—Ella, si es agradecida, no podrá menos de amar á su libertador.

—Con doble motivo si ese libertador se llama don Garci-Pérez de Vargas, y es el mancebo más galán y discreto que jamás empuñó una espada.

—Lisonjero te vas volviendo en demasía, amigo Fortún.

—No es lisonja lo que sale del corazón.

—Calla.

—¿Qué sucede?

—¿No oís los ladridos de un perro?

—Más que ladridos me parecen aullidos.

—Malo —dijo Paja entristeciéndose repentinamente.

—¿Por qué?

—Porque nunca aulla un perro por nada bueno.

—¿Y qué mal podemos esperar ahora, que todo es dicha y felicidad para nosotros?

—Ninguno.

—Pues, entonces...

—¿Qué queréis? Como villano que soy, é hijo de villano, creo en los presentimientos.

—¿Pero qué desgracia puedes augurar?

—No lo sé.

Los dos hermanos soltaron la carcajada al reparar en el afligido rostro de Fortún.

—Por vida mía, que más pareces dueña que soldado, creyendo en tales patrañas.

—Dios quiera que ésta lo sea.

—¡Pues no ha de ser!

Y entre risas y alegres exclamaciones bajaron al valle que tan lúgubre y extraño apareció la noche anterior á los ojos de Garci Pérez. Pintoresco y alegre lo halló, alumbrado por aquel sol tan vívido y ardiente, y al paso que entonces sólo hallaba en él rocas negruzcas y desnudas, ahora veía árboles y flores brotar de entre las quiebras de la montaña, y jilgueros y gorriones y palomas torcaces revoloteando por entre ellos al compás de sus alegres píos y gorjeos.

La blanca casita de Agatín, cubierta de follaje, saliendo de entre el bosquecillo de naranjos y limoneros que la rodeaba, era tan risueña, tan encantadora, que cualquiera que de lejos la divisase, sólo dichas y contentos podía suponer que encerraba.

Los dos hermanos respiraron con toda su fuerza, porque el aire embalsamado que allí se aspiraba era tan fresco y delicioso, que hacía avaros de él á cuantos en el valle penetraban.

—¡Cuánta belleza por todas partes! — exclamó Garci-Pérez.

—Por cierto, hermano mío, que no fué necio ese moro al elegir este sitio para hacer penitencia.

—Aprieta tu caballo, que no veo el instante de llegar.

De nuevo se volvieron á oír los aullidos del perro.

—Ese animal aulla dentro de la casa—dijo Fortún cada vez más inquieto.

—Así parece—contestaron los dos hermanos riendo de su inquietud.

—¡Extraño es, por vida mía!

—¿Por qué?

—Porque nunca sale de la chocilla del huerto donde está amarrado.

—Habrá roto la soga.

—¡Quiéralo Dios!

Un momento después estaban á pocos pasos de la casa, y los dolientes aullidos del can proseguían oyéndose cada vez más agudos.

—Prepárate á ver, sin enamorarte de ella, la mujer más bella del mundo—dijo García á don Diego.

—Se hará lo que se pueda—contestó éste sonriendo.

Los tres se bajaron de los caballos.

—Es extraño que esté ya abierta la puerta—murmuró Fortún.

—¿Y por qué?

—Porque Agatín no acostumbra á abrir tan temprano.

—Habrá madrugado hoy.

—¡Dios lo quiera! — volvió á murmurar Fortún.

—Los aullidos de ese maldito perro te han asustado.

—Ea, entremos y dejemos á ese agorero con sus aprensiones—exclamó Garci-Pérez alegremente.

La puerta estaba entornada, y apenas la tocó don García se abrió de par en par.

—¡Dios Todopoderoso! — exclamó, retrocediendo horrorizado.

—¿Qué sucede?—dijo don Diego, acercándose con ansiedad.

—¡Mira!

—¡Rayo del cielo!

Fortún cayó de rodillas y permaneció largo rato orando.

—¡Pobre Agatín!—exclamó al cabo con lágrimas en los ojos—. ¡Pobre Agatín!

El pálido cadáver del infortunado astrólogo seguía pendiente del techo, tal como los soldados lo dejaron antes de comenzar su orgía. A sus pies un hermoso mastín, negro como el azabache y robusto como un león, aullaba tristemente llorando la muerte de su dueño.

¡Feliz aquel que tiene siquiera un perro que llore sobre su tumba!

Garci-Pérez y su hermano penetraron en la habitación trémulos y espantados, mientras que Fortún Paja continuaba arrodillado delante de la puerta, murmurando con voz ahogada por los sollozos:

—¡Pobre Agatín! ¡Pobre amigo mío!

—¡Hermano —dijo sordamente Garcí-Pérez después de haber recorrido toda la sala—, la he perdido para siempre! He perdido la única mujer que ha hecho latir mi corazón. Y causado tal vez la muerte de ese infeliz, que habrá exhalado seguramente el alma por defenderla. ¡Hermano, es preciso encontrar á esa mujer y vengar la muerte de este desdichado.

—¡Sí, por Santiago de Compostela!

—Los infames han celebrado su inicuo proceder... Mira esparcidos por todas partes los restos de su

festín... ¡Ira de Dios! ¡Ay de ellos si llegan á encontrarse al alcance de mi lanza!

—Cristiano y caballero debe haber sido el que ejecutó tan villana acción. Mira las plumas de su cimera—exclamó don Diego recogiendo del suelo las que se arrancó Guzmán.

—Juremos delante de ese cadáver no descansar de día ni de noche, hasta encontrar á esa mujer y vengar este inicuo asesinato.

—Júrolo por Dios que está en el cielo.

Los dos hermanos se dieron las manos mirando fijamente el yerto cadáver del astrólogo.

Y el perro aullaba tristemente sin hacer caso de nada.

Y Fortún continuaba de rodillas, murmurando:

—¡Pobre Agatín! ¡Pobre amigo mío!

CAPÍTULO XVIII

*La sabrosa plática que tenían un paje y un escudero
el día siguiente al de la batalla.*

—¿Esas tenemos, amigo Nuño? Pues júrote á fe de cristiano que reniego de las treguas que se hacen á esos perros sectarios de Mahoma.

—Buen Mendo, cuando mi señor don Alvar y el infante, que saben más que nosotros, lo han determinado, sus razones tendrán para ello.

—No seré yo quien lo ponga en duda; pero ahora que tenemos seguro el favor del cielo en esta empresa, pues todos hemos visto al señor Santiago combatiendo, caballero en su blanco corcel, de nues-

tra parte, no me parece el mejor tiempo para levantar el sitio y volvernos á nuestras casas sin más ganancias que hacer que ese perro de Aben-Abuc se declare tributario del rey Fernando tercero.

—También se me vienen á las mientes de vez en cuando esos mismos pensamientos, cuando recuerdo un milagro tan claro; pero á nosotros solo nos toca ver y obedecer.

—Cierto que no nos atañen las cosas del gobierno, y que somos sandios por demás en ocuparnos de ellas. ¿Y cuándo marcharemos?

—Mañana mismo—contestó el paje.

—¿Qué hace don Alvar?

—Escribe al rey y á cierto santo arzobispo, que compone la crónica de estos tiempos, todos los acontecimientos de ayer.

—Extraños han sido por vida mía.

—Dicen que por nuestra parte no ha muerto más que Pero Miguel.

—Así se supone, aunque no se ha encontrado su cadáver aún.

—¿No es extraño que pereciendo tantos infieles sólo falte un cristiano?

—No, si se recuerda que en todo ello anda la mano del Señor, y que la muerte de Pero es justo castigo de la felonía que ayer quiso usar abrazando á don Diego (1).

—¿Y qué es de tus señores?

—Desde que después de la toma del castillo de

(1) El hecho de ser Pero Miguel el único cristiano que murió en aquella gloriosa batalla, y la causa á que Mendo atribuye su muerte, están consignados en la crónica de San Fernando, escrita por el arzobispo D. Rodrigo.

Melgarejo se separaron de nosotros, no he vuelto á saber de ellos.

—Quiera Dios que no les haya sucedido alguna desgracia.

—Volvamos á su tienda, que puede ser que ya estén en ella.

Siguiendo la orilla del río, paje y escudero volvieron poco á poco al real del infante.

CAPÍTULO XIX

La fuente de doña Elvira.

Y mientras tanto, rendida al cansancio y la fatiga de toda una noche de camino, una mujer de singular belleza, pálida y llorosa, cayó sin aliento junto á una fuente cercada de sáuces, no lejana del encantado Guadalcaçín. La fuente y la espaciosa vega que desde ella se descubre como una dilatada sabana de verdura, se llaman hoy fuente y vega de doña Elvira.

Una voz dulce y melancólica cantaba á lo lejos, con un aire triste y lánguido como todos los árabes, este cantar, que la dama oía sin advertirlo, deshecha en un mar de lágrimas:

Ojos que te vieron ir
camino de Grazaema,
¡cuándo te verán venir
para alivio de mis penas!

SEGUNDA PARTE

La conquista de Sevilla.

CAPÍTULO PRIMERO

Donde se habla de una ciudad que no era ciudad, con casas y templos que no eran templos ni casas, y de otras cosas que si no parecen prolijas serán de sabroso entretenimiento.

En el nombre de Dios comienza el autor la segunda parte de su historia.

Han pasado días y días, y han corrido estaciones y estaciones con sus glórias y placeres, con sus penas y tormentos.

El sol comienza á hundirse poco á poco en los mares, coloreando de púrpura y grana las blancas nubes de que está sembrado el horizonte, y las aves vuelan presurosas á sus nidos al compás del cántico de despedida que entonan á la moribunda luz. Es la hora del misterio y la melancolía; esa hora sublime en que los vientos, susurrando mansamente entre las hojas de los árboles, producen ruidos vagos é incomprensibles; esa hora en que el alma se dilata, columbrando un mundo de encantos que nunca

había sospechado, y en que las lágrimas de los infelices brotan más fácil y dulcemente de los ojos.

En medio de una dilatada llanura, que no reconoce más límites que los de la bóveda azul que la cobija, se alza, no lejos de Antequera, una magnífica y al parecer populosa ciudad, que eleva hasta los cielos las torres y cúpulas de sus templos y los soberbios obeliscos que en medio de sus plazas se levantan. El sol, que la hiere con sus expirantes rayos, le da un aspecto tan fantástico y particular, que los ojos del viajero, fascinados por el conjunto de tanta belleza reunida, difícilmente logran separarse de ella.

En el laberinto de sus numerosas calles, en que á cada paso se encuentran magníficos edificios llenos de pórticos, columnas y ricas estatuas de héroes y animales, se nota una tan extraordinaria animación, que hace sospechar la ocurrencia de algún gran acontecimiento en aquella poderosa ciudad, metrópoli sin duda de algún dilatado imperio. Árabes parecen sus habitantes, á juzgar por los vestidos, y amenazados de guerra deben estar, según lo provistos de armas que caminan. Cualquiera creería al ver aquellos fastuosos edificios, aquellas elevadas pirámides y aquellos pórticos suntuosos que por todas partes se encuentran, que los cuentos de *Las mil y una noches* se han convertido en realidad.

Pero acercándose á la ciudad, la ilusión se va desvaneciendo á medida que los ojos pueden apreciar debidamente los objetos. Los palacios, las pirámides, los templos y las casas no son más que inmensos peñascos, desprendidos tal vez de las entrañas de la tierra por alguna convulsión volcánica, á los que la casualidad ha dado formas monumentales,

colocándolos con tal simetría que forman plazas y calles adornadas y embellecidas con cuanto las de las más principales poblaciones lo están.

Tal es la magnitud y grandeza de aquella ciudad natural, que hoy, á pesar de lo muy visitada que es por los viajeros, muchos que sin guía penetran en ella, suelen extraviarse en el revuelto laberinto de sus encrucijadas. La vega que la circunda, como toda la deliciosa campiña de Antequera, está cubierta de plantas y flores, y desde la cima de los más elevados peñascos se descubre el inmenso mar, confundiéndose casi con el horizonte, siempre azul, siempre puro y, en los momentos á que nos referimos, sembrado de purpúreas nubes.

Benalbamar, rey de Granada, ocupaba á la sazón con su ejército aquellos lugares, y de aquí la muchedumbre armada que por todas partes discurría.

Un caballero cristiano, cubierto el rostro con la celada, se acercó haciendo seña de paz al campamento, y después de hablar con los centinelas, se dirigió acompañado de uno de ellos á una extensa plaza en medio de la cual había asentado su tienda el valeroso rey de Granada.

—Señor—dijo el moro penetrando en ella y dirigiéndose á Benalbamar—, el nazareno que nos mandaste aguardar, espera tus órdenes á la puerta.

—Hazlo entrar—contestó el rey, mientras en su rostro, franco y bondadoso, se retrataba una indecible expresión de disgusto.

Don Pedro de Guzmán, que no era otro el caballero cristiano, estaba un momento después en la tienda.

—Alá te guarde, rey de Granada—dijo inclinándose humildemente delante de él.

Benalbamar continuó sentado sin contestar á su saludo.

—¿Qué me quieres, nazareno?—preguntó por fin.

—¿No me aguardabas, señor?

—Sabía que debías venir, porque así me lo había dicho Gazul, mi valiente servidor.

—Aquí estoy ya, y pienso que con buenas noticias.

El rey, tratando de reprimir una sonrisa de desprecio que á sus labios asomaba, le preguntó:

—¿Y qué noticias son esas?

—¿No es tu deseo más ardiente tomar el castillo de la peña de Martos?

—Sí.

—¿No te había yo prometido repetidas veces proporcionarte ocasión de hacerlo tuyo?

—Sí, y hasta ahora en palabras se ha quedado tu atrevida promesa.

—¿Y qué me darías si viniese á decirte que esas palabras están ya cumplidas y que sólo de ti depende ganar la tan deseada fortaleza?

—Cuanto me pidieras.

—Pues bien, cuanto te he dicho está sucediendo en la actualidad.

—¿Pues no lo custodian don Diego de Vargas y don Tello, el sobrino de Alvar Pérez?

—Lo custodiaban.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que merced á una estratagema mía se hallan en este instante muy lejos del castillo.

—Pero habrá quedado dentro una poderosa guarnición al mando de algún otro valeroso caballero.

—El castillo está solamente habitado por doña Blanca, la mujer de don Alvar, sus damas y el bu-

fón del infante don Alonso, que vino con Vargas, y aún no bien restablecido de algunas heridas, ha tenido que renunciar á seguirles.

—¿Pero cómo has logrado todo eso?

—Haciéndoles creer que en las cercanías de Jaén hace gran falta su presencia.

—Me has hecho un gran servicio—exclamó el moro con repugnancia.

—He hecho lo que he podido, señor.

—Respecto al modo de pagarlo—continuó como si no lo hubiese oído—, Gazul se entenderá contigo, que á mí se me alcanza poco respecto á la estimación de semejantes cosas.

—Con tu bondad está demasiado satisfecho.

—No, cristiano; sé que este género de favores sólo se pagan con oro—contestó con soberano desdén.

—Señor...

—No temas, que siempre fui espléndido con los que me sirven y no les regateo nunca su trabajo. Entiéndete con tu amigo Gazul, el antiguo alcaide de la torre de Melgarejo, que lo que él haga confirmaré yo de buen grado.

Guzmán, advirtiendo que el moro volvía la cara como dando la conversación por terminada, salió de la tienda, no sin hacer un profundo saludo, que no recibió contestación alguna.

Cuando Benalbamar se miró solo, echó una ojeada de desprecio á la puerta por donde don Pero acababa de salir, murmurando entre dientes:

—¡Villano! ¡Vender su patria, su rey, su misma religión por un puñado de medallas! Horror me inspira la guerra por tener que tratar con espías y traidores. Pero es preciso, y las nuevas que me trae

son importantísimas. Debemos partir sin pérdida de momento. ¡Hola!

Dos esclavos negros se presentaron en la puerta.

—Decid á todos los jefes del ejército que vengan aquí al instante.

.
 Algunos momentos después el ejército morisco se ponía en marcha, dando al viento sus vistosos pendones y llevando á la cabeza al valiente Benalbar, en cuyo juvenil semblante se retrataban el espíritu caballeresco y el afán de gloria que tantas empresas semi-imposibles le habían hecho emprender y concluir.

El último rayo del sol iluminó los varios y vistosos colores de los trajes un minuto aún. Después las hermosas nubes matizadas de púrpura volvieron á recobrar su blancura, y pronto las aves callaron y la noche cubrió con su denso velo los horizontes, desapareciendo de la vista lentamente aquella mágica ciudad.

CAPÍTULO II

El castillo de la peña de Martos.

A tres leguas de Jaén se encuentra la villa de Martos, mediana población, fabricada en el declive de una montaña, cuya parte superior toca la falda de la célebre y altísima peña de este nombre. Aun hoy que la población va adquiriendo ese carácter moderno, que como en todas partes acabará por borrar los pocos recuerdos vivos de otra época que nos

restan, se ven sobre la explanada en que termina la peña, casi siempre cubierta de nieves, las ruinas de aquella antigua fortaleza que tanta sangre costó á San Fernando arrancar á los musulmanes y que tan repetidas veces intentaron éstos recobrar. La posición de estos soberbios restos puede dar una idea de cuánto empeño habría por una y por otra parte en poseer un castillo inexpugnable y situado en el foco de la terrible lucha que con tan loable esfuerzo emprendió aquel santo rey contra la morisma.

En los tiempos á que nos referimos, el castillo, considerado como una de las importantes fortalezas de los dos reinos, estaba fortificado con cuantos medios suministraba la ciencia de la guerra; y asentado sobre aquel gigantesco monte alzaba hasta el cielo sus moriscos y formidables torreones, pareciendo desafiar desde la altura á todos los ejércitos del mundo.

Después de arrancarlo á la corona sarracena, diólo San Fernando en señorío, para que lo defendiese y conservase, al valeroso don Alvar Pérez, uno de los mejores caballeros de Castilla, que llamado á mayores negocios por el rey, confió su guarda y la de su esposa doña Blanca, que en él habitaba, á su sobrino don Tello, y al ya entonces celebrado caballero don Diego de Vargas Machuca, que alejados de allí con toda la guarnición por una astucia de Guzmán, no podían defenderlo de los ataques del terrible Benalbamar.

Sola estaba, pues, la fortaleza, en tanto que el numeroso ejército del rey de Granada avanzaba velozmente sobre ella, sin que doña Blanca tuviera la menor noticia del inminente riesgo que iba á correr.

CAPÍTULO III

Doña Blanca y sus doncellas.

—Referidnos, Fortún, algún cuento de esos con que diz que soléis entretener honestamente al infante y aun al mismo rey.

—De buena gana lo hiciera, noble señora; pero es el caso que desde que en Jerez me acostumbré á manejar la lanza como un caballero, se van marchando de la mi mente las bufonerías, y cuento sandio y sin sal sería el que pudiera relataros, si mis dolencias me dejasen memoria para ello.

Así hablaba Fortún con doña Blanca, bellísima dama de blanca tez y rasgados ojos negros, que, rodeada de sus doncellas, bordaba una banda para su esposo en el gran salón de la fortaleza.

Era medio día, y el sol, penetrando por las anchas ventanas de la estancia, iluminaba vivamente aquel grupo de cabezas hermosas y juveniles que, fijos los ojos en Fortún, esperaban con curiosidad el relato que su señora le pedía. ¡Por Dios que eran garridas las doncellas que con doña Blanca en el salón principal del castillo estaban! Serían como veinte, y entre ellas se podrían encontrar todos los tipos de la belleza, desde la niña espiritual de ojos azules y cabellos de oro, hasta la voluptuosa aunque recatada doncella de rostro moreno y ojos negros como el azabache, en que brilla el fuego de la ardiente Andalucía. Sus talles, su arreo, sus manos, su discreción, en fin, todo hacía conocer desde lue-

go que ninguna había nacido en pobres pañales y que pertenecían á las más nobles casas de Castilla y León.

Fortún, sentado en medio de aquellas hermosuras, haciendo alarde de su rostro grotesco y burlón, parecía, más que hombre entre mujeres, un sátiro rodeado de ninfas.

—¿Conque no podéis complacernos?— exclamó doña Blanca después de una pequeña pausa.

Fortún se rascó la cabeza y pareció reflexionar.

—Se hará lo que se pueda— dijo comenzando la relación de una historia.

Entretanto dos doncellas de las que se hallaban más retiradas, emprendieron por lo bajo un coloquio misterioso é interesante para los que pretenden probar que la mujer es el ser más curioso de la creación.

—¿Aún no ha salido de su estancia esa desconocida que llegó el mes pasado al castillo con don Alvar?

—No, según parece, Luz amiga.

—Dicen que pasa el día llorando, y que siempre está triste. ¿Comprendes esto, Sol?

—Yo no sé cómo pueda estar nadie alegre en esta sombría fortaleza.

—Siempre es preferible á un convento, y siendo casi todas nosotras huérfanas de madre, al partir nuestros padres ó hermanos á la guerra, en un monasterio nos hubieran dejado á no ser por la solicitud de doña Blanca.

—Cuéntame lo que sepas de la desconocida, y dejémonos de eso. ¿Sabes su nombre?

—Jamás lo he oído pronunciar.

—Su gentil apostura no da lugar á dudar de su nobleza. ¿Y nada se murmura de ella?

—Dícese que don Diego de Vargas, cuando está en el castillo, la visita algunas veces, por supuesto en presencia de la esposa de don Alvar.

—¡Miren la triste, cómo sabe buscarse distracciones!

—Yo no he dicho tanto.

—Pero se infiere.

—Y á fe que don Diego es uno de los más bizarros caballeros de Castilla.

—Pero no tanto como su hermano.

—¡Hola! Te ruborizas al nombrarlo.

—No por cierto; aunque no hiciera más de lo que hacen las más encopetadas doncellas.

—Calla, que pueden escucharnos y nuestra conversación no es para oída.

—A la noche, cuando estemos solas, la proseguiremos, que es interesante en demasía.

Las dos nobles damas callaron, prestando oídos al cuento que Fortún relataba, y que hacía prorrumpir á todas en alegres carcajadas.

De repente, doña Blanca lanzó un grito de espanto y señaló con la mano á la cercana sierra. Todos siguieron con los ojos la dirección que marcaba, y vieron con terror coronados los inmediatos montes de una muchedumbre de infieles, que, como por encanto, parecían encontrarse allí.

—¡Dios tenga piedad de nosotras!—repiteieron todas aquellas juveniles bocas, siguiendo el ejemplo de doña Blanca.

Entretanto, las salvajes músicas de los moros daban á la brisa sus armonías, y los pendones ondeaban sobre sus cabezas, pareciendo indicar que nada temían y que no trataban de ocultar su llegada.

Fortún, saliendo del abatimiento en que por un

instante le había sumido aquella repentina aparición, se acercó á doña Blanca, que aún permanecía de rodillas, y con voz entera la dijo:

—Señora, es tiempo de alientos y no de lágrimas.

La noble dama fijó en él sus hermosos ojos, como si el terror le impidiese comprenderle.

—¿Qué queréis decir?—exclamó.

—Que aún nos queda una esperanza si sabéis echar el desmayo de vuestro pecho, y que el castillo no está perdido como parece.

CAPÍTULO IV

De cómo á pesar de no haber guarnición en el castillo se coronaron las murallas de soldados.

Benalbamar, rodeado de sus principales jefes, galopaba en dirección del castillo con el corazón henchido de alegría, á la cabeza de su numeroso ejército.

—El nazareno nos dió una noticia exacta y bien merece el dinero que en pago le has dado, amigo Gazul—decía con la vista fija en la peña que á corta distancia se elevaba.

—Siempre don Pedro fué fiel en la traición—contestó el antiguo alcaide de Melgarejo.

—¿Ves? Ni un solo arquero aparece en las torres.

—Dentro de media hora el pendón de Mahoma estará clavado donde ahora ondea la bandera cristiana, y las hermosas damas que con la mujer de don Alvar viven serán nuestras esclavas.

—¿Pero qué es aquello?—exclamó el rey moro—. ¿No ves que abren la puerta del castillo?

—Sí, ¡por la santa casa de la Meca!—dijo Gazul mirando hacia el lado que su rey le señalaba.

—Un hombre á caballo sale de él, y se precipita á rienda suelta, á riesgo de rodar por la peña.

—Corramos á aprisionarle.

—¡No, por el nombre que llevo!

—¿Luego Guzmán nos engañaba cuando decía que el castillo estaba completamente desguarnecido?

—Ese fugitivo es la mejor prueba de lo contrario.

—¿Cómo?

—Debe ser aquel bufón del infante, de que nos habló, que, cobarde como todos los de su oficio, huye dejando abandonadas á las mujeres al conocer que el castillo va á ser tomado.

—Voy á cortarle la carrera para que nos informe de lo que dentro sucede.

—Déjalo ir en paz, buen Gazul, que un miserable que huye de esa manera no merece más que nuestro desprecio.

—Pero puede darnos noticias interesantes.

—Dentro de poco podremos adquirirlas por nosotros mismos.

—Sin embargo...

—Haz lo que quieras, que yo no me ocupo de semejantes pequeñeces.

Gazul hincó espuelas á su caballo y partió como una flecha tras el cristiano que salió del castillo.

En efecto; el rey de Granada no se había equivocado: el hombre que tanta prisa tenía de alejarse de aquel lugar no era ni más ni menos que nuestro antiguo conocido Fortún Paja, bufón del infante don Alonso.

Pálido y meditabundo Fortún, después de haber bajado al escape por escarpadísimas sendas, rompía los ijares al poderoso animal que montaba, animándolo con sus voces al par que miraba con inquietud el ejército morisco, que á corta distancia de él avanzaba poco á poco y en buen orden hacia el castillo. Debilitado por la falta de la sangre que de sus muchas heridas había brotado, para sostener el peso del casco y de la coraza, iba sólo armado de un venablo y una ligera espada, con lo que no le hubiera sido posible resistir cinco minutos al más debil de sus enemigos. Admirado de ver que los moros no ponían impedimento á su fuga, volvía de cuando en cuando la vista con desconfianza, sin dejar de aguijonear por eso á su caballo, cuando con no poca inquietud advirtió que Gazul, separándose de Benalbamar, corría á rienda suelta en su persecución.

—Es indudable— reflexionó— que dentro de media hora á más tardar, me ha dado alcance porque su potro es muy superior al mío, y que una vez que lleguemos á las manos, desarmado y sin fuerzas como estoy, no podré resistirle mucho tiempo. Esto es decirte, amigo Fortún Paja, que acaban aquí tus bufonerías y que debes encomendarte á Dios, porque eres valiente y no te rendirás sin emprender un combate en que necesariamente dejarás la existencia. Mal cá'culo hice—dijo volviendo el rostro—; ese maldito de moro no tarda cinco minutos en alcanzarme, y si no gano pronto ese bosque, lo que prolongará algún tiempo mi vida, dentro de seis minutos voy caminando para la eternidad.

Y siguió su camino tristemente.

Fuese casualidad, fuese Providencia, el corcel de Gazul se espantó, dando así tiempo á Fortún para

que entrase en un bosque de altísimas encinas que ante su vista se presentaba.

—Ahora—continuó para sí cuando dentro se miró—, ya que has conseguido, amigo Fortún, esta pequeña ventaja, es necesario ir pensando un modo de salvar el pellejo y llegar adonde debes, porque creer que ese bellaco no te alcanzará cuando vas sintiendo cada vez más cercanas las pisadas de su potro, es pensar en imposibles. Discurramos.

Gazul había penetrado también en el bosque, y aunque la espesura le impedía ver al que perseguía, el ruido de la carrera le indicaba la dirección en que iba.

—¡Eh, nazareno—gritó—; ríndete ó te desuello vivo cuando dentro de un instante te coja entre mis manos!

Fortún callaba y corría, en tanto que daba vueltas en su imaginación al único medio que de librar la vida le quedaba, mientras que Gazul con voces y blasfemias pretendía amedrentarlo.

De repente el moro dejó de oír las pisadas del caballo de Paja.

—¿Qué le habrá sucedido á ese infiel?—pensó tirando de las riendas á su cabalgadura—. Sin duda se ha emboscado tratando de evitar así que lo alcance. ¿Y qué hago? Seguir discurriendo por esta selva sin saber hacia qué lado debo encaminar mis pasos, es exponerme á vagar todo el día inútilmente; volver al ejército sin una prenda que, atestiguando que he vencido al cristiano, me liberte de las burlas de mis compañeros, es peor todavía. Sigamos, pues, suceda lo que suceda.

Quince pasos no había andado, cuando un venablo, silbando por el aire, vino á enterrarse en el

cuello de su potro, que dió un fuerte bote arrojando por tierra á su jinete, y cayó derramando un torrente de sangre por la herida.

—¡Ira del cielo!—gritó el moro ciego de cólera—. ¿Dónde estás, cobarde, que así combates escondido?

—Aquí, para serviros, señor Gazul—contestó el bufón presentándose á veinte pasos.

—Aguarda, miserable, y verás cómo sé vencerte y matarte.

—No os incomodéis tanto, apreciable señor.

Rabioso y desesperado Gazul al contemplar su impotencia, asió con ambas manos su lanza y la arrojó al bufón, que volviendo rápidamente su caballo, evitó el golpe. La lanza fué á clavarse en una añosa encina que á pocos pasos de Fortún estaba.

—Por San Millán de la Cogulla, que váis de peor en peor—exclamó el bufón arrancándola del árbol y riendo á carcajada tendida—. Váis á volver al campamento sin lanza ni caballo, y todos se van á reir de vos.

Gazul desnudó su cimitarra y se lanzó furioso hacia él; pero el loco hincó espuela á su corcel, teniendo cuidado de mantenerse siempre á corta distancia del moro, que sin meditar en la desigualdad de las fuerzas corría tras él.

—No os fatiguéis, señor Gazul, que aún no estaréis bastante descansado de la carrera que os debimos hacer dar la noche que os tomamos vuestra torre de Melgarejo. Por Dios, que debíais de trotar perfectamente entonces que creíais ser perseguido, cuando ahora que perseguís lo hacéis de tan linda manera.

—¡Ya me las pagarás, villano!

—Allá veremos—continuó el bufón riendo á carcajadas—; allá veremos.

—¡Ay de tí si logro darte alcance!

—Difícil me parece que me alcanzaras tú ni el bellaco de tu profeta, que está ardiendo en los infiernos con hojas de su villano Alcorán.

—¡Miserable!

—Os advierto que si os las habéis apostado á correr con mi caballo, váis á salir perdiendo; tengo mucho que hacer y no puedo seguir conteniéndolo.

Y soltando las riendas al generoso animal, presto se perdió entre los árboles, gritando con voz ahogada por la risa:

—Hasta otra vista, valerosísimo alcaide de Melgarejo.

El moro siguió corriendo algún tiempo en la dirección que las burlonas carcajadas del loco le marcaban, hasta que dejando de oirlas, molido y cabizbajo, se volvió hacia el ejército de Benalbamar sin lanza ni caballo.

El rey de Granada mandaba hacer alto en aquel momento á corta distancia del castillo, cuyos desiertos torreones no daban la más leve señal de resistencia.

—Acércate á la fortaleza, y di á los que en ella están que abran las puertas al rey de Arjona, Jaén, Granada y Ecija—dijo á uno de los que cerca de sí tenía—. Pobres mujeres—prosiguió con lástima—, ¡y qué aterradas que estarán en su desamparo!

El moro iba á partir, cuando de repente las torres del castillo se vieron coronadas como por encanto de soldados, que con los arcos tendidos apuntaban hacia el ejército de los infieles.

—¡Por el nombre del profeta!—exclamó Benal-bamar sorprendido—. ¡Ese villano de don Pedro de Guzmán nos ha engañado para separarnos del lugar en que estábamos! ¿No véis cómo se cubren de balles-teros los torreones del castillo?

—Sí, por el nombre de mi padre—contestó uno de los primeros jefes.

—¿Dónde está Gazul? Ese traidor, aparentando seguir al cristiano, se nos ha escapado porque estaba en la trama con su vil amigo el nazareno.

—¿Y qué resuelves?

—Tomar á toda costa la fortaleza. Que vayan al momento por escalas al lugar más cercano.

Y un desusado movimiento se notó en el ejército morisco, mientras que los soldados cristianos seguían tranquilamente apoyados en las murallas con los arcos tendidos.

CAPÍTULO V

De cómo Fortún Paja se dedicó á la aritmética y seguía echando cuentas, que todas le salían bien.

Libre el loco de la persecucion de Gazul, aguijoneó de nuevo su caballo dando rienda suelta á los pensamientos mientras corría. Presto, saliendo del bosque, una extensa llanura se presentó á sus ojos por un lado, mientras por el otro se veían unos escarpados cerros cubiertos de malezas y lentiscos en que los conejos habían echado años atrás los cimientos de una poderosa república, cuya tranquilidad no

turbara hasta entonces el paso de ningún ser humano.

—Dos caminos se presentan á mi vista—pensó Fortún—, y aunque cualquiera que tuviese la priesa que yo, no vacilaría un instante en tomar el más llano, no es de sabios que pasan por locos el precipitarse sin reflexión, que eso se queda para los locos que pasan por sabios. Parémonos un momento, que más tiempo se pierde por andar sin reflexión que por pararse á reflexionar.

Y esto pensando, tiró de la brida á su caballo, que quedó clavado como una estatua.

—Por el llano llegaré más pronto, á lo que parece; pero todo el mundo va por llanuras, y á mí no me acomoda caminar por donde todo el mundo, porque estoy solo y sin fuerzas para resistir un ataque. Por el monte, pesado debe ser el andar cuando á duras penas tropezaré alguna estrechísima vereda, y yo tengo que llegar muy pronto; pero por lo mismo que es escabrosa nadie echará por esa vía; de lo que se deduce que para detenerse menos es lo mejor tomar el camino más malo y que debo meterme por esos cerros sin más reflexiones.

Fortún se dirigió al monte, y pronto por veredas revueltas y extraviadas seguía costeando la llanura, por decirlo así, sin que nadie pudiese aperebirse de ello.

—Ahora—prosiguió—que esta cuenta me ha salido bien, pues si más me detengo tropiezo con aquellos cuatro moros que vienen allí y que pasarán á mi lado sin verme, es necesario pensar detenidamente en no cometer un yerro en las que tengo pendientes. Las que dejé ajustadas en el castillo deben haber salido bien cuando ya no escucho la salvaje

vocería con que esos perros acostumbran celebrar sus triunfos, y si no me equivoco en las que llevo en la mente, todo marcha mejor de lo que se creía. Don Tello y sus caballeros deben estar en las inmediaciones de Jaén á tres leguas de aquí. Tres horas para llegar, tres para buscarlo, y una y media para volver con ellos por la llanura, son siete y media, que bien emplearán en ir y volver los que el rey de Granada haya mandado por escalas si se decide á asaltar el castillo. Si hubiera ido por el llano podría llegar el socorro dos horas antes: bien es verdad, que en cambio me hubieran tal vez atrapado los infieles perdiéndose conmigo hasta la más remota esperanza de salvación. Confiemos en Dios, puesto que he hecho cuanto ha estado de mi parte, y corramos, que el tiempo vuela y la situación es apurada.

No pensando ya más que en apresurar su marcha evitando cuidadosamente los malos pasos, el bueno de Fortún Paja prosiguió su camino por entre lentiscos y retamas, hasta que elevándose las malezas más y más se perdieron caballo y jinete de vista en medio del follaje.

CAPITULO VI

De cómo á don Diego de Vargas Machuca le dieron ganas de machucar de nuevo, después de haber oído al bufón de don Alonso.

—Por Santiago, mi patrón, que aquel que corre hacia nosotros es mi amigo Fortún Paja, ó tengo telarañas en los ojos—, decía don Diego al sobrino de don Alvar.

—No es sino como lo decís, que yo tengo la vista bien clara y lo reconozco—contestó don Tello estremeciéndose.

—Algo debe suceder en Martos cuando, herido como está, viene tan precipitadamente á buscarnos.

—Corramos á su encuentro.

—¿Qué ocurre, Fortún?—gritaron los dos caballeros corriendo hacia el loco, seguidos de hasta unos cuarenta jinetes.

—Que si pronto no llego aquí, se pierde el castillo, si ya no es que está perdido á estas horas con todas las que dentro de él dejé.

—Pero ¿qué hay?

—Que ese aviso que ayer recibimos de que en estas inmediaciones sería fácil sorprender una tropa de infieles era un lazo, y que Benalbamar está sitiando la fortaleza con todo su ejército.

—¡Ira de Dios!—exclamó Vargas Machuca—; corramos allá, que puede que aún llegue á tiempo el socorro.

—Al escape, caballeros—gritó don Tello espolcando su caballo—, y suceda lo que Dios fuere servido.

Aquel puñado de valientes se precipitó con la velocidad del rayo tras de sus jefes, ansioso de llegar á tiempo de impedir la rendición de la fortaleza.

Así, sin curarse más que de acelerar la carrera de sus corceles, veloces y silenciosos volaron por la extensa llanura, hasta que á los últimos rayos del sol descubrieron, rodeado por todas partes de la morisma, el famoso castillo de la peña de Martos.

—Parad—dijo don Tello al ver la muchedumbre de enemigos que era necesario atacar—; parad, se-

ñores, y tratemos lo que ha de hacerse, que no es de cuerdos arrojarle á una cosa de que no sabemos cómo se podrá salir. ¿A qué número podrán ascender los infieles, amigo Fortún?

—Pienso que habrán de ser como unos cuatro mil jinetes y seis mil peones.

—¿Y mandados por Benalbamar?

—Así lo creo.

—Señores, todos sabéis que yo tengo en poco mi vida y que la he arriesgado en cien combates—exclamó don Tello en tono solemne—; pero no me parece prudente combatir con ellos, cuando pueden oponer más de doscientos soldados á cada uno de nosotros.

—Así es, en efecto—murmuraron tristemente casi todos los caballeros.

—Pues si es así—continuó don Tello animado con la aprobación que merecía—, locos me parece que andaríamos en correr á una muerte segura, sin más esperanza que empeorar la suerte de esas damas y dar un nuevo lauro á los musulmanes.

—¿Y qué consecuencia sacáis de todo lo que dicho habéis?—preguntó Machuca.

—Que debemos retirarnos para volver en mayor número.

—Así debe hacerse—dijeron todos.

—¿Y si cuando volvamos el castillo se ha rendido y esas nobles castellanas lloran tristemente en un harén, sirviendo á los torpes placeres de esa canalla y maldiciendo nuestra cobardía?

El silencio más profundo acogió las palabras del valeroso don Diego.

—¿Y qué dirán los infieles, que tal vez ya nos han visto, cuando nos miren volver las espaldas? ¿Y

cómo os presentaréis al rey, y dónde iremos que no nos señalen villanos y ricoshomes con el dedo, diciendo con desprecio: «Allá van los cobardes que dejaron abandonadas á unas débiles mujeres en la peña de Martos, y que prefirieron vivir con deshonra á morir peleando como buenos.»

—¡Vive Dios!...

—¡Ira del cielo!...—exclamaron todos, exasperados por las solemnes palabras de don Diego.

—¿Os exalta este pensamiento?

—Sí—contestaron todos.

—Pues si os es imposible vivir con esa mancha sobre vuestras frentes, y seguro que un día tenemos que morir, figuraos que ese día es el que termina, y ¡adelante en nombre de Dios y Santiago!—dijo el noble mancebo, poniendo espuelas á su caballo y dirigiéndose hacia el castillo.

—¡Adelante en nombre de Dios y Santiago!—gritaron todos, siguiéndole entusiasmados.

—¡Tarde hemos llegado!—exclamó Machuca lleno de desesperación.

—¿Qué decís?—preguntó don Tello con ansiedad.

—Que ya no se trata de prestar socorro á esas damas, sino de morir peleando para vengarlas.

—Explicaos.

—Mirad los muros del castillo ya cubiertos de soldados.

—¡Hemos llegado tarde!—repetieron todos con desesperación.

—¡Ánimo, caballeros!—exclamó Fortún Paja—. Aún ondea sobre la torre principal el pendón de Castilla.

—¿Pues quiénes son esos hombres?

—Una guarnición de nuevo género inventada por mí.

—¡Santiago y Castilla!—gritó Vargas Machuca ya á corta distancia de los moros.

—¡Santiago y Castilla!—repitieron los cuarenta valientes arrojándose como leones sobre los musulmanes.

Horrible fué el choque que á aquellas palabras sucedió. Los moros, aunque acometidos de improviso, alentados por la superioridad del número, se resistían con extraordinario valor, mientras que Machuca y sus compañeros, el pensamiento puesto en llegar al castillo, combatían á la carrera formando un cuerpo compacto que abría una ancha brecha en las filas musulmanas que les estorbaban el paso.

—¡Ánimo caballeros!—gritaba Machuca.

Y á las voces de ¡Santiago y Castilla! aquel pequeño escuadrón, cuyas fuerzas se iban reduciendo más y más á cada instante, descargaba tajos y mandobles á diestro y siniestro con un valor tal, que á pesar de la superioridad numérica del enemigo, consiguieron más de treinta caballeros llegar sanos y salvos á las puertas del castillo.

—Ahora—dijo Vargas oyendo descorrer los cerros—que se desate toda la morisma contra nosotros.

Un instante después se hallaban don Tello y el hermano de Garci Pérez en el salón principal, rodeados de una multitud de hermosos soldados con rostros de ángeles y voces de querubines. Eran doña Blanca y sus damas, que siguiendo el consejo de Fortún Paja, se habían vestido aquellos guerreros atavíos para cubrir los muros mientras él no volviera con el esperado socorro.

—Gracias á vos, don Tello, que nos habéis socorrido con tanta prontitud, nos vemos libres del cautiverio y de la deshonra.

—No me avergoncéis, señora, prodigándome elogios que no merezco. Don Diego de Vargas es el solo que de entre nosotros se ha hecho acreedor á ellos: sin su valor estaríais tal vez á estas horas en poder de los mahometanos. El...

—Callad, don Tello; esas cosas no se cuentan nunca—interrumpió don Diego.

—Cuánto os debemos, Vargas.

—Esas palabras me pagan sobradamente.

Las miradas de todas las doncellas se fijaban en la cara varonil de don Diego, que sin hacer caso de la atención de que era objeto, buscaba con las suyas, en medio del grupo encantador que le circuía prodigándole todo género de elogios, el rostro de la mujer que amaba.

—¿Buscáis á doña Elvira?—preguntó la esposa de don Alvar, adivinando los deseos del mancebo—. Vedla modestamente retirada en aquel rincón después que con su ejemplo y sus palabras nos ha animado á todas en nuestra difícil empresa.

Los ojos de don Diego, siguiendo la dirección que doña Blanca le marcaba, se encontraron radiantes de alegría con los dulces y melancólicos de la seductora niña, más bella, si cabe, en aquellos momentos que cuando la vimos por vez primera en los campos de Jerez.

Don Alvar su pariente, á quien se la trajeron unos jinetes que corriendo los campos la tropezaron, la llevó á su anciano padre, que ansioso de premiar al libertador de su hija, concedió su mano á Guzmán, que como tal se presentaba pidiéndola.

Elvira, á pesar de los acontecimientos de la torre de Melgarejo y de la repugnancia instintiva que aquel hombre le inspiraba, tuvo que someterse á la voluntad paterna; y todo lo que pudo conseguir á fuerza de lágrimas y sollozos fué que se dilatase por algún tiempo esta unión; y para verse libre de la presencia de don Pedro, determinó pasar al lado de doña Blanca. Ella era la llorosa joven de quien aquella mañana murmuraban las damas de doña Blanca.

—Y cuando todas me cercan y me felicitan, ¿vos permanecéis retirada y nada me decís, Elvira?—exclamó don Diego acercándose á ella.

—Solo tengo que deciros, que como á todas me habéis salvado, y que podéis disponer de mí en todo tiempo y lugar—contestó tristemente la pobre niña.

—¿Cómo podremos pagaros lo que acabáis de hacer por nosotras?—dijo doña Blanca.

—La única que pudiera pagármelo, no querrá darme el premio que yo pediría.

—¿Qué premio deseáis?

—Aunque es ninguno mi merecimiento para aspirar á tanto...

—Acabad; ¿qué premio es ése?

—La mano de doña Elvira.

—¡Mi mano!—exclamó ella sorprendida. Pedídsela á mi padre, que si él lo manda yo os la daré de buen grado—prosiguió, no sin que le pasase por la memoria su desconocido de Burgos, que no había vuelto á ver.

—¿No me engañáis, señora?—preguntó loco de alegría—. ¿Es posible que podré gozar tanta dicha?

—Yo os respondo de obtener el consentimiento de su padre—dijo doña Blanca.

Las músicas del campo morisco sonando en aquel momento con estrépito no dejaron comprender las alegres exclamaciones de don Diego, que ebrio de contento no acertaba á soportar el peso de tamaña ventura. Todas callaron esperando de un momento á otro oír gritos de guerra y ver comenzar el asalto.

—¡Don Diego!—gritó Fortún entrando en la estancia poseído de la más loca alegría.—¡Don Diego!

—¿Qué sucede, amigo mío? ¿Qué significan esas músicas?

—Mirad—contestó Fortún abriendo el balcón—, mirad y demos todos gracias al Señor. ¿Véis cómo se retiran los enemigos? El ejército de Benalbamar levanta el sitio en este instante.

Hombres y mujeres cayeron de rodillas.

—¡Bendito seas, Dios mío!—exclamaron todos llenos de alborozo.

CAPITULO VII

De un consejo que tuvo el rey don Fernando al frente de Sevilla, en que comienza á figurar, aunque tarde, el título de esta verdadera historia.

Reina de la hermosa Andalucía, corona del Guadalquivir, joya de inmenso valor, envidiada de propios y extraños, se alza en medio de un encantado paraíso donde todo es azahares y perfumes, donde todo es amor y poesía, la orgullosa ciudad de la Giralda. Los minaretes de sus soberbias mezquitas, los fuertes torreones del Alcázar y de las murallas, los bosques de naranjos y limoneros que las rodean,

he aquí lo que Sevilla presentaba á los ojos del caminante desde lejos, dominado todo por su gigantesca torre, donde aún parece resonar la sonora voz de los musulimes, en los tiempos en que el dichoso Ajataf era su soberano. El río, que la divide de Triana, donde aún se descubren los restos del famoso castillo que lo defendía, cruzando por delante de ella como una inmensa serpiente de plata, fertiliza su bella campiña y lame los cimientos de la antiquísima torre del Oro, que como un centinela avanzado de la ciudad se adelanta hasta sus orillas arrogante y esbelta, graciosa y amenazadora.

Así se descubría esta poderosa metrópoli de la media luna desde el real de Fernando III de Castilla, que émulo de las glorias de don Jaime pretendía clavar en Sevilla la enseña del cristianismo, como el rey conquistador lo había hecho en Valencia; y seguido de los más bizarros caballeros de sus Estados, la daba cada día un nuevo ataque, sin que el valor de sus habitantes decayera lo más mínimo ni los castellanos consiguieran la más leve ventaja.

Amanecía el 2 de Mayo de 1248, y villanos é hijodalgos, cansados de tan largo sitio, discurrían por el campamento, situado en unos olivares no lejos de Tablada, murmurando de las disposiciones del rey y deseosos de volver á sus hogares, pues que nada conseguían, á pesar de los combates diarios que se trababan.

El fortísimo castillo de Triana, cuya toma tantas veces se había intentado con mal éxito, era el blanco adonde principalmente se dirigieron hasta entonces los planes del rey que, como todos los jefes del ejército, lo creía la llave de la población. La derrota que uno de los días anteriores sufrieran algunos

valientes que se decidieron á atacarlo hizo tal impresión en los ánimos, que ni el saqueo de la Macarena, ni la rendición de Gelbes, ni otros acontecimientos favorables habían bastado á borrarla de la memoria, y todos, conceptuando loca é imposible aquella empresa, intentaban persuadir al rey á que la abandonase.

En este estado se hallaban las cosas al amanecer del día 2 de Mayo, cuando don Fernando, sin saber qué partido tomar, reunió un consejo en su tienda, en que además de los maestros de las Ordenes militares, figuraban los más principales caballeros y ricos-homes del ejército.

La más profunda tristeza se veía retratada en el rostro bondadoso y varonil del santo rey y los de cuantos componían la reunión eran reflejos del de su monarca.

—¿Conque conceptuáis imposible el tomar á Sevilla?—preguntó.

—Lo es por desgracia, señor rey—contestó amargamente el valeroso don Lorenzo Suárez.

—¿Y qué debemos hacer?

—Los caballeros de Santiago, cuyo maestro soy—dijo don Pelayo Correa con solemnidad—, están decididos á morir uno tras otro antes que á darse por vencidos. Pero ganar á Sevilla con los escasos elementos de que disponemos, cuando tan abastecida está de hombres y vituallas, raya en lo imposible, y Dios no puede aprobar que se derrame inútilmente tan noble sangre.

—¡Es decir—exclamó el rey con dolor— que debemos retirarnos! ¿Qué me decís, caballeros?

—Es preciso—murmuraron en voz baja todos aquellos bravos campeones, entre los que se encon-

traban, además de los nombrados, don Fernán Ordóñez, maestro de Calatrava, Rodrigo de Flores, Alonso de Tellez, Fernán Biancez y don Mendo de Lara—. Es preciso.

Y todos guardaron el más profundo silencio.

—¿Pero no habrá algún medio de remediarlo?

—No.

—Sí—dijo una voz sonora y varonil fuera de la tienda.

—Sí—repetieron otras dos que partían del mismo sitio.

Garci-Pérez, seguido de su hermano y otro caballero de formas atléticas, se presentó en la puerta armado de punta en blanco. Todos callaron sorprendidos por lo brusco de la interrupción, esperando que el valiente caballero diese explicaciones, y éste, aprovechando aquel instante de silencio, continuó con voz enérgica:

—¡Sí, y mil veces sí! Si vosotros teméis á esa vil canalla que se esconde detrás de los muros, los Vargas con los suyos sabrán ganar esta ciudad para Castilla.

—¡Don García!—exclamaron coléricos todos los que allí se encontraban—. Ved lo que habláis, don García.

—¡Por Santiago de Compostela, caballeros, que sois difíciles de comprender! Sentís herido vuestro honor por una palabra que pronuncio, y no teméis la mancha de cobardía, que caerá sobre todos nosotros el día que se levante el cerco. No será mientras aliente un Vargas.

—¡No!—repetieron los que le acompañaban.

—Reportaos, don García—exclamó el rey severamente, aunque su mirada revelaba lo contrario que su acento.

—Perdone vuestra alteza, señor rey, que alterado con estas novedades no sé lo que me digo. ¿Es cierto que está decidido que nos alejemos de Sevilla?

—Poco menos.

—Pero, ¿por qué, caballeros?

—Porque es imposible sostenernos por más tiempo aquí—contestó Rodrigo de Flores; porque las tropas están descontentas, y sólo piensan en volver á sus casas, cansados de no obtener ninguna ventaja de consideración.

—¿Y si yo consiguiera esas ventajas?

—Quedaría la imposibilidad de ganar á Triana á causa de los socorros de hombres que de Sevilla le entran por la puente, y á Sevilla por el de los víveres que recibe por el mismo puente.

—¿Y si yo presentase uno que hiciera pedazos la puente?

—Si eso fuera posible—exclamó el rey—, Castilla te debería su honra y su salvación.

—Y todos nos humillaríamos ante vos — dijo Suárez.

—Pues bien, señor rey; pues bien, caballeros, yo me ofrezco á cumplir lo que he dicho, con tal que se dilate por dos días el levantar el cerco.

Un murmullo de admiración acogió estas palabras, porque todos sabían que Garci-Pérez no las lanzaba á la ventura.

—Vuestro arrojo, don García, os hace ver como fáciles los imposibles—dijo tristemente el rey, pasados los primeros momentos de entusiasmo.

—Cuando un Vargas promete una cosa la cumple, porque para los Vargas no hay imposibles.

—En Sanlucar hay una armada de gruesas naves que presto traerá socorro á Sevilla.

—¿No hace tres días que mi hermano y yo faltamos del real?

—Sí.

—¿Y creéis que tres días no habrán sido bastante para que echemos á pique esas naves?

—¡De rodillas, señores!—dijo el rey descubriéndose—. ¡De rodillas, y demos gracias á Dios que concede tales caballeros á mis reinos!

Por algunos minutos todos aquellos bravos oraron con el mayor recogimiento.

—Cuéntanos cómo ha sido, don García—exclamó el rey levantándose.

—Aquí tenéis á don Ramón Bonifaz que os lo referirá mejor que yo—dijo Garci-Pérez presentando al caballero que con su hermano se presentara á la puerta.

—Señor—dijo éste—, llegamos á Sanlúcar: embarqué en mis galeras, tripuladas de vizcainos, á don Diego y don García, que avisados por mí nos esperaban, y acometiendo en nombre de Dios y Santiago la armada de los infieles, conseguimos deshacerla y quemarla.

—¡Bien!—gritaron todos cuantos le escuchaban.

—Ya veis, caballeros—continuó Garci-Pérez—, que no hay necesidad de retirarse, y que Sevilla no tiene esperanzas de recibir socorro.

—Por el Guadalquivir, no; pero sí por Triana—exclamó don Pelayo Pérez de Correa.

—La flota de don Ramón subirá río arriba y guardará las orillas.

—La cadena con que los moros lo han cerrado se lo impedirá—dijo el rey—, y á más, por la puente recibirán la vitualla que necesitan.

—Esa cadena y esa puente dejarán de existir ma-

ñana—contestó con tranquilidad Garci-Pérez.— Ahora lo que importa es animar las desalentadas tropas con algún hecho de armas.

—Disponlo como te parezca. Id, caballeros, y reunid vuestros soldados—dijo el rey lleno de entusiasmo.

Todos los que en la tienda había, excepto Bonifaz y los Vargas, salieron á obedecer las órdenes de don Fernando.

—¿Con qué medios contáis para destrozár la puente?—les preguntó cuando quedaron solos.

—Señor—contestó Bonifaz—, yo tengo una nao con la cual, si place á Dios enviar buen viento, romperé aquella cadena y aquella puente.

—¿Qué viento necesitáis?

—Ábrego, señor.

—¿Y cómo lo aplazáis para mañana, no sabiendo de qué parte soplará?

—Confiamos en Dios, señor rey, contestaron tranquilamente los tres.

—Y hacéis bien, hijos míos; Dios nunca desampara á quien en él confía, y podéis estar seguros de que el ábrego soplará mañana.

—Lo estamos, señor.

—Y el choque de esa nave con la cadena y la puente ¿no podrá matar á los marineros que en ella vayan?

—No irán marineros. Los tres solos la gobernaremos.

—Pero corréis á una muerte segura, y yo no puedo permitirlo.

—Dios, que vela por los buenos, sabrá conservar nuestras vidas—dijo Garci-Pérez con tono solemne.

—De todos modos, no importan tres solas lo que la honra de Castilla y León.

—¡Caballeros!—gritó el rey desde la tienda—. ¡A mí, caballeros!

Una multitud inmensa acudió presurosa á las voces del rey.

—Venid acá, señores—dijo.—¡De rodillas, don Garcí-Pérez de Vargas!

Garcí-Pérez dobló la rodilla sin comprender la significación de aquel extraño mandato, y el rey, sacando su espada, continuó con solemnidad:

—Esta espada me dió el abad de San Pedro de Arlanza para que venciese en Sevilla, porque ya estaba enseñada á hacerlo en Simancas, Sepúlveda, Piedrahita y Santisteban de Gormaz. «Con ella—me dijo— va siempre la victoria, porque este valiente acero es el del conde Fernán González.» Pues bien, para que siga honrándolo y defendiéndolo, voy á darlo al mejor caballero de Castilla. Tomad, don Garcí-Pérez de Vargas.

—¡Gracias, señor!

—¡Gracias!—exclamó Machuca, llorando de gozo.

—¡Bien!—dijeron todos.

—¡Que el dos de Mayo sea un día memorable para España!

—Lo será.

—¡Ah!—continuó el rey—no se qué idea funesta y gloriosa á la vez trae á mi mente este día... Pero no pensemos más que en el vencimiento de esos perros y en el triunfo de la cruz. Id en nombre de Dios, que yo sé que él os dará la victoria.

Los tres caballeros salieron de la tienda seguidos del numeroso concurso que aún continuaba vitoreando á Garcí-Pérez, y el santo rey se hincó ante una imagen de Nuestra Señora de las Sedes haciendo fervorosos votos al cielo por la victoria de sus armas.

CAPÍTULO VIII

El escudo de los Vargas.

Mientras esto pasaba en la tienda de don Fernando, don Pedro de Guzmán, rodeado de una multitud de caballeros, entre los que se había introducido Fortún Paja, declamaba fuertemente contra los dos hermanos.

—Esas ondas blancas y cárdenas que llevan en su escudo, son mi divisa, y ó he de perder el nombre que tengo ó las han de borrar de él.

—¿Qué os importa?

—Me importa, don Mendo de Lara, y á vos también, si llego á ser el marido de vuestra hija. El rey sabrá por mí esta usurpación, y hará que no lleve por más tiempo don Garcí una divisa que no es suya.

—Tened esa lengua, don Pedro de Guzmán, si no queréis habéros-la con los Vargas—exclamó Fortún penetrando en el grupo.

—¿Qué dice ese villano?

—Que no se insulta impunemente á los Vargas, porque en todas partes hay bocas que den mentís á los que lo hagan, y espadas prontas á sostener el dicho de las bocas.

—¡Miserable! Si no mirase quién soy y quién eres...—exclamó Guzmán ciego de cólera.

—Vos, siempre que se trata de combatir, os andáis con miramientos.

—No le hagáis caso; es el loco del infante, y nunca dice cosa que locura no sea.

—Por respeto á su señor no le doy el castigo que merece, don Mendo.

—Vos siempre que se piensa en lidiar, os andáis con respetos.

—¡Villano!—murmuró sordamente dirigiéndose hacia él.

—Teneos, don Pedro de Guzmán, que parece que váis á abrazarme como vuestro difunto amigo Pero Miguel á don Diego de Vargas.

Al oír el nombre de Pero Miguel en boca del bufón y en tal momento, Guzmán palideció, quedando como clavado en tierra.

—Ahora, señor caballero, que estáis más tranquilo, yo, en nombre de don Diego y don García, á quienes calumniáis villanamente, os tiro este guante, y os digo que mentís y que sois un cobarde—exclamó el loco acompañando la acción á las palabras.

Don Pedro, completamente desconcertado por tan extraña salida, no acertó á contestar una frase.

—Adiós, señor caballero—continuó Fortún—; quedad con Dios, que no tardará mucho uno de los Vargas en borrar las armas de su escudo con vuestra sangre.

Y echándole una despreciativa mirada, se alejó en medio del mayor silencio, paso á paso y tranquilamente, antes que Guzmán se resolviese á contestarle ó á alzar el guante.

CAPÍTULO IX

*Del tiernísimo coloquio que sobre sus culpas amorosas
tuvieron los dos hermanos.*

Aguardando que sonase la hora del combate, Garci-Pérez y Machuca se retiraron á su tienda.

—Hermano—dijo el primero—, siento una viva inquietud por haberte metido en esta desesperada empresa.

—¿Por qué?

—Porque es probable que no salgamos de ella con vida.

—¿Pues en tan poco tienes la tuya?

—Quien vive sin esperanza, mal puede temer la muerte.

—¡Siempre esa pena dentro del alma!

—Siempre, don Diego.

—Haz por olvidarla, y piensa en el triunfo y en la gloria que nos esperan dentro de breves instantes.

—Ya no combato por eso, hermano mío—exclamó Garci-Pérez con dolorido acento—; combato por encontrar una ballesta que ponga término á mis dolores, y los tiros de mis enemigos respetan mi pecho, tal vez porque lo busco con afán.

—¡Don García!

Ya ves que una vida tan llena de pesares no debe tenerse en mucho.

—¿Pero aquella mujer...?

—Está fija en mi corazón, y nunca se borrará de él. Desde la funesta noche en que apareció ante mis

ojos para desvanecerse como el humo, no he podido arrancarla de aquí, y constantemente la he buscado por todas partes.

—¡Pobre hermano mío!

—Pero en vano. Tal vez los infames que la arrebataron, pusieron fin á sus días como á los del infeliz Agatín, ó volvieron á conducirla al cautiverio.

—Aún la encontraremos.

—¡Loca esperanza! Sin ningún dato que nos guíe, sin saber siquiera su nombre, ¿dónde quieres que vayamos á buscarla?

—No lo sé; pero siento dentro de mi corazón una voz que me grita que no está todo perdido.

—¡Vanas ilusiones! Por mucho tiempo también yo las he alimentado; pero la fría realidad que he obtenido por premio de mis esfuerzos, me ha hecho conocer al fin que se trataba de un imposible y que era una locura pensar en ello. Cuando adquirí esta convicción, cuando estuve seguro de que jamás volvería á verla, tomé mi espada y me lancé á los campos de batalla, no ya en pos de laureles, que se hubieran marchitado en mis sienes, sino en busca de una muerte gloriosa, como la puede desear un cristiano y un caballero. ¿Ves ese valor que tanto admiran todos y que me conduce á acometer tantas empresas imposibles? Es la desesperación de que estoy lleno, es que me pesa la vida y no puedo existir sin *ella*.

—No hables así, por el alma de nuestro padre.

—Este loco empeño en que con Bonifaz me he metido, es uno de tantos en que espero, no el triunfo, sino la muerte. Por eso siento que tú, que no estás desesperado, vengas á morir conmigo.

—¿Y si yo también lo estuviese?

—¡Tú!

—Yo.

—¿Qué dices, Diego?

—Que también tengo una pena en el alma, que nada podrá arrancar de ella; que amo como tú á una mujer, y que también como el tuyo es mi amor una locura.

—Explicate.

—La mano de la que adoro está prometida á otro, y su padre me la ha negado.

—¿Cómo se llama?

—Doña Elvira de Lara.

—¿La hija de don Mendo?

—La misma; la mujer más pura y más hermosa de cuantas existen en la tierra.

—Aunque no la conozco—dijo Garci-Pérez—, todos encomian su virtud y hermosura, y hace tiempo que lo sabía. ¿Y quién es el caballero que osa competir con don Diego Pérez de Vargas, el héroe de Jerez y de Martos, que todos admiran y respetan?

—Don Pedro de Guzmán.

—¡Don Pedro! Yo te aseguro, Diego, que ó mi muerte ha de ser muy en breve, ó tú has de obtener la mano de doña Elvira.

—¿No me engañas?

—Te doy mi palabra de caballero. Ya, puesto que tengo algo que hacer en el mundo, no moriré, y tú serás feliz con la que adoras.

—¡Don García!

—Te lo aseguro por el honrado nombre que llevamos.

—¡Ah, te deberé más que la vida!—exclamó don Diego loco de júbilo—. Esa mujer ha robado á mi

pecho el sosiego, quitándole sus ilusiones de gloria y batallas para reinar enteramente en él.

—¡Don García!—dijo Fortún entrando presurosamente en la tienda—. ¡Don Diego!

—¿Qué sucede, Fortún?—exclamaron los dos al reparar en el contraído rostro del bufón—. ¿Qué sucede, amigo mío?

—Que un villano, un miserable indigno del nombre de caballero que lleva, se ha atrevido á ultrajar á los Vargas, acusándolos, en mi presencia, de que le han usurpado las armas de su casa.

—¡Ira de Dios!

—¡Por Santiago, mi patrón!

—¿Cómo se nombra ese villano?

—Don Pedro de Guzmán.

Los dos hermanos quedaron estupefactos al escuchar este nombre.

—¡Bendito seas, Dios mío!—murmuró al cabo don Garci—. Él me busca; no mía, suya será la culpa si mi lanza encuentra el camino de su corazón. ¿Ves, don Diego, cómo el cielo está de nuestra parte?

—Ya lo veo. ¡Gracias á Dios que de él sale la causa del combate!

Fortún, sin comprender una palabra de este diálogo, los miraba asombrado, sin atinar con la razón de aquella repentina alegría.

—Yo no he podido contenerme al escucharlo; y como me despreciase por pechero, le he retado en nombre de los Vargas, arrojándole mi guante.

—Gracias, amigo.

—Has hecho bien, y te lo agradezco.

—¿Oyes?

—Sí.

—Esa música anuncia que las tropas están reunidas, y que el combate empezará bien pronto.

—¡Mendo—gritó don Garci—: nuestras lanzas y nuestros caballos!

Un momento después los dos caballeros, seguidos de algunos jinetes, entre los que se veía á Mendo y Fortún, se incorporaron al grueso de la fuerza que para la proyectada expedición estaba reunida, siendo recibidos con músicas y vítores de los soldados.

—Ahora, que Dios nos ayude—dijo Garci-Pérez por lo bajo á su hermano—y doña Elvira será tuya.

CAPÍTULO X

De cómo Garci-Pérez principió á cumplir sus palabras.

El sol brillaba con toda su fuerza en medio del horizonte, caldeando de tal modo las armaduras que, sofocados los jinetes, apenas acertaban á guiar sus jadeantes corceles. Era uno de esos días, tan comunes en Sevilla, en que no se mueve la más leve ráfaga de viento, y los árboles y las flores inclinaban sus marchitas hojas, y los hombres y los caballos apenas encontraban aire que respirar.

Formados en buen orden delante de la tienda de don Fernando, trescientos caballeros, á cuyo frente estaban don Mendo de Lara, Suárez, Garci-Pérez y Machuca, aguardaban impacientes el momento de ponerse en marcha, rendidos á la espantosa calma que reinaba y á los ardientes rayos del sol que, reflejando sobre el luciente hierro de que iban cubier-

tos, apenas permitía ver el escuadrón entre la atmósfera de luz que formaban á su alrededor.

Todo el ejército, que ignoraba el objeto de aquella repentina expedición, los circuía lleno de curiosidad, deseoso de ver salir al rey y escuchar las órdenes que confería á los jefes.

—Por San Pedro y San Pablo, don Lorenzo—decía Machuca—, que si pronto no partimos me derrito bajo mi armadura.

—Ya nos remojaremos bien pronto con sangre de infieles.

—Quiéralo Dios, porque sólo con la esperanza de un gran combate se pueden soportar días como éste.

—Callad, que su alteza viene hacia nosotros.

—¡Loado sea Dios!

El santo rey, caballero en un potro blanco como la nieve, pero desarmado y sin comitiva, se dirigió hacia las tropas, llevando retratada en su rostro la más profunda inquietud.

—Dios os guarde, caballeros—dijo, llegándose á ellos.

—Y á vos, señor rey—contestaron todos inclinándose.

—¿Estáis prontos á partir?

—Y deseosos.

—A vos, don Lorenzo, que sois tan bravo como prudente, os encomiendo que refrenéis los bríos de esos dos mancebos, que sin embargo mandarán la escaramuza como ya hemos convenido. Cuidado con ellos, que una vez que el combate se encarnice, yo sé bien que necesitaréis toda la autoridad que sobre ellos os confiero para contenerlos. ¿Habéis oído, don Diego y don García?

—Sí, oímos y estamos dispuestos á obedecer á

don Lorenzo como á vos mismo en cuanto nos mandare —contestó don Diego.

—Señor—dijo Garci-Pérez en voz baja acercándose al rey—, si cumplo lo prometido esta mañana, ¿me dáis palabra de concederme lo que os pida?

—Aunque fuese mis dos coronas.

—Gracias, señor. Ahora permitidnos que en nombre de Dios marchemos á combatir sus enemigos.

—¡Id, hijos míos, que Santiago velará por vosotros!

—¡A galope, caballeros!—gritó Garci-Pérez hincando las espuelas á su corcel.

La nube de polvo que los caballos levantaron al arrancar, hizo que los del real los perdiesen de vista instantáneamente.

—¿Don Diego?—dijo Garci-Pérez sin dejar de correr.

—¿Qué me queréis?

—Ya no se trata de pelear para morir, sino para vencer. Si hoy ó mañana volvemos triunfantes, la mano de doña Elvira será tuya.

—¿Qué dices?

—Que el rey me ha prometido, si cumplo mi palabra, concederme lo que pida.

—¡Cuánto te debo, Garci!

—Silencio, don Lorenzo. ¿Os parece que hagamos alto, y que preparemos nuestra emboscada?

—Estos olivares son buenos para el efecto.

—Alto, caballeros.

—Señores, en nombre del rey prohibo á cuantos me escuchan, que por ningún concepto pasen la puente. ¿Me escucháis, don Diego y don Garci?

—Sí—contestaron los dos.

—Ahora, don Garci—continuó Suárez— vos sois

quien mandáis y todos esperamos vuestras órdenes.

—Vengan diez caballos conmigo, y emboscaos vos con el resto, que mandaréis con don Mendo y mi hermano. Lo demás que debéis hacer, ya os lo he dicho.

Y partió como una saeta camino de la puente, seguido de Fortún y otros nueve jinetes, mientras los que en los olivares quedaron, trataban de ocultarse entre los árboles lo mejor que podían.

—Amigo Fortún—dijo Garci Pérez en tanto que iban corriendo—, la dicha de mi hermano don Diego pende de que llevemos á feliz término esta aventura.

—¿Y qué es necesario para eso?

—Que los moros salgan á encontrarnos.

—Pues pronto pienso que lograréis vuestro deseo, que me parece sentir movimiento hacia la puerta de Guadaira, señal de que ya nos han visto y se disponen á combatirnos.

Don García y los suyos llegaron al extremo del puente é hicieron alto, desafiando con voces y ademanes á los que desde las murallas los veían.

—¡Cobardes! —gritó Fortún Paja—. ¡Cobardes, que os estáis como murciélagos en vuestras guaridas; aquí tenéis á once hombres solos que desafían vuestro poder y se ríen del bellaco de Mahoma!

Una nube de ballestas, que partiendo desde los torreones inmediatos silbaron sobre sus cabezas en medio de las maldiciones de los moros y de las risas sarcásticas de los cristianos, fué la contestación que sus palabras obtuvieron.

—Malos ballesteros sois—continuó el bufón—, y villanos como vuestro Corán, escrito entre una bru-

ja, un zángano y el follón de vuestro profeta. Ahora veréis cómo los cristianos manejamos nuestras armas.

Y apuntando tranquilamente á la media luna del pendón que sobre la puerta estaba, la arrancó de un flechazo en medio de las carcajadas y aplausos de sus compañeros.

—Ahora descansad, que os habéis portado como leones en esta escaramuza, y el cansancio del combate os tendrá rendidos. Adiós, amigos míos; mandrines hijos de esclavas, adiós, y no os fatiguéis tanto, que podríais enfermar é ir antes de tiempo á reuniros con el profeta, que al lado de Lucifer está en los profundos.

Una infernal vocería partió de los torreones inmediatos, en que iban mezcladas tantas blasfemias y amenazas, que hubieran amedrentado á hombres menos valientes que los que las escuchaban.

—Adiós, hijos míos, y no gritéis tanto, que váis á desgarraros las gargantas; aunque como no sabéis hacer otra cosa, estáis bien avezados á dar gritos. Adiós, canalla cobarde.

Los once jinetes volvieron tranquilamente las espaldas á la ciudad, y paso á paso tomaron el camino que habían traído, sin que las voces ni las flechas de sus enemigos que en derredor silbaban les hiciesen separar la vista del frente.

—Veréis cómo salen — dijo Fortún á Garcipérez.

Tres minutos no eran pasados, cuando el ruido de la puerta que se abría y las cercanas pisadas de un numeroso escuadrón de caballos advirtieron á los cristianos que la predicción del loco acababa de realizarse.

—Aún no es hora de correr—murmuró Vargas mirando de reojo hacia atrás.

Y los cristianos siguieron paso á paso sin volver los rostros.

—Ahora nos la pagaréis, miserables nazarenos—gritó una voz conocida á sus espaldas.

—¿Ahí estabais, señor Gazul, invicto alcaide de Melgarejo?—dijo Fortún sin dignarse mirarlo—. Aquí van los que os tomaron vuestro castillo y el que os jugó aquella mala pasada cerca de Martos.

—¡Ira del cielo!—exclamó Gazul loco de cólera.

—No os alteréis tanto, mi buen señor. ¿Conque también habéis hecho traición á Benalbamar y estáis dentro de Sevilla?

—Para dar fin de ti y de esos malditos Vargas que me tomaron mi torre traidoramente—contestó el moro ya á pocos pasos de los once valientes.

—¡Ahora!—murmuró don García.

Todos clavaron los acicates en los ijares de sus corceles, que partieron como el rayo en dirección de los olivares.

—¡Cobardes!—gritaba Gazul—; habláis como mujeres y huis ante el peligro.

—Hasta la vista, señor Gazul; yo os aseguro que no nos pillaréis esta vez.

—¡Sí, por el nombre del profeta!—exclamó el moro espoleando su caballo, que fatigado por el calor y la carrera, se resistía á caminar—. ¡A ellos, valientes musulmanes!

Y moros y cristianos volaron por el campo en vueltos en una densa nube de polvo.

CAPÍTULO XI

De cómo cumplió su primer palabra el hermano de Vargas Machuca.

Ya han soltado las riendas á los caballos—decía don Mendo de Lara.

—Dentro de cuatro minutos estarán aquí—murmuró Suárez en voz sumisa, fijos los ojos en Garci-Pérez y los suyos.

—Ahora, caballeros—exclamó Machuca con voz serena sin separar la vista de su hermano—, encomendaos á Dios y requerid vuestras lanzas, porque el choque será terrible y sangriento.

Clavados y silenciosos como estatuas, aquellos hombres que se hallaban tan cerca de la muerte, elevaron á Dios sus corazones y esperaron tranquilos el momento de acometer.

CAPÍTULO XII

Lo que pasaba en el olivar.

Los once cristianos seguían corriendo á rienda suelta hacia los olivares, acosados de cerca por Gazul y los suyos, que ciegos de cólera por los insultos recibidos, en nada pensaban fuera de darles alcance.

A medida que se aproximaban á los emboscados, las distancias se iban estrechando más y más.

Garci-Pérez y sus compañeros seguían aguijo-

neando en silencio á sus corceles, y los moros, viendo que de un momento á otro estarían en sus manos, daban salvajes gritos de júbilo.

El sol caía á plomo sobre sus cabezas, y á través de la espesa nube que los circundaba hacía partir luminosos rayos de las relucientes armaduras.

Todo permanecía silencioso en los olivares.

Los infieles estaban ya á dos pasos de los cristianos.

Un momento más y son sus cautivos.

—Rendíos, miserables—dijo Gazul, loco de alegría.

De improviso una nube de polvo salió de entre los olivos y se aproximó velozmente.

—¡A ellos, hijos míos!—gritó Garcí-Pérez, volviéndose como el rayo contra sus enemigos.

—¡A ellos!—contestaron valerosamente los que mandaba, siguiendo su ejemplo.

—¡A ellos!—gritaron trescientas voces que de entre la segunda polvareda salían.

—¡Santiago y Castilla!

—¡Alá! ¡Alá!

Hubo un instante de horrible confusión, en que el polvo levantado por el choque de los dos escuadrones nada dejó percibir. Los gritos de guerra, los clamores de los heridos y el terrible martilleo de lanzas y espuelas al descargar sus golpes sobre los escudos y armaduras, formaban una extraña algarabía imposible de definir y que sólo pueden apreciar los que han pasado su vida en medio de los campos de batalla.

Pasaron algunos minutos, y el estruendo continuaba, sin que el polvo dejase conocer á los que se batían de qué parte estaba la ventaja.

Media hora después la polvareda se alejaba en dirección de la puente.

Los del real miraban con ansiedad aquel polvo, que era lo que únicamente podían ver. La dirección en que iba significaba que los moros, vencedores, volvían á la ciudad, llevando cautivos á los castellanos, ó tal vez que éstos acosaban á aquéllos.

Un confuso tropel, que difícilmente se hubiera podido decir cuál de los dos escuadrones lo producía, se precipitó en el puente con tal ímpetu que muchos caballos y jinetes cayeron al río.

En aquella extraña confusión, tan pronto se veía lucir una espada como un alfanje, un yelmo como un turbante.

Y unos y otros hacían temblar la campiña con sus poderosos y arrogantes gritos de guerra.

De repente los clarines de don Lorenzo tocaron retirada, y los que en el puente estaban le dejaron libre, dirigiéndose hacia los dos extremos. La victoria, pues, estaba por los cristianos.

—¡A mí, caballeros!— gritó Lorenzo Suárez—. ¡A mí, caballeros!

Y mientras en la otra parte del río seguían escuchándose golpes y gritos de guerra, don Lorenzo reunía en la izquierda su escuadrón, poniendo en medio la multitud de infieles que acababan de cautivar.

Machuca buscaba por todas partes con los ojos á su hermano, y en ninguna lo veía.

Los clarines de don Lorenzo seguían tocando retirada.

Y de todos los puntos del campo corrían los cristianos á reunirse con sus jefes.

Y en la opuesta orilla seguían peleando aún con encarnizamiento.

Y en vano seguía buscando Machuca á Garcipérez.

—¡Hermano! ¡Don García! ¿Dónde estás?—gritó asaltado de un terrible presentimiento.—¿Dónde estás?

Nadie le respondió.

—¡Hermano! ¡Garcipérez!—volvió á gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

—¿No parece vuestro hermano?—preguntó don Lorenzo.

—No—contestó Machuca desesperado.—¿Le habéis visto vos durante la refriega?

—Pasó junto á mí cuando estábamos en el puente, y no le he vuelto á ver.

—¡Es de los que cayeron al agua!—exclamó don Diego con acento desgarrador.—¡Hermano! ¡Hermano mío!

—Aguardemos un momento: aún puede que torne á nosotros.

Y aguardaron un minuto, y dos, y tres, y Garcino pareció.

—¡Hermano! ¡Hermano mío!—decía Vargas Machuca con voz ahogada por los sollozos.—¡Hermano mío!

—¿Qué tenéis, don Diego?—exclamó Fortún Paja, que acababa de llegar, con la más viva inquietud.

—Que mi hermano no parece, y son muchos los que han caído al Guadalquivir.

—¡Dios mío!—gritó aterrado el pobre bufón.

Los dos quedaron silenciosos un momento con las lágrimas en los ojos.

Y los clarines de don Lorenzo seguían tocando retirada.

Y de todos los puntos del campo los cristianos se habían ya reunido á sus jefes.

Y Garci-Pérez no volvía.

Pero en la orilla opuesta aún se escuchaba ruido de espadas.

Todos cuantos cerca del hermano de Garci se veían, lo miraban con tristeza, y no pocos con lágrimas en los ojos, oyéndose resonar lúgubrementemente por todas partes:

—¡Garci-Pérez ha muerto! ¡Garci-Pérez ha muerto!

Mas de pronto una idea luminosa brilló en la frente de don Diego.

—Caballeros—gritó con voz de trueno—, espada en mano y pasemos la puente, que el que combate en aquel lado es mi hermano don Garci.

Y esto diciendo se precipitó en el puente seguido de cuantos allí se encontraban.

Pronto se hallaron en la opuesta orilla, y entre la multitud de moros que le acosaba por todas partes divisaron, apoyada la espalda contra un álamo y sosteniendo en su brazo izquierdo un cristiano herido, á un caballero que valerosamente se defendía, teniendo á sus pies cuatro ó seis infieles muertos ó moribundos en prueba del valor que le alentaba.

—Animo, don García, que aquí venimos en tu socorro.

—Atrás, canalla ruin—decía Garci-Pérez, que no era otro el bravo caballero, menudeando los golpes. La espada de Fernán González y Fernando tercero os hará morder el polvo á todos y á más que fuerais.

Machuca y los que le seguían se arrojaron sobre la turba musulmana, haciéndola retroceder hasta

Sevilla, y entrarse diezmada por la puerta de Guadaira.

Todos rodearon á don García con solitud.

—Caballero —dijo secamente Lorenzo Suárez—, habéis faltado, pasando la puente, á las órdenes del rey que de mi boca recibisteis.

—El rey no podía mandarme que dejase llevar cautivo á uno de los mejores caballeros de los dos reinos. Ved mi disculpa—contestó mostrando á don Mendo de Lara, que malherido y sin aliento sostenía en sus brazos.

—¿Has salvado á don Mendo? Gracias, hermano—, exclamó don Diego lleno de júbilo.

—Bástaos ese descargo—dijo Suárez, haciendo que cuatro soldados condujesen al de Lara á los reales.

—¿Y qué es eso que tienes enrollado bajo los pies junto al escudo?

—El pendón de esos cobardes, que no han sabido rescatar de mis manos.

—¡Victoria por los Vargas!—gritaron entusiasmados cuantos esto oyeron.

—Ahora, don Garci, volvamos al campamento.

—Volvamos—dijo éste alzando negligentemente del suelo su escudo acribillado de estocadas y flechazos, de tal modo que era imposible distinguir los blasones, y echándose á la espalda la bandera conquistada por su valor—. Pero dadme un caballo, que el mío, si mal no me engaño, habrá perecido en el Guadalquivir, donde hace pocos instantes cayó.

La falange castellana, triunfante y satisfecha, se dirigió paso á paso hacia el campamento, enarbolando el pendón morisco y dando vítores á Garci-Pérez.

—Y va una palabra cumplida, don Diego.

—Y con exceso. La salvación de don Mendo es una nueva esperanza.

—Mañana, cuando hayamos roto las cadenas y la puente, se convertirán las tuyas en realidades y serás feliz, hermano mío.

—¿Y tú?

—¿Yo?... pensemos en mañana, que después Dios dirá.

CAPÍTULO XIII

De cómo probó Garcí-Pérez que Guzmán tenía razón al quererle borrar las armas de su escudo.

Animadas las tropas con la reciente victoria, nadie pensaba ya en levantar el sitio, y peones y caballeros, sin tener en cuenta la horrible calma que reinaba, corrían al encuentro de los vencedores, prorrumpiendo en alegres vítores.

Entretanto don Fernando, retirado á su tienda, oraba con cristiano fervor, arrodillado ante la Virgen de las Sedes, por el triunfo de sus armas, que aún no había llegado á su noticia.

—Señor—dijo don Pelayo Pérez de Correa precipitándose en la estancia, loco de contento—, suspended vuestros ruegos, y dad gracias á Dios porque la victoria ha sido pronta y completa.

—¿Qué decís?—exclamó el rey gozoso, pero sin alzarse del suelo en que estaba arrodillado.

—Lo que os confirmarán estos caballeros—contestó el maestro señalando á don Pedro y á otros

cuantos que tras él entraron—. A lo lejos se divisa nuestro escuadrón conduciendo un sinnúmero de cautivos y la bandera que ondeaba en la puerta de Guadaira.

—¡Gracias, madre mía!— dijo el rey. Y siguió orando de rodillas ante la santa imagen—. Ahora— exclamó, levantándose después de algunos momentos— corramos á encontrar á esos valientes y á recibirlos en nuestros brazos. Seguidme, caballeros.

Y todos salieron contentos tras él, menos Guzmán, que á duras penas podía ocultar la envidia que lo devoraba.

.....
—Señor — exclamó Garci-Pérez saltando de su corcel y dirigiéndose hacia el rey—, cumplida os tengo la primera parte de mi promesa.

—No encuentro premio en el mundo capaz de recompensar lo que acabas de hacer. Ya estoy seguro de que Sevilla será nuestra. Fija tú mismo tu recompensa.

—Todavía no, señor rey; la cadena y la puente no se han roto aún.

—Basta lo que acabas de hacer.

—Don Lorenzo, mi hermano, Fortún Paja, don Mendo y todos estos caballeros son dignos más que yo de vuestras mercedes.

—A todos sabré recompensarlos menos á ti y á don Diego, porque no hallo cosa bastante para vosotros.

Guzmán se mordía los labios ínterin los demás aplaudían las palabras del santo rey.

—¿Ahí estabais, don Pedro de Guzmán?— dijo Machuca reparando en él—. Me alegro mucho de veros, porque tengo que hablaros.

—Déjalo, hermano, que razón le sobra para querer quitarnos la divisa de nuestro escudo.

—¿Qué dices?

Todos escuchaban admirados este extraño diálogo que no comprendían. Por fin, acercándose don Garcí á Guzmán, le dijo con voz tranquila y serena:

—Razón, repito, que os sobra, señor caballero, para querer quitar las armas de su casa á los que las tratan tan mal como nosotros.

Y le mostraba su escudo, en que los golpes de los enemigos habían borrado hasta la más mínima señal de divisa.

Guzmán balbuceó avergonzado algunas palabras de disculpa, retirándose confuso y sin saber lo que le pasaba al escuchar la reconvención de Garcí-Pérez en presencia de don Fernando.

—Dejad resentimientos, Vargas amigo—dijo el rey—, que ese sol que brilla en el cielo no debe mirar hoy en nosotros más que rasgos nobles y generosos. Yo sabré hacer que nadie ose disputaros vuestros blasones; pero os mando que no combatáis con don Pedro ninguno de los dos.

—Los dos sabremos obedecer, por más que nos cueste.

—Id, pues, á reposar, hijos míos, y dad gracias al Señor por el triunfo que nos concede, mientras yo voy á rezar por los muertos y á hacer que se curen los heridos.

—Adiós, señor.

—Aguarda, don Garcí. ¿No tenías una cosa que pedirme?

—Es muy grande para que me atreva á hacerlo antes que cumplir del todo mi promesa.

—Haz lo que quieras y reposa tranquilo, que el ábrego soplará mañana y salvaréis á Castilla rompiendo la cadena y la puente.

—En Dios confiamos—contestaron con convicción los dos hermanos.

Y seguidos de la inmensa muchedumbre que no se cansaba de mirarlos, tomaron con Fortún el camino de su tienda.

CAPÍTULO XIV

El día de la Santa Cruz.

Fresco y risueño como un día de primavera amaneció el tres de Mayo, que los cristianos han consagrado á la Santa Cruz. Una inmensa multitud se agolpaba en la orilla del Guadalquivir, fijando los ojos en la dirección de la corriente, como si esperasen ver aparecer por aquel lado una cosa extraordinaria.

—¿Ves algo, Nuño?—decía Mendo al paje.

—Paréceme distinguir á lo lejos una masa negra, que debe ser la galera de don Ramón, en que vienen tus señores.

—Sí, será.

—Mal me parece que saldrán con su empeño con este leve céfiro que corre.

—Abrego es lo que necesitan.

—No hay la más mínima señal de que se levante, y creo que tendrán que renunciar á su empresa.

—Tal pienso.

La plática del paje y escudero era el reflejo de

todas las que en las márgenes del río se entablaban, y el más profundo desaliento se iba apoderando de todos los corazones al ver deshechas las esperanzas que concibieron.

La galera subía trabajosamente á remo, aproximándose poco á poco al campamento. Sobre su estrecha proa se veían cuatro hombres, que con los brazos cruzados sobre el pecho dirigían al cielo suplicantes miradas, en que se retrataba la más viva inquietud. Eran los Vargas, Bonifaz y Fortún.

—¿Qué decís, don Ramón?

—Que ó Dios nos abandona, ó va á suceder un milagro, porque con tal tiempo pareceme imposible que sople el viento de la parte que deseamos.

—Vos que sois experto en achaques de marinería, ¿no tenéis esperanza alguna?

—Dios es todopoderoso y hace portentos.

—¿En Dios tan solo esperáis?

—En Dios tan solo espero.

—Hoy es día de la Santa Cruz—dijo Garci-Pérez—, y el cielo no puede abandonar en tal ocasión á los que por ella combaten. Cuando antes de embarcarnos oímos misa y recibimos la comunión, sentí dentro del pecho una voz que me gritaba que esperase, y espero tranquilo.

—Sin embargo—exclamó tristemente Fortún—, toda la fuerza de los remos apenas hace adelantar un paso á nuestro nao, y el viento que corre es tan leve que apenas pone en movimiento las aguas del río.

—Comienzo á dudar del éxito de la empresa—dijo Bonifaz—. Por hoy me parece del todo imposible.

CAPITULO XV

De cómo el rey ayudaba á sus vasallos.

Entretanto que esto pasaba en el río, don Fernando continuaba de rodillas ante la Virgen de las Sedes (1). Así había pasado toda la noche: recogido en sí mismo y orando con la mente.

—¡Haced que sople el ábrego, Madre mía!—dijo elevando las manos al cielo.

Y continuó silencioso de rodillas, con la vista clavada en la santa imagen.

CAPÍTULO XVI

Lo que aconteció en el río.

El ligero céfiro que corría acababa de caer, haciendo lugar á una completa calma, que acabó de arrancar la esperanza de todos los corazones.

—Por hoy es enteramente imposible—decía Bonifaz con desesperación.

—¡Hágase la voluntad de Dios!—exclamó resignado Garci-Pérez. Él que dispone de los vientos y

(1) Esta santa imagen, de la que ya hemos hablado varias veces, se venera en el altar mayor de la catedral de Sevilla, donde se colocó poco después de la reconquista. La tradición asegura que es la misma que llevaba Pelayo en las campañas.

de las tempestades, sabrá por qué pecados nuestros priva á Castilla de la victoria que esperaba.

—Pondremos la proa á tierra para desembarcar en la orilla.

—¡Cómo ha de ser, don Ramón! Esta esperanza vuela, y á ella va ligada mi vida—dijo tristemente don Diego.

—Remad hacia tierra—gritó Bonifaz con brusco acento—. Dios no quiere que ganemos Sevilla.

Los remos comenzaron á bogar en la dirección que su jefe les mandaba. Pero de improviso una ráfaga de aire hinchó la vela é impelió al buque río arriba con velocidad.

—¡El ábrego!—exclamó Bonifaz loco de gozo—. ¡Es el ábrego, que el cielo nos envía!

—¡Gracias, Dios todopoderoso!—dijeron cuantos iban en la galera.

—¡Gracias, Dios omnipotente!—brotó de todas las bocas en las márgenes del río.

En la ciudad no alumbraba ni una sola luz, y en lontananza se descubría insegura y vagorosa la negruzca masa que los edificios y las murallas formaban, confundida con las nubes que cubrían el horizonte.

—¡Tirad la lancha é idos pronto á tierra!—gritó don Ramón á los marineros, poniéndose al timón.

La lancha fué botada al agua en el momento, y la tripulación se lanzó á ella.

—¡Al bote, Fortún!

—No en mis días, don Diego. Donde muráis vos ó vuestro hermano, morirá contento el pobre loco.

La lancha se alejó con rapidez, dejando solos en el buque á los cuatro.

Nuevas ráfagas de viento impelían la galera río arriba con una fuerza y rapidez increíbles.

—El momento se acerca, señores—exclamó Bonifaz—; rezad, que dentro de ocho minutos habremos chocado con la cadena, perdiendo tal vez la vida en el choque.

—Don Diego—dijo Garcí Pérez con serenidad—, dentro de ocho minutos habremos ganado para ti la mano de doña Elvira.

Machuca no contestó; pero la sonrisa que vagaba en su boca dió á conocer á su hermano que esperaba como él.

Bonifaz se entregó enteramente al manejo de la caña.

Y Fortún rogaba al cielo por los Vargas.

La nave se aproximaba rápidamente á la cadena que antes de llegar al puente vedaba el paso del río.

En la orilla todos rogaban á Dios por el buen éxito de la empresa, mirando con ansiedad hacia el buque, mientras que los moros contemplaban asombrados desde las murallas aquella nave que tan velozmente surcaba las aguas, sin acertar á comprender qué objeto llevase. Una lluvia de dardos lanzados desde Sevilla y Triana caía sobre los cuatro navegantes que, sin hacer caso de ella, seguían impertérritos de pie sobre la proa.

—Valor, caballeros—gritó Bonifaz.

Un fuerte choque, que hizo crujir las maderas de la nave, derribó sobre cubierta á los que en ella iban. La galera desapareció á los ojos de la multitud, en medio de los espantosos clamores que lanzaron todos los pechos, creyendo que se había ido á fondo. Pero pronto se la vió salir de entre las aguas con su escasa tripulación sobre cubierta, y los víto-

res y aplausos de la muchedumbre llegaron en alas del viento hasta los moros, que sintieron helarse en sus venas la sangre, al comprender lo que acababa de pasar.

—¡Animo, caballeros!—exclamó Bonifaz—, que la puente está cercana.

—Un inconveniente menos—dijo Garci-Pérez.

La nave seguía surcando las aguas con velocidad, henchidas sus velas por el ábrego, que cada vez soplabá con más fuerza. Una multitud de armas arrojadas seguían clavándose en las tablas, sin que hirieran á ninguno de los que iban en ella.

La ansiedad de los que en la orilla miraban crecía por instantes.

Por fin la galera se encontró á dos pasos de la puente.

--Asíos á las bandas—gritó don Ramón.

Y la nao embistió á la puente con un estruendo mayor aún que el anterior.

Por un momento el agua y las tablas, que á impulsos del choque saltaron, impidieron percibir el efecto de la segunda embestida; pero sosegado el río, se vió la galera casi deshecha, flotar orgullosa con los cuatro de pie sobre la cubierta, entre los restos de la puente.

—¡Bendito seas, Señor!—dijeron todos humillando las cabezas y doblando las rodillas.

CAPITULO XVII

Amor de padre.

En una magnífica tienda, adornada con todo el gusto y riqueza que lo rudo de aquellos tiempos consentía, se hallaba moribundo en su lecho el buen don Mendo de Lara, rodeado de los más principales y valerosos caballeros de las huestes cristianas.

—¿Hay alguna esperanza?—dijo en tono sumiso el rey.

—Ninguna — contestó Suárez —. El bachiller, hombre entendido en el arte de curar, dice que el delirio que le ha acometido acabará con él dentro de pocas horas.

—¡Pobre don Mendo! ¿Y Guzmán?

—Se ha retirado al entrar vuestra alteza, porque después de la aventura del escudo teme vuestra presencia.

—Eso le enseñaré á ser más comedido en sus palabras.

—¡Mi hija, quiero ver á mi hija! — murmuraba con voz ahogada el herido.

—Ya vuelve á delirar.

—¡Pobre padre! Su hija está en Córdoba, y ni aun tendrá el consuelo de morir en sus brazos.

—¿No podría venir?

—Los caminos están llenos de cuadrillas de moros, y habría grave riesgo en ello.

—¡Pobre padre!

—¡Hágase la voluntad de Dios!—exclamó el rey con las lágrimas en los ojos.

—¿Oís esos gritos, señor rey?

—Sí que oigo.

—Sin duda Bonifaz y los Vargas acaban de realizar su atrevido proyecto.

—¡Mi hija! ¡Mi hija!—seguía clamando el moribundo.

El rey se lanzó á la puerta con ansiedad, y volvió á entrar loco de contento.

—¡La puente no existe ya!—dijo—. ¡Demos gracias al Señor!

El rumor que acababan de escuchar se iba acercando por momentos.

—¿Habrán muerto esos bravos al ejecutar su atrevido proyecto?—pensó el rey—. No; Dios, que vela por los suyos, no habrá querido darnos tan amarga victoria. Id, don Lorenzo, y averiguad qué ha sucedido.

Los gritos de triunfo se escuchaban cada vez más cercanos.

—¡Victoria por Bonifaz y los Vargas!

—¡Victoria por Fortún!

—Deteneos, Suárez. Esas voces dicen bastante lo que queremos saber. El triunfo ha sido completo.

Como para confirmar estas palabras, los cuatro valientes, seguidos de una inmensa muchedumbre de soldados y de caballeros, se presentaron en la puerta.

—¡Hijos míos!—exclamó el rey precipitándose á su encuentro.

—¡Mi hija!—murmuraba don Mendo con voz casi imperceptible.

—Nuestras promesas están cumplidas, señor— dijo Garci-Pérez sencillamente.

—Gracias á Dios y á vuestro esfuerzo, mi pendón ondeará bien pronto sobre la torre del Oro. ¿Cómo os podré pagar lo que os debo?

—En cuanto á don Diego y á mí sólo exigimos que nos cumpláis lo que nos habéis prometido. Don Ramón y Fortún están satisfechos con haberos servido—contestó Garci.

—Sí que lo estamos.

—Ya hablaremos de eso. Ahora pedid vosotros lo que queráis.

—Es mucho.

—Nada es mucho para vuestros merecimientos. Hablad.

—Os pido para don Diego la mano de doña Elvira de Lara.

—Tiene padre, y no puedo disponer de ella. Sin embargo, os la prometo.

—¿Intercederéis con él?

—Y hasta mandaré.

—Gracias, señor—dijeron los dos hermanos—. Gracias, señor.

—Hacedlo pronto—continuó don Garci—, porque hay quien disputa á Vargas Machuca el tesoro que ambiciona.

—Es imposible por ahora.

—¿Cómo?

—Venid y lo veréis.

Los dos hermanos, seguidos de don Fernando, acercáronse al lecho en que don Mendo agonizaba.

—¡Hija mía, hija mía!—continuaba exclamando.

—¡Cielo santo!

—¿Qué dice?

—Llama á su hija. Desde que le acometió el delirio no pronuncia otras palabras.

—¡Pobre padre!

—¿Y tiene esperanzas de vida?

—Pocas.

—¿Y va á morir sin poder satisfacer ese deseo, sin abrazar al único ser que tal vez ama en el mundo?

—Los caminos están llenos de moros, y el ejército es muy corto para poder mandar un buen escuadrón en su busca.

—¿Dónde está?

—En Córdoba.

El médico entró en la tienda, y después de inclinarse respetuosamente ante el rey y los caballeros, se acercó á la cama.

—¿Cómo está?—preguntó el rey—. ¿Hay alguna esperanza?

—En Dios, señor. El delirio tiene una causa, y mientras esta no cese, todos los recursos de la ciencia se usarán en vano.

En los rostros de los caballeros que cercaban al herido, se veía pintado el más profundo dolor, y todos parecían dirigir votos al cielo por la curación de don Mendo. Garci-Pérez, saliendo del común abatimiento, se retiró de la tienda sin ser visto, murmurando entre dientes:

—Para algo me armaron caballero y me dieron la espada de Fernán González.

—¿Adónde vais, señor—dijo Fortún, único que se había apercebido de su salida.

—¿Eres tú, amigo mío? Sígueme, que necesito de tu ayuda.

—Al infierno iré yo con vos, si fuese necesario.

Y los dos se alejaron de la tienda del herido, conversando en voz baja.

CAPITULO XVIII

Otra vez en las tinieblas.

Cerró la noche, y cubierto el cielo por la nube de vapores que el calor del día había levantado, quedó envuelto el campo de los cristianos en la más completa obscuridad. De trecho en trecho las hogueras de los soldados iluminaban un corto espacio, viéndose á favor de aquella misteriosa luz algunos hombres, que en derredor de ellas vagaban, con los rostros enrojecidos por el resplandor, que les comunicaba un tinte tan extraño y grotesco que más que hombres parecían, vistos entre las sombras, los demonios de un cuento fantástico. Los gritos de los centinelas de la ciudad y del campamento, repetidos sin cesar, que ya se acercaban, ya se oían á lo lejos vaga y confusamente, hasta que, debilitados por la distancia, más que alertas parecían quejidos, aumentaban de tal modo lo lúgubre y sombrío de este cuadro, que era capaz de poner pavor en los más alentados corazones.

Todos, menos los centinelas, se hallaban entregados al reposo, tanto en el real como en Sevilla, y ningún ruido más que el de sus gritos interrumpía el silencio de la noche.

.....
Once caballeros, cuyos corceles no producían ningún ruido al caminar, salieron poco á poco y como

recatándose del campamento, sin ser vistos ni oídos de nadie.

CAPITULO XIX

De cómo dos principales señoras lloraban muertes y ausencias.

Casi en los mismos instantes, en una suntuosa estancia de uno de los más ricos palacios de Córdoba, dos damas de singular hermosura lloraban tristemente sus pesares, sin que todo el fausto que las rodeaba fuese parte á minorar su intensidad.

—¿Cuándo cesaréis de verter lágrimas?—decía la una, hechicera niña de ojos azules y rubios cabellos.

—Cuando deje de existir—contestó la otra con amargura—. Este negro traje, que visto por la muerte del más bizarro y valiente de los castellanos, es un exacto traslado del luto que llevo en mi alma; jamás me quitaré estos arreos, y nunca echaré de la mente al que en ella siempre reinó.

—Callad, señora, que me desgarráis el corazón.

—¿Qué extrañáis que llore la pérdida irreparable que he sufrido, cuando vos, joven y llena de esperanzas, en la edad del amor y de las ilusiones, consagráis los días al llanto y las noches á los suspiros?

—Es verdad.

—Y sin embargo, por mucho que sufráis, vuestro padecimiento no puede igualarse con el mío.

—Es verdad.

—¡Yo no le volveré á ver!

—¡Tal vez yo tampoco!

—¡Pero él era mi esposo!

—Él era la vida de mi vida.

—¡Y mi esposo ha muerto!

—¿Quién sabe si el que amo habrá dejado también de existir? ¡Hace tanto tiempo que no le veo!

—Yo no lo volveré á ver más; vos aún tenéis esperanza.

—Ojalá que muerto lo llorara y no traidor y ausente. Ojalá que este llanto pudiera verterse sin vergüenza, porque fuera digno de él el hombre por quien brota de los ojos, aunque su muerte lo arrancara.

—¿Qué decís?

—No sé lo que me digo.

—¿A quién amáis?

—Ni yo misma lo sé.

—¿Su nombre?

—Lo ignoro absolutamente. ¿No os he hablado ya de un desconocido?

—Sí, mis memorias no me la dejan para nada. ¿Y aún le amáis?

—A pesar de todo lo tengo en el corazón, y sólo con él me lo arrancarán del pecho.

—Sois muy desgraciada.

—Nací con mala estrella.

—¿Y pensáis obedecer á vuestro padre casándoos con el hombre que os designa?

—Es mi obligación.

—¿Y vuestra promesa?

—Vos os encargasteis de cumplirla.

—Es cierto. ¡Entonces aún vivía don Alvar!

—¡Entonces aún abrigaba mi mente no sé qué loca esperanza!

Y los recuerdos y las penas, y las ausencias y los desengaños, volvieron á hacer correr las lágrimas por las hermosas mejillas de las dos damas, que, abrazadas, ocultaban cada una su cabeza en el seno de la otra.

Eran Elvira y doña Blanca.

CAPÍTULO XX

Donde al par que caminan once caballeros, marcha el capítulo XVII.

Los once caballeros, envueltos en las sombras, tomaron poco á poco el camino de Carmona, y continuaron silenciosos por largo tiempo, temiendo que sus voces pudiesen llegar al campamento. Por espacio de media hora siguieron así, hasta que creyéndose bien seguro el que á su cabeza iba,

—Parad—les dijo— y quitad esos trapos de los pies de los caballos, que ya podemos estar tranquilos, sin miedo de ser escuchados.

Algunos momentos después se oía claro y distinto el rumor de un grupo de caballos que caminaban al galope.

—Corramos lo que de noche resta, que con el día vendrán los combates y detenciones, y no podremos adelantar mucho—continuó el mismo.

CAPITULO XXI

De la plática que tenían dos antiguos conocidos nuestros.

—Don Juan—decía don Pedro—, me han humillado de nuevo, y á mí no se me humilla impunemente.

—¿Es decir, que tratáis de vengaros?

—Sí, por el alma de mi padre.

—Mucho os pica lo del escudo.

—Cuando á un noble se le ofende de tal manera, siempre tiene el ultraje grabado en la memoria y su pensamiento se lo repite sin cesar.

—Pues pensad vos lo que se ha de hacer, que á mi no se me alcanza.

—¡Melendo!—gritó Guzmán.

El soldado á quien encargó en Jerez la muerte del pobre Agatín se presentó en la puerta.

—Señor.

—¿Has espiado hoy á Garci-Pérez?

—He hecho cuanto me mandasteis.

—¿Y cómo te encuentras aquí, cuando, según mis órdenes, debieras rondar su tienda?

—Porque cuando el pájaro ha volado, de nada sirve custodiar la jaula.

—Es decir...

—Que don García no está en su tienda.

—¿Pues dónde?

—Lejos de aquí, á lo que me pienso.

—Explicate.

—Seguido de sus pajes y escuderos ha marchado hace una hora del campamento.

—¿Para qué?

—No he podido columbrarlo.

—Pero sabrás al menos la dirección que llevaban.

—Pienso que hacia Carmona.

—¿Cuántos iban con él?

—Diez ó doce.

—Basta. Vete.

El soldado saludó humildemente, murmurando, al salir, para su capote:

—Extraño capricho es el de don Pedro en rondar á ese Garci-Pérez como á una dama.

—Y bien—dijo don Juan cuando se encontraron solos.

—Dejadme reflexionar un instante. ¿Qué va á hacer en Carmona? Nada. El ama á la hija de don Mendo, que vive en Córdoba con la viuda de don Alvar... Tal vez hacia allí encamina sus pasos; querrá verla. Sí... Pero él es valiente y no huirá del campo de batalla con este solo objeto. Cosa es que merece meditarse.

—¿Habéis acabado?

—Creo que sí.

—¿Y qué sacáis en consecuencia?

—Que se dirige á Córdoba.

—Mejor para vos, porque el camino está lleno de cuadrillas de moros y bandas de salteadores, y es probable que no vuelva al campamento.

—Todo puede ser—contestó Guzmán cada vez más pensativo—. Todo puede ser.

—Explicaos, porque veo en vuestro rostro que estáis meditando algunos planes.

—Todo puede ser—continuó don Pedro, sonriendo á la idea que se le ocurría—. Ya está todo pen

sado—dijo después de una leve pausa, dándose una palmada en la frente.

—Si hablaseis más claro...

—Sí que haré. ¿Decís que hay multitud de cuadrillas de moros y bandidos en el camino por donde va mi adversario?

—Así es.

—¿Y unos y otros matan sin compasión á cuantos tropiezan y osan hacerles la más leve resistencia?

—Sí.

—Garci-Pérez no es hombre que se deje cautivar sin resistir con todas sus fuerzas.

—Bien sabido es.

—De modo que nadie extrañará que se encuentre su cadáver en el camino de Córdoba.

—¡Admirablemente pensado! Sois el solo para coger los hilos de una trama. Pero ya no podremos darle alcance.

—Es el caso que él no se ha de quedar por allá. Si no vuelve, mejor para nosotros, que nos ahorramos un trabajo que no será corto, á lo que creo. Si por el contrario tornase, le esperaremos emboscados en lugar conveniente.

—Raciocináis de un modo superior.

—Es la costumbre.

—Pero para no dar un golpe en vago contra él y sus doce escuderos, que todos son como leones, necesitamos setenta hombres por lo menos.

—Se buscarán.

—¿Y váis á confiaros en el campamento á setenta soldados, que os venderán tal vez mañana?

—No tengo más que quince de confianza.

—Pocos son.

—Lo que falta en los reales, ¿por qué no lo hemos de tomar de la ciudad?

—Bien pensado. ¿Pero con qué medios contáis para eso?

—Dentro de Sevilla hay un jefe que odia á los Vargas más que yo, si es posible.

—¿Quién es?

—Gazul, el antiguo alcaide de la torre de Melgarejo, que ellos le tomaron por sorpresa. Ese hará cuanto le proponga con tal que redunde en mal de sus enemigos; y más desde ayer, que obligándolo á salir de Sevilla con una estratagema, le han derrotado y puesto en vergonzosa fuga.

—El plan es magnífico.

—Pues mejor ha de ser la ejecución, si Dios nos ayuda.

—Dios siempre está de parte de los buenos.

—¿Y si no ha ido á Córdoba?

—Es igual.

—¿Por qué?

—Porque lleva idéntica vía, y puede sucederle lo mismo.

—Pues no nos detengamos.

—Decís bien.

Los dos amigos salieron de la tienda después de dar algunas órdenes á Melendo.

.
El alba estaba próxima á romper, y aún en la regia estancia del palacio de Córdoba seguían llorando sin consuelo las dos hermosas damas, interrumpiendo sus sollozos el sepulcral silencio que por todas partes reinaba.

Entretanto, un crecido escuadrón de jinetes salía del campamento en la misma dirección que algunas

horas antes tomaron los once caballeros, y caminaba silencioso y paso á paso, hasta que viéndose lejos de los reales, tomó á rienda suelta el camino de Carmona.

—Esta vez es seguro que no se nos escapa, amigo don Juan—dijo una voz con acento de triunfo.

—Por Satanás y su hijo, que ya era tiempo, según lo mucho que habéis trabajado para ello.

Y volvieron á callar y á correr.

La rojiza luz de las hogueras medio apagadas les permitió contemplar á lo lejos por algunos instantes el dilatado campo cubierto de tiendas que lúgubrememente iluminaban. Pasaron algunos minutos, y la carrera de sus corceles se lo hizo perder de vista, quedando envueltos en las tinieblas.

CAPITULO XXII

De cómo el autor, conociendo que deben cansar á los lectores tantos capítulos cortos, se resuelve á hacer uno un poco largo, aunque, como en él se verá, la luz era poca.

Rompió el alba. Los once caballeros que del campamento salieran, seguían paso á paso su camino para dar algún descanso á sus corceles, por la hermosa y dilatada vega de Carmona.

La inexpugnable altura sobre que está situada esta importante ciudad y la fortaleza de sus muros la habían hecho resistir por mucho tiempo á las victoriosas armas de don Fernando, que, ya sin esperanza de ganarla, ajustó con sus habitantes una tregua, con la condición de que se la rendirían cuando

entrarse en Sevilla, pacto en que consintieron de buen grado los de Carmona, seguros de que la capital de su reino no caería nunca bajo la poderosa espada del santo rey.

Notábase ya algún movimiento en las calles y en las murallas, á pesar de no haber asomado aún el sol, signo inequívoco de la agitación y ansiedad que en todos los pechos había, con las noticias que diariamente recibían sobre el estado del cerco de la regia ciudad del Guadalquivir.

Los once jinetes, cuyas facciones se iban ya pudiendo distinguir, miraban fijamente y con inquietud hacia la población, como si por aquel lado esperasen algún grave peligro. A la escasa luz del crepúsculo matutino se podían ver entre ellos á Garcí-Pérez, Fortún, Mendo y Nuño, que cubiertos con sus pesadas armaduras, caminaban silenciosamente, tratando de ocultar su marcha á los ojos de los centinelas que en la ciudad velaban.

—Metámonos por esta zanja—decía el bufón—, que así podremos ocultarnos algún más tiempo á los ojos de esos perros de moros, que mala saeta agujerée.

—¿Y por qué ocultarnos?—exclamó naturalmente don García. ¿No sabéis que han firmado una tregua con el rey nuestro señor, y que no se atreverán, por lo tanto, á combatirnos?

—Crédulo sois, por vida mía, don Garcí. ¿Pues cuándo han respetado esos bellacos ni pactos, ni treguas, ni demonios que carguen con ellos? Dad vos que nos miren pocos y abandonados, y veréis cuál salen como buitres al olor de la carnicería, y cómo nos cargan y nos persiguen hasta que no dejen uno que vaya á decírselo á don Fernando.

—¿Pero no temen el castigo que les aguarda?

—¿Quién les ha de castigar por un crimen que nunca ha de saberse, pues cuantos pudieran acusarles llorarían en una mazmorra si no iban camino del otro mundo?

—No puedo creer que falten de tal modo á sus palabras, que aunque infieles, hay entre ellos quien tiene el corazón muy noble.

—¿No lo creéis? Pues dirigid los ojos hacia arriba, y ved lo que viene por aquellos montes.

—Por San Pedro y San Pablo que es verdad.

—¡Mirad! ¡Mirad!

Una inmensa muchedumbre de moros se precipitaba á rienda suelta desde el monte en que está situada la población hacia la parte por donde iban los once cristianos, sin que lo escarpado y peligroso del terreno contuviera á sus corceles, acostumbrados á correr por él como por la más hermosa llanura.

—¿Qué debemos hacer?

—Tan inminente y cercano es ya el peligro, que á pesar de mis propósitos, conociendo que de nada nos aprovecharía el huir y que echaríamos sobre nosotros una mancha inútil de cobardía, creo que debemos pararnos y aguardarlos en nombre de Dios —dijo Garci-Pérez, sin que su acento revelase la más mínima emoción.

Los moros se acercaban con rapidez.

—Caballeros—exclamó don Garci volviéndose hacia los suyos—, la muerte es inevitable, porque nada somos para resistir ese torrente que dentro de algunos instantes se habrá precipitado sobre nosotros; pero tengamos valor, y enseñemos á esa canalla cómo mueren los cristianos de Castilla.

—Sí—contestó toda aquella reducida tropa con firmeza—, muramos como valientes.

—Pues acometámosles primero, y empiece la lucha cuanto antes. En nombre de Dios, ¡á ellos!

—¡Santiago y Castilla!—dijeron todos once.

Y metiendo espuelas, se precipitaron al encuentro de la multitud de enemigos que contra ellos venía.

—Rendíos, nazarenos, y se os conservarán las vidas—gritó, cuando ya estuvieron cerca, el que parecía jefe de los moros—. ¡Rendíos!

—¿Quién es el que se atreve á intimar la rendición á don Garci-Pérez de Vargas?—respondió éste con voz de trueno.

—¡Viene ahí don García! Parad—dijo el moro.

Todos los que tras él venían contuvieron sus caballos á pocos pasos de los once valientes.

—Aquí vengo—contestó el hermano de Machuca haciendo parar á sus compañeros con una seña y adelantándose solo.

—¡Mi señor don Garci!—exclamó el moro con alegría bajando de su caballo y corriendo hacia él—¿no me conocéis?

—No, por Dios.

—Vos me rescatasteis del cautiverio en que gemía en Burgos. Si sois tan generoso que olvidais el bien que hacéis, yo no soy tan ingrato que eche de la memoria el que he recibido. Venid, si queréis, á Carmona, donde seréis tratado como merecéis.

—Hasta Córdoba me es imposible detenerme.

—Pues id con Alá, que yo con los míos os acompañaré mientras pueda; que tropas como estas que yo mando, habéis de encontrar á cada paso, y no en todos os estará el jefe obligado.

—Bien dice mi mujer, Mendo amigo: «Haz bien sin mirar á quien.»

Moros y cristianos continuaron en buena compañía por espacio de algunas leguas, sin que les molestasen las muchas partidas moriscas que á cada momento encontraban, mientras Garci-Pérez y el jefe de los musulmanes seguían juntos el camino, ocupados en sabrosas pláticas.

—Aquí tengo que separarme de vos—dijo el último, tirando de las riendas á su caballo.

—Gracias por el servicio que me habéis prestado, y adiós.

—Nuestros caballos están más descansados que los vuestros; tomad los mejores que llevamos, puesto que vuestro viaje será tan largo y penoso.

—Gracias, Zaide.

Los once jinetes cabalgaron en los arrogantes potros de los moros, y después de despedirse de ellos, se alejaron rápidamente, perdiéndolos de vista cuando el primer rayo del sol vino á dar vida y gala á la campiña.

—Haz bien sin mirar á quien—dijo Garci-Pérez alegremente.

—Tal dice mi mujer, y me voy convenciendo de que á pesar de eso es una verdad.

—Picad los caballos, que es preciso aprovechar el día.

Y así conversando, corrieron dos leguas más.

—Segunda aventura—exclamó Fortún.

—¿Qué dices?

—¿No véis allá á lo lejos catorce ó quince moros que hacia nosotros vienen?

—Los rayos del sol no me permiten ver nada por esa parte.

—¿No distinguís la polvareda que sus caballos levantan?

—¡Sí, por Santiago! Pero tal vez sean los de Benalbamar, que desde Ecija se dirigen á nuestro campamento.

—Tanto monta. Preparémonos, que de todas maneras habrá que combatir.

—Pues el rey de Granada ¿no es aliado y tributario de don Fernando?

—Sí que es.

—¿Y no le acompaña con sus huestes en el campo de Sevilla?

—También.

—¿Pues qué tenemos que temer de los suyos?

—Todos esos perros, por más que la necesidad les obligue á disimularlo, odian hasta el nombre de cristiano, y viéndonos en un paraje tan solitario no tendrán reparo en acometernos.

Los moros, en número de diez y ocho ó veinte, avanzaban en buen orden hacia los cristianos en actitud hostil.

—¡A escape!—gritó Garci-Pérez—. ¡A escape!

—Paréceme que no le tendremos, y que habrá que apelar á las armas para abrirnos camino.

—¡Por el Apóstol Santiago! Tanto mejor, amigo Fortún; porque llamarse Vargas y correr ante los infieles, son dos cosas que se avienen muy mal.

Los enemigos ocuparon el camino por donde precisamente habían de pasar los bravos jinetes antes que éstos llegasen á él, é hicieron alto esperando tranquilamente á que llegasen.

—Han llegado antes que nosotros, y no podremos pasar sin romper algunas lanzas. Tanto mejor.

—Tanto mejor—repitieron los soldados en coro.

Y aguijoneando de nuevo sus caballos y requiriendo lanzas y espadas, se lanzaron fuertemente contra los infieles, que los esperaban á pie firme.

—¡Santiago y Castilla!—gritaron los once á la vez, cuando se hallaban á dos pasos de sus contrarios—. ¡Santiago y Castilla!

Tan terrible fué el choque de los dos pequeños escuadrones, que el ruido de las lanzas al encontrarse con los escudos y armaduras atronó por algunos instantes la campiña, cubriendo las fuertes pisadas de los caballos y los ayes de los que mal heridos ó muertos vinieron á tierra.

Transcurridos algunos momentos que la polvareda que los caballos levantaron al embestir se disipó, pudieron conocerse los efectos de la pasada embestida. Cuatro de uno y otro bando yacían derribados por tierra, y otros tantos caballos vagaban sin jinete por la extensa llanura, que el sol principiaba á colorear, dándola un aspecto tan dulce y tan risueño que nadie la creería destinada á ser teatro de escenas como la que en aquel instante se representaba.

Los diez cristianos, formando un círculo en derredor de su compañero muerto, presentaban por todos lados las puntas de las lanzas á los moros, que furiosos con la pérdida de tres de los suyos se lanzaron á la vez sobre la reducida hueste de Garcipérez.

—¡A ellos, en nombre de Dios y Santiago!—gritó el valiente mancebo recibiendo una lanzada en su escudo y botando con otra de la silla al que le acometía.

—¡Santiago, Santiago!—exclamaron todos precipitándose en masa sobre sus contrarios.

La lucha general se convirtió en diez particulares, en las que cada uno de los de don Garci tenía al frente uno ó dos musulmanes.

—Animo, hijos míos—decía el hermano de Machuca, mientras que, hostigado por dos moros, apenas acertaba á evitar la multitud de golpes que sobre él llovía.

Fortún, á quien había tocado en suerte el jefe de la tropa enemiga, conociendo la inferioridad de sus fuerzas para luchar con tan terrible contrario, había apelado á la astucia; y evitando cuidadosamente sus embestidas, caracoleaba en torno de él, aguardando un momento favorable para atacarle.

—Cobarde sin Dios y sin ley—decía—, acércate, si eres capaz, á Fortún Paja, que á buen seguro que no te alabarás mucho de ello.

El moro corría tras él bramando de coraje; pero el bufón, confiado en la ligereza de su corcel, ya se precipitaba como el rayo sobre su imponente enemigo amagándole con su lanza por el frente, ya huía y dando una vuelta veloz como el pensamiento, se le presentaba por la espalda, para retirarse de nuevo y dar otra falsa acometida por un lado.

—¡Cobarde!—exclamaba el moro, exasperado al verse objeto de tan extrañas burlas—; acércate y probarás cómo todas tus estratagemas no bastan á sacarte con vida de mis manos.

—Todo se andará, apreciable señor—contestó el loco riendo á carcajadas—; todo se andará. Cuando vuestro corcel, que no tiene la mitad de la fortaleza que el mío, esté suficientemente cansado, tendré el gusto de enviar vuestra alma á los infiernos, y de hacer un obsequio á los buitres con vuestro cuerpo.

—¡Por el nombre del profeta!...

—No os enfadéis de ese modo, porque váis á descuidar la defensa, y os sucederá más pronto lo que os he predicho.

El jefe musulmán, ciego de cólera, se lanzó como una saeta sobre Fortún, que conociendo su intención revolvió con ligereza el caballo, consiguiendo así quedar á la espalda de su enemigo, que no pudo contener el suyo á tiempo.

—Este es el momento de que os hablaba—dijo el bufón, precipitándose sobre él y arrancándolo de la silla con su lanza.

El moro vino á tierra murmurando una maldición; levantóse sacando la cimitarra, dió algunos pasos hacia Fortún, que le esperaba prevenido, vaciló un momento, sintiendo extenderse una nube sobre sus ojos, y cayó arrojando un torrente de sangre por la boca.

—Hasta la vista—gritó Paja—, y agúrdame por allá muchos años. Vive Dios que lo he hecho como un cuerdo, y que he despachado pronto mi parte. Veamos quién se halla más apurado para prestarle auxilio.

Y abarcando con una mirada todo el teatro de la lucha, permaneció un momento indeciso sin saber adonde dirigirse.

Difícil era en efecto decidir en aquella situación. Cuatro cristianos y nueve moros quedaban con vida, combatiendo cada uno con dos, á no ser Garci-Pérez, que tenía tres á su frente.

—Don Garci tiene un contrario más que cualquiera de los otros—pensó Fortún—, y naturalmente debo ponerme á su lado; pero también es verdad que un hombre que se apellida Vargas vale

por muchos hombres, y que al parecer está ileso, cuando hacia la derecha veo á mi amigo Mendo que debe estar malherido ó muy fatigado, según lo mucho que cuida de defenderse y lo poco que piensa en ofender.

Entretanto Garci-Pérez, acosado incesantemente por los tres musulmanes, hacía retroceder á su caballo, temiendo verse envuelto por ellos y morir sin matar, acometido por todos lados. Su corcel, herido en el pecho, derramaba un río de sangre, y con la torpeza de sus movimientos anunciaba á su jinete que pasados algunos instantes dejaría de existir. Garci-Pérez, conociendo que no tenía tiempo que perder, hincó las espuelas al noble animal y se lanzó sobre el que más cerca estaba, botándolo de la silla, mientras que otro de sus contrarios hundía el hierro de su lanza en las ancas de su pobre corcel.

El buen caballero, ya sin esperanza, evitó un segundo golpe lo mejor que pudo, y tendiendo en derredor una angustiosa mirada, vió al bufón que acababa de decidirse á socorrer á Mendo, y corría hacia él.

—No me ha visto—exclamó desesperado.

Sus dos contrarios, conociendo lo crítico de su situación, le embistieron con nueva furia.

—¡Santiago y los Vargas!—gritó queriendo correr hacia ellos.

Pero por más que rasgaba los ijares del pobre corcel, no conseguía hacerle dar un paso. Las lanzas de los moros chocaron con su escudo, y faltó su caballo de fuerzas para resistir tan terrible golpe, cayó derribado sobre los cuartos traseros.

—¡Fortún!—gritó Garci-Pérez con angustia.

CAPITULO XXIII

Donde se cuenta el fin de una aventura que era principio de otra.

¡Un jardín árabe! ¿Sabéis toda la poesía, todos los recuerdos que encierran sus revueltas calles, que ayer hollaron las plantas de las sultanas, y sus misteriosas fuentes, que aún repiten en blando murmullo los apasionados juramentos de amor que hace poco escuchaban? Frescas enramadas, sombrías alamedas, caprichosos surtidores, rosas y jazmines, grutas y arroyuelos, he aquí lo que por todas partes se encontraba en el delicioso verjel del palacio de doña Blanca.

Eran las doce de uno de los más calurosos días de Mayo, y una inmensa multitud de pájaros de diversos y brillantes colores, huyendo los ardientes rayos del sol, se habían refugiado en la arboleda, meciéndose en las copas de los naranjos al arrullo de sus suaves gorjeos, cuando Elvira y doña Blanca salieron á esparcir sus dolores por aquellas sombrías y encantadoras calles.

—Aún recuerdo el horóscopo del astrólogo, y nunca podré echarlo de la memoria—decía la primera.

—Y qué, ¿os afligís si en esa predicción iban envueltos el bien y el mal? Los males ya han pasado. ¿Quién sabe si presto lucirá para vos la aurora de los bienes? ¿No os dijo que por el caballero encubierto que os sacó del poder de los moros os vendrían grandes desgracias?

—Así fué.

—¿No habéis pasado mucho tiempo deshecha en lágrimas, confirmando esa aserción?

—Sí, por cierto.

—Pues si en esto acertó, ¿qué mucho que no yerre en las dichas?

—Tendríais razón, si alguna pudiera haber en el mundo para mí. Sola con este vano recuerdo de un amor que dolor debiera llamar, ora cautiva, ora lejos de mi padre, por quien siempre estoy temiendo, ¿qué esperanzas me quedan en la tierra?

—Hay un Dios en el cielo que nos manda esperar.

—¿Y quién dice á su corazón «vive», cuando su corazón está muriendo?

—¿Quién os ha dicho que presto no habéis de volver á encontrar ese desconocido á quien tanto amáis?

—Y aunque lo encontrara, ¿no sabéis que hay en mi corazón una lucha terrible, y que, confundida por una semejanza ilusoria quizá, le amo y le odio á la vez?

Un ligero ruido que á su espalda oyeron, las hizo volver precipitadamente la cabeza; y en el extremo de la alameda por que paseaban, vieron cuatro hombres armados de punta en blanco, que con las plumas rotas y los petos abollados, señales inequívocas de un reciente combate, se dirigían hacia ellas.

—¡Él es!—dijo doña Elvira lanzando un grito y cayendo desmayada en los brazos de su amiga.

—¡Elvira! ¡Socorro!—exclamó doña Blanca atribulada.

Uno de los caballeros, apresurando el paso, llegó un momento después al lado de las dos damas.

—¿Qué sucede?—dijo sin alzarse la celada.

—Esta doncella...

—¡Ella es!—exclamó el caballero fijando los ojos en el pálido rostro de doña Elvira.

Y arrancándola de los brazos de la viuda de don Alvar, corrió con ella hacia una fuente cercana.

—Señora, señora de mis ojos, á quien tanto tiempo he llorado perdida—decía rociando su cara con agua—, ¿es posible que os vuelvo á encontrar, y que os hallo cercana á la muerte, para colmo de dichas y de pesares? Volved en vos, señora mía; volved en vos, y abrid esos hermosísimos ojos para mirar una vez siquiera á éste vuestro caballero, que no vive sino mirándoos, que no piensa sino en vuestra hermosura; volved en vos, aunque para ello haya yo de morir, que mil vidas perdiera de buen grado por ahorraros el más leve de los pesares.

Doña Blanca y los otros tres caballeros llegaron á la fuente cuando la bella niña, recobrando el sentido merced á la frescura del agua con que no dejaba de rociarla el encubierto, abría sus divinos ojos para fijarlos en él con extrañeza, como si no comprendiese bien lo que pasaba.

—¿Estoy soñando?—dijo, por fin, con voz débil.

—Yo sí que debo estarlo—contestó el que en sus brazos la tenía—; porque ser mirado por vos y miraros, delirio debe ser más que realidad.

Y absorto en contemplarla y olvidado de cuanto en su derredor pasaba, cada vez se embebecía más y más en su contemplación.

—¡Caballero!—exclamó doña Blanca acercándose.

—¡Caballero!—dijo la doncella escapándose de sus brazos avergonzada. ¿Qué significa esto?

—¿Qué buscáis aquí, y cómo disculpáis vuestros atrevimientos?

—La respuesta que puedo daros, en prueba de la

rectitud de mis intenciones, es esta—contestó tranquilamente, alzándose la celada.

—¡Don Garci-Pérez de Vargas!

—¡Mi desconocido de Burgos!

—Un Vargas no puede abrigar pensamiento que honrado no sea, y cuando se duda de sus intenciones no tiene más que mostrar su rostro.

—¡Es la voz del que me salvó en Jerez!

—Sí; en aquella gloriosa noche, que nunca se irá de mi memoria, gocé la suprema dicha de encontraros y el horrible pesar de perderos.

—¡Por el alma de mi padre, que bien lo ha llorado el pobre señor!—dijo uno de los armados que detrás estaban, que no era otro sino nuestro antiguo amigo el bueno de Fortún Paja—. Cuando volvimos á la ermita del malaventurado Agatín, que Dios haya perdonado, y no os hallamos en ella, pensé que moría de la pesadumbre, y que el triunfo de la media luna era seguro con la pérdida del primer adalid de la cruz.

—¿No fuisteis vos, pues, el que me llevó á la torre de Melgarejo?

—¡Yo!

—¡Bien debí haberlo conocido al notar el cambio de maneras y de voz!

—No sé lo que después de mi partida sucedería, y me pierdo en un mar de confusiones que espero que pronto desvaneceréis; pero os juro por la cruz de esta vencedora espada, que desde que de vos me partí no os he vuelto á ver hasta ahora; y aunque no es de nobles atestiguar lo que dicen, aquí tenéis á Fortún Paja, que con nosotros iba, que no me dejará mentir.

—Sí que es cierto cuanto ha dicho, aunque no soy

nada para poner un sello á las palabras de tan buen caballero.

—¿Aún vivís?—dijo doña Elvira asombrada, mirando fijamente al bufón.

—Sí que vivo, para mal de los moros; y no recuerdo haber muerto nunca, á lo menos que yo sepa.

—Gracias sean dadas al Señor, porque os creía muerto y he rezado ya muchas veces por vos, recordando lo que os debo.

—Eso tengo adelantado para cuando deje la vida.

—Si vuestras palabras no me hiciesen creerlos ciegamente—dijo la doncella fijos los ojos con amor en Garci-Pérez—, la presencia de este buen escudero bastaría á convencerme. El villano que para volverme á vender á los infieles me sacó de aquella casa, me aseguró que Fortún había perecido en una escaramuza hacía pocos momentos.

—Tal cariño me tendrá el bellaco cuando, ya que no con las manos, me mataba con la boca.

—Es preciso aclarar quién fué ese malandrín mal nacido—exclamó don Garci, meditabundo.

—Vamos al desempeño de nuestra comisión, que el tiempo corre, y luego lo tendremos para eso.

—Tienes razón, Fortún, por más que me pese el conocerlo. Doña Blanca, necesito ver á la hija de don Mendo de Lara.

—Viéndola estáis.

—¡Vos!— exclamó Garci-Pérez anonadado, mirando á doña Elvira—. ¿Sois vos la hija de don Mendo de Lara.

—Sí soy.

—Siempre tras la felicidad viene la desdicha; nunca viene la vida sin la muerte.

—¿Qué queréis decir?— preguntaron asustadas

por su lúgubre acento la doncella y doña Blanca.

—Que después de una noche interminable, vi brillar el sol ardiente y puro en medio del cielo, y que una nube me ha ocultado para siempre ese sol.

—No os comprendo.

—Y mejor es que no me comprendáis—dijo el buen caballero, sumido en el más profundo dolor. —¿Sois vos la hija de don Mendo de Lara?

—Ya os lo he dicho. ¿Ha sucedido algún mal á mi padre?—dijo Elvira con ansiedad, asaltada de un nuevo temor.

—No sé cómo deciros lo que pasa, mucho más siendo tan breves los instantes de que podemos disponer.

—Hablad.

Garci-Pérez comenzó á referirle cuanto en Sevilla pasaba, aunque sus pesares apenas le permitían hablar, escuchándolo doña Elvira deshecha en lágrimas.

—Partamos—dijo cuando el buen caballero puso fin á su relato.

—¿Y no conocéis á lo que váis expuesta, teniendo que atravesar un terreno ocupado por los enemigos?

—Nada puede deternerme tratándose de correr al lado de mi padre. Vamos.

—Las armaduras de estos caballeros, abolladas por todas partes, manifiestan bien á las claras que para llegar hasta aquí se han abierto camino con sus espadas.

—A esta que me dió el rey Fernando, y á ese buen escudero, debo la vida, que ayer la hubiera perdido en un combate á no ser por su poderosa ayuda.

—No os acordéis de eso —dijo tímidamente Fortún.

—Cuando mi caballo vino á tierra, si no me socorres con tanta prontitud, imposible me hubiera sido el defenderme, en lo que tal vez hubiera ganado.

—Vamos, volemós, que los instantes me parecen siglos—dijo Elvira.

—Id en nombre de Dios—exclamó solemnemente doña Blanca, que ya sé que con don García va segura vuestra honra.

—Momentos después salía de Córdoba una silenciosa cabalgata camino de Sevilla.

CAPÍTULO XXIV

A orillas del Genil.

No lejos de Écija y en las riberas del poético río de las leyendas y los romances moriscos, rodeadas de sauces y álamos negros, se veían las solitarias ruinas de un gran molino, que en aquellos tiempos de turbulencias y desórdenes servían ordinariamente de guarida á algunas de las numerosas bandas de salteadores que infestaban el país. Eran las doce de la noche, y la luna, brillando en medio de un cielo azul y despejado, las bañaba dulcemente con sus pálidos rayos, comunicándolas un aspecto sombrío y melancólico á la vez, que aumentaba más y más el murmullo del río y del viento al mecer las copas de los árboles, y el rielar del astro de la noche sobre las plateadas aguas del Genil.

Dos ballesteros, al parecer centinelas de los que entre los escombros debían estar ocultos, conversaban amistosamente, sentados en unas piedras que en la arábiga y ruinoso puerta del molino había, subiéndose de vez en cuando sobre ellas, para registrar con los ojos la dilatada campiña, que ante su vista se extendía.

—Por el alma de Satanás, Melendo amigo—decía uno de ellos—, que parece que no estás muy tranquilo según lo frecuentemente que miras hacia atrás.

—Has dado en ello, Fernán; y es como te parece, que me anda no sé qué cosa por acá dentro que me trae muy desconsolado.

—¿Algo de miedo quizá? En verdad que el hallarnos dos hombres solos en este lugar, cuando estamos á punto de ser atacados, también me causa un poco de recelo.

—¡Por Santiago de Compostela! ¿Crees que á Melendo puede ponerle pavor el miedo de enredar una escaramuza? Hijo de tal padre soy, que me matara si hubiese sospechado que eso sería posible.

—¿Pues qué miras con tanto azoramiento hacia atrás? ¿Temes que vengan por ese lado los enemigos?

—Vuelvo á repetirte que Melendo no ha temido peligro que de hombres pueda venir.

—Pues ¿de quién?

—De los que no son hombres.

El que ya conocemos por Fernán lanzó una sonora carcajada, que hizo estremecer á su compañero, diciendo en tono de mofa:

—¿Piensas tal vez que vendrá á atacarnos un ejército de viejas armadas de rucas y cañas de escobas?

—¡Calla por piedad!—murmuró Melendo aterrado.

—Maldito si te entiendo.

—¿A qué mentar las cañas de escobas ni las dueñas en un sitio como este?

—¡Ja, ja! ¿Tienes miedo á las brujas?

—Más bajo.

—Ríome yo de ellas, y de quien en tales patrañas cree.

—Patrañas ó no patrañas, hay quien las ha visto.

—¿Recelas que te atrape por la espalda alguna de ellas?

Melendo volvió bruscamente la cabeza, como si ya sintiese sobre su cuello la descarnada mano de la vieja, y más sereno al ver que no aparecía, contestó:

—Precisamente una bruja no, ni que se apodere de mí. Pero por incrédulo que seas no podrás negarme que hay ánimas en pena, y que este lugar es el más á propósito para encontrarlas.

—De las brujas me río; en cuanto á las almas en pena, mi madre me ha contado muchas veces que las ha visto.

—No hablemos de esas cosas que... ¿Pero no oyes un ruido cercano?—exclamó Melendo levantándose despavorido.

—¡Por satanás y su abuela! ¿No ves que es una cuebra que sale á tomar el fresco desde su escondrijo? ¡Cobarde te has vuelto de algún tiempo á esta parte en lo tocante á espíritus!

—Tengo un vago temor en el corazón que esta soledad, estas ruinas, este murmullo misterioso del viento y de las aguas han aumentado considerablemente. Cuentan de este molino una horrible conseja.

—¡Demonio!—dijo el otro—. ¡Bah! Será algún disparate.

—Dicen... —me aterra solamente el recordarlo— que todos los jueves á las doce de la noche...

—Y hoy es jueves y deberá ser esa hora. ¿Qué dicen?—preguntó el otro con una curiosidad en que no dejaba de revelarse su poco de miedo—. ¿Qué dicen?

—Se me eriza el pelo al pensar en ello.

—Acaba.

—Que de debajo de aquel montón de piedras...

—¿De aquél?

—Sí.

—Sale...

—¿Qué sale?

—Una cabeza de moro que anda con las orejas y habla con las narices.

—¿Qué es aquello que se mueve allí?—dijo Fernán pegando un salto hacia atrás.

—¿En dónde?

—Entre aquellas piedras.

Una nube cubrió en aquel momento la luna, no dejando á los ojos de los ballesteros examinar el objeto que llamaba su atención.

—¡Cristo me valga! Estamos á obscuras y en poder de los espíritus.

—Ya se ve—exclamó el otro respirando con fuerza al mirar desaparecer la nube.

—De seguro algo se mueve hacia aquel lado.

—Desde que ahorcamos á Agatín tengo en el oído sus últimas palabras como un eco lúgubre y lejano, y veo su descarnada faz aparecer ante mis ojos.

Otra nueva nube ancha y negruzca vino á dejar el campo en la más completa obscuridad, helando la

sangre en el corazón de aquellos dos hombres que no hubieran temblado al combatir con veinte moros.

Y la nube pasó, y la luna volvió á lucir.

Los dos valientes ballesteros, trémulos y aterrados, no acertaban á separar los ojos del sitio en que creyeron ver moverse un objeto.

—Si apareciese la cabeza encantada, andando con las orejas y hablando con las narices...

—Huyamos de aquí.

—¿Qué dirán de nosotros, si abandonamos el puesto? Dirán que hemos temido, y más vale morir de espanto, que dar lugar á que murmuren semejante cosa.

—Quedémonos, pues; pero no calles, que el silencio me infunde más pavor.

Otra nube cruzó el horizonte y veló la luz.

Y pasada aquella, vino otra.

Y otra le siguió á los pocos momentos.

Y así se sucedían con rapidez negras y pesadas, lúgubres y fantásticas.

En los momentos que dejaban despejada la luna, el rayo que caía sobre las ruinas rielaba de un modo extraño en todos los objetos.

Los dos ballesteros se sentían aterrados por aquella rápida sucesión de luz y tinieblas, que en un lugar semejante, y preocupado el espíritu por iguales consejas, hubiera puesto pavor al hombre menos supersticioso.

—¡Por Jesús y su Santa Madre! ¿No ves la multitud de visiones que pasan por el río?

—¡Dios nos acorra!—murmuró el otro.

Y ambos cayeron de rodillas.

—Deben ser diablos.

—O tal vez almas en pena.

—¡Dios de salvación! Mira, ahora pasa la terrible cabeza. ¿No ves cómo camina sobre las orejas?

—Sí que veo, y si el Señor no nos ayuda será la última cosa que veré en el mundo, porque la muerte no debe andar muy lejana.

—Esto nos sucede por haber ahorcado al pobre Agatín, que bien me lo dice todas las noches cuando se me aparece.

—O por habernos reunido con Gazul y sus moros para una empresa que sólo don Pedro sabe cuál es.

—Mira, ahora pasa un ahorcado por entre dos aguas.

—¡Agatín es!

—¡Melendo!—gritó una voz á lo lejos.

—Me llama. Si hace señas con la mano. ¡Amparadme, Dios mío!

Las nubes que, afectando formas caprichosas, cruzaban el horizonte, reflejándose en las puras aguas del Genil, eran las visiones y los aparecidos que los aterrados ballesteros creían mirar. ¿Quién, cuando dirige los ojos al cielo, no ve en los nubarrones lo que quiere ó lo que preocupa su imaginación?

—¡Melendo!—volvieron á gritar más cerca.

Y el eco de las ruinas, pareciendo el conjunto de cien voces confusas y misteriosas, repitió sordamente:—¡Melendo!

Trémulos y próximos á desfallecer de terror los dos ballesteros, ni á hablar acertaban por más que el silencio que á aquellos gritos sucedía, los amedrentase aún más que los fantasmas que en el río miraban.

—¡Melendo!—gritaron de nuevo.

Y de nuevo los ecos repitieron:

—¡Melendo... endo!...

Los dientes de los soldados chocaban fuertemente unos contra otros, al paso que sus corazones querían salirseles de los pechos.

Y las nubes seguían pasando unas tras otras, siempre negras, siempre lúgubres y confusas.

En el río los fantasmas tomaban cada vez formas más horribles.

De repente, de la parte del molino sonó un rumor sordo y extraño que hizo caer sin sentido á Melendo, y un rayo de luna, pasando por entre dos nubarrones, iluminó claramente un ave de rapiña que de entre un montón de piedras se levantó.

El pájaro se cernió un momento sobre los atribulados ballesteros, causando un gran ruido al batir las alas, y se alejó lanzando un graznido, cuando una nueva masa de vapores veló la luz, dejando campo y ruinas en la más completa obscuridad.

CAPÍTULO XXV

De cómo, contra lo que se acostumbra, salen los moros vencedores.

Entretanto, la cabalgata que salió de Córdoba avanzaba precipitadamente hacia el Genil, sin que las penas que encerraban los corazones de Garcipérez y doña Elvira les permitiesen desplegar los labios, ni menos escuchar la conversación que en voz sumisa entablaba Fortún con los cuatro soldados que le seguían.

Mucho tiempo había transcurrido así, cuando don

Garci, que al lado de la hija de don Mendo caminaba absorto en sus pensamientos, rompió el silencio.

—¿Conocéis á mi hermano don Diego?—dijo haciendo un esfuerzo para ocultar sus emociones.

—¡Sí le conozco.

—¿Y sabéis cuánto os ama?—dijo Garci después de una larga pausa.

—Muchas veces me ha dado á entender que soy señora de sus pensamientos. Él me salvó en la peña de Martos como vos en Jerez.

—Él se arriesgó por salvaros, y yo entré en aquella ciudad por añadir un laurel más á mi corona. ¿Queréis mucho á mi hermano?

—¿Qué me preguntáis de amor vos, que sólo véis la dicha en los combates?

—¡Es verdad, es verdad! Yo jamás he amado.

—Y volvieron á correr y á guardar silencio.

—Paréceme imposible que ha de llegar el momento de ver á mi padre— dijo doña Elvira tratando de dar otro giro á sus ideas, porque sentía remordimientos al pensar en amores cuando don Mendo tal vez agonizaba.

—En el real, mezclados con las penas, os aguardan grandes placeres.

—Sí, veré á mi padre.

—Y á don Diego.

—No pensaba en él.

—Pues sois injusta, porque mi hermano jamás os echa de la memoria. ¡Va á ser tan feliz sólo con poder miraros! No sabe hablar sino de vos y de vuestra hermosura.

—Callad, que me estáis matando.

La indiferencia con que al parecer le hablaba del amor de otro, el hombre á quien había dado su co-

razón, hería en el alma á la pobre niña, que apenas podía ya resistir tal cúmulo de dolores; pero Garcí-Pérez interpretó su pesar de otra manera, y haciéndose nueva fuerza para disimular su pasión, le dijo:

—¿Teméis tal por la palabra que vuestro padre tiene empeñada á Guzmán? Yo os juro que sabré deshacerla, y que seréis feliz con mi hermano, por la cruz de esta noble espada.

—¿Y quién os ha dicho que yo le quiero?—exclamó involuntariamente doña Elvira.

—¿Conque...?

—¡Señor!—dijo Fortún aproximándose rápidamente—, el Genil se divisa á lo lejos, y en sus orillas se ven vagar una multitud de bultos que si no me engaño son otros tantos enemigos.

—Pues buen ánimo, y portémonos como valientes—contestó Garcí-Pérez reponiéndose.

—¿Lo véis?

—Me parece que sí.

Doña Elvira, asustada, miraba, sin ver, á todas partes.

—Mirad lo que os decía—murmuró Fortún señalando á un jinete que, arrancando de entre unos árboles inmediatos, corrió velozmente hacia Écija. Es un espía que va á avisar.

—Bien. Señora, tal vez está próximo un combate, y no quisiera que corrieseis los azares que á las cosas de guerra son consiguientes. Subid en el caballo de Fortún, que mientras nosotros contenemos al enemigo, él sabrá ponerlos en salvo.

—Perdonad, señor caballero; pero buena ó mala, feliz ó contraria, la suerte que corráis en esta pelea será la que seguiré.

—Pensad...

—No pienso más sino que si vos murieseis por salvarme, la vida me pesaría.

—¿Qué decís?

—Lo que siento, y no puedo disimular en estos supremos instantes.

—¡Doña Elvira!

—¡Callad, por todos los santos del cielo!

—Callaré—contestó Garci-Pérez gozoso al par que triste por el recuerdo de su hermano.

—Si habéis de salvar á esa dama, sólo en huir tenéis que pensar.

—Es cierto. Toma esta espada, Fortún, que eres bien digno de llevarla, y no quiero que se corra de verme correr.

—Gracias, señor, por merced tan alta—exclamó el bufón agradecido—. Yo os juro por ella que sabré morir antes que rendirla.

.
Un momento después Garci-Pérez, con doña Elvira en los brazos, avanzaba velozmente hacia el molino, seguido de los suyos. Una nube acababa de cubrir la luna, y tanta era la obscuridad de la campiña, que por más que procuraba sondearla con la vista, nada percibían sus ojos, si bien los oídos escuchaban en aquella dirección un confuso tropel de caballos, que haciéndole conocer la superioridad numérica de sus contrarios, llenaba su pecho de temor por la mujer á quien amaba.

—Ya se acercan, Gazul. ¿No oyes los pasos de los corceles?—decía don Pedro de Guzmán.

—Gracias al profeta, que después de haber andado toda la noche buscándolos por la campiña, venimos á encontrarlos donde primero estuvimos apostados.

—No ha sido mala suerte que se nos ocurriera volver aquí.

—Hoy me pagará ese altivo don Garci la traición con que me tomó mi torre.

—También debe venir con él el bufón—dijo don Juan.

—Tanto mejor, amigos míos, que ese villano, poniéndome en estado de no volver al ejército de Benalbamar allá en Martos, me ha hecho encerrarme en Sevilla y perder lo mucho que ganado tenía con aquel monarca.

—Yo también voy á vengarme—dijo don Pedro con alegría—. Desde niño, mi padre alimentó en mi corazón el odio contra los Vargas, por las ofensas que del suyo recibido había; y las muchas que después me han hecho, convirtiendo este odio en la única pasión de mi vida, me impulsan de tal suerte á tomar venganza, que sólo en esta idea vivo y aliento.

—¡Santiago y Castilla!—gritaron con acento atronador á pocos pasos.

Y un grupo de jinetes se precipitó á rienda suelta en las ruinas, mientras por el lado opuesto, en dirección del río, se oía la veloz carrera de un caballo.

—¡Uno se escapa!—gritó Guzmán.

Gazul, seguido de seis ú ocho moros, partió al escape hacia el lado donde se escuchaban las pisadas, mientras don Pedro y don Juan, á la cabeza de cuarenta ó cincuenta soldados, cercaban á los cinco valientes que en medio de las sombras, sin saber dónde dirigir sus golpes, daban tajos y lanzadas al aire.

Pero la luna brilló en el cielo.

—¡Santiago y Castilla!—gritó una voz atronadora en la que hubiéramos conocido al bueno de Fortún.

—¡Santiago y Castilla! — repitieron sus cuatro compañeros.

Entonces, encomendando á Dios sus almas, trataron los cercados de romper la línea de enemigos que á su paso se oponía. Tan terrible fué el choque, que por un momento aquellos hombres, sin esperanza ya de salvar la vida, creyeron escapar, viendo que los contrarios perdían terreno. Pero acometidos por todas partes, se vieron obligados á retroceder bien pronto, quedando dos de ellos sin vida y mal heridos los tres restantes.

—¡Ánimo y adelante! — gritó de nuevo Fortún.

Y de nuevo retrocedió con otro compañero, dejando derribado por tierra al que con ellos iba.

—¡Que no se nos escapen! — decía Guzmán —. ¡Que no quede uno con vida!

—Muramos como buenos, Mendo amigo — gritó el bufón al que le acompañaba —. ¡Santiago y adelante!

—¡Adelante! — repitió Mendo avanzando á su lado.

—¡Santiago y Castilla! — gritó el bufón botando de la silla al que más cerca tenía.

—¡Santiago y Cast...! — repitió Mendo, cuando la lanza de don Juan, rompiéndole el corazón, le hizo venir al suelo sin concluir la frase.

—¡Santiago! — dijo Fortún retrocediendo.

La luna volvió á ocultarse detrás de unas nubes y ya nada pudo verse, aunque el rumor de armas que se sentía daba á conocer que todo el escuadrón en masa cargaba al pobre Fortún. Un momento después se oyó el ruido de un cuerpo al caer en tierra; los gritos del bufón cesaron y el rumor de la pelea dejó de oirse.

—Veremos si Gazul puede decir otro tanto.

—Quiéralo Dios, don Pedro.

La nube pasó, y los rayos de la luna, cayendo lúgubrementemente sobre los denegridos escombros del molino, iluminaron aquella horrible escena. En medio de treinta ó cuarenta jinetes y peones que exhalaban salvajes gritos de triunfo, se veían once cuerpos sangrientos y sin vida arrojados por el suelo, entre los que hubiéramos podido ver el de nuestro pobre Fortún Paja.

—El triunfo ha sido completo—dijo Guzmán después de recorrer con la vista el teatro del combate.

.
Entretanto Garcí-Pérez, con doña Elvira en los brazos, destrozaba los ijares á su caballo y corría como una saeta por medio de los campos, sin saber adónde se dirigía.

—Valor, señora, que Dios sabrá salvarnos de este lance—decía.

—No me falta, y espero como vos en la divina Providencia. ¿No escucháis á lo lejos los gritos de vuestros escuderos y el rumor del combate?

—Es la voz de mi valiente y leal Fortún. Quiera el Señor que pueda volver á verlo.

—¿Oís?

—Sí. Ya los gritos no resuenan tan fuertemente.

Y atentos á escuchar los rumores, cada vez más lejanos, de la pelea, no volvieron á despegar los labios sino para acelerar la carrera del generoso corcel.

De repente don Garcí creyó oír pisadas de caballos á su espalda, y asiendo de la espada, apretó contra su pecho á doña Elvira, hundiendo las espuelas en los ijares de su trotón.

Pronto conoció que no se había equivocado.

—¿Oís?—exclamó doña Elvira aterrada.

—Sí—contestó Garci-Pérez tratando de disimular sus temores—, es el rumor del viento que mece las copas de los árboles.

—No; son pisadas de caballos.

—Callad, por Dios.

Y siguieron corriendo en silencio, escuchando cada vez más cercano el tropel de la caballería.

Esta angustiosa situación duró más de un cuarto de hora, pasado el cual el ruido del combate cesó enteramente, escuchándose cada vez más cercanas las pisadas de los corceles.

—Los han vencido—pensó Garci-Pérez desesperado—y dentro de pocos momentos también con esta dama habré caído en su poder.

—¿Pero no escucháis?—exclamó Elvira en voz baja y trémula—. Este rumor se acerca por instantes.

—¿A qué disimularlo ya?—contestó el noble mancebo, presa del más horrible dolor. Estamos perseguidos de cerca y no tenemos esperanza de salvación si saliendo la luna se disipan las tinieblas que á los ojos de nuestros perseguidores nos encubren.

—¡Dios mío!

La luna pura y brillante salió de entre un grupo de nubes, iluminando dulcemente la extensa llanura.

—¡La luna! ¡Estamos perdidos!

—Mirad—exclamó ella—, mirad á nuestra espalda. Una multitud de jinetes vienen tras nosotros y se nos acercan por momentos.

Don García volvió la cabeza y vió aterrado á corta distancia diez ó doce moros que, con Gazul á la cabeza, avanzaban velozmente hacia ellos.

—¡No nos queda esperanza!

—¡Amparadnos, Virgen Santa!—exclamó la pobre niña.

—Maldecidme, Elvira—dijo Garci-Pérez—; maldecidme, porque mi malhadado afán de aventuras es lo que ahora os pone en esta terrible situación.

—¡Maldeciros yo!

—Sí.

—Estamos tan cerca de la muerte, que la confesión que voy á hacer os no parecerá liviana, como sucedería en cualquier otra situación.

—Hablad.

—Lejos de maldeciros, lejos de odiaros, os amo como jamás mujer ninguna amó á un hombre; os amo...

—¡Elvira!

—Os amo desde que en Burgos os vi por vez primera, y desde entonces he llevado vuestro recuerdo en la mente y vuestra querida imagen en el corazón.

—Y yo, alma mía, cercano á la muerte, cuando mis palabras no pueden ofender en nada á mi hermano, porque son palabras salidas casi de la tumba, te juro delante de Dios que has sido la única mujer que he amado; que desde que te vi en Jerez no ha habido para mí sosiego y que doy por bien empleada mi vida si por perderla escucho esa confesión de tus labios.

—¡Callad! Los enemigos se acercan más cada vez.

Garci-Pérez volvió la cabeza, y los miró ya á pocos pasos.

—¡Morir cuando á vivir empiezo!—dijo con acento desgarrador.

El caballo de don Garci, sintiendo detrás las pi-

sadas, hacía esfuerzos sobrenaturales por continuar su carrera; pero más cansado que los de los que le perseguían, perdía terreno á la par que éstos lo ganaban.

—¡Ríndete, nazareno!—gritó Gazul, ya á pocos pasos—. Ríndete, y te conservaremos la vida.

Y el noble mancebo seguía metiendo espuelas á su caballo, sin contestar.

De repente, separando los ojos de sus perseguidores, los dirigió hacia adelante, y vió con terror á corta distancia una masa movible y brillante que le cerraba el paso.

—¡El Genil!—exclamó aterrado. Y tiró de las riendas á su corcel.

—Si estáis decidido como yo á morir, antes que caer en manos de los infieles, no contengáis la carrera, y aneguémonos en las aguas del río—dijo doña Elvira con esa serenidad que da el convencimiento de la muerte.

—¿Qué dices?

—Que prefiero perder la vida á pasarla sin honra en el cautiverio.

—Muramos pues—exclamó don Garci, aguijoneando de nuevo á su caballo.

—Gracias—dijo doña Elvira moviendo sus labios en ferviente súplica.

—Ahora venga la muerte, ya que nada hay que esperar en la vida.

—Pensemos en Dios.

—¡Rendíos!—volvió á gritar Gazul.

Los dos amantes, elevadas sus almas al cielo, ni siquiera oyeron las palabras del moro. Entretanto la carrera de los caballos era cada vez más veloz, y las distancias se acortaban por momentos.

La luna brillaba pura y reluciente en medio de un cielo cubierto de nubarrones.

Y el Genil manso y apacible murmuraba dulcemente á corta distancia.

El caballo de Garci-Pérez, sin dejar de correr, hundió sus cascos en el agua.

—¡Adiós para siempre, Elvira!—dijo con tono solemne el noble caballero.

—¡Para siempre!

Y callaron y elevaron de nuevo sus almas al Señor.

Su corcel, ya en medio del río, hacía terribles esfuerzos para resistir la corriente que le arrastraba, cuando Gazul y sus soldados llegaron á la orilla.

—Deteneos. El agua los arrastrará dentro de breves minutos, y desde aquí sin riesgo ninguno los veremos perecer—gritó el caudillo morisco á los suyos.

En efecto; el bridón de don Garci, rendido al cansancio, daba bien á conocer en sus violentos esfuerzos y roncós resoplidos que no continuaría mucho tiempo á nado.

—Adiós para siempre—dijeron á la vez los dos amantes.

—Mirad—exclamó Gazul con salvaje alegría.

Sus soldados dirigieron los ojos al río, y vieron flotar por algunos momentos aún á los que perseguían, arrastrados por la corriente. Después... oyeron un horrible grito, y el río volvió á quedar tranquilo y solitario, cuando una nueva masa de vapores vino á empañar los rayos de la luna.

.
Media hora después Gazul y don Pedro se hallaban reunidos á corta distancia del molino, y no le-

jos de ellos sus soldados curaban á los heridos, rodeados á una gran hoguera, cuyos rojos resplandores daban un tinte extraño á sus rostros, brillantes y relucientes en medio de la obscuridad de la noche.

—¿Y qué me decís de Fortún?—preguntó el moro.

—Que estará á estas horas en el otro mundo. Si mal no me engaño, esta espada que ciño es la suya, que recogí del suelo, perdida la mía en el combate. ¿Y Garci-Pérez?

—Preguntad al Genil por él, que solo el Genil puede contestaros.

Los dos amigos se estrecharon las manos con efusión.

—¿Y qué piensas hacer ahora, amigo mío?

—Volver tranquilamente al real á cuidar de don Mendo, y hacerme el más rico de los ricos-homes de Castilla casándome con su hija.

—Pues descansemos, que buena falta nos hace.

—Sí, podemos acostarnos sin remordimientos, que bien hemos ganado algunos instantes de reposo.

Y así diciendo, los dos amigos se encaminaron alegremente hacia la hoguera.

—Tomad los caballos y seguidnos hacia Ecija, que allí tengo buenas amistades y no nos faltará, por lo tanto, donde pasar la noche—dijo Gazul á los soldados cuando se halló cerca de la fogata.

Y cabalgando cada cual en su caballo, los soldados detrás de sus jefes, se encaminaron hacia Ecija en medio de la más profunda obscuridad.

CAPITULO XXVI

De cómo entre las sombras se vió aparecer la cabeza que andaba con las orejas y hablaba con las narices, ú otra visión parecida; que como la noche era tan lóbrega, no estamos seguros de ello.

Cuando don Pedro y los suyos hubieron desaparecido enteramente, se sintió un ligero rumor hacia la parte del molino, que no dejaba de tener cierta semejanza con el crujido metálico de los anillos de las mallas al chocar los unos con los otros.

Si Melendo y Fernán hubieran seguido su centinela, creyeran ver levantarse de entre los muertos un bulto negro y misterioso, y caminar lentamente en medio de los cadáveres y los denegridos escombros que por todas partes obstruían el paso; pero como se sabía que tanto Fernán como Melendo eran muy dados á quimeras, nadie hubiera oído su relación con formalidad. Y, sin embargo, esta vez no mentirían, porque, efectivamente, una especie de espectro, á quien la densidad de las tinieblas apenas permitía distinguir, avanzaba poco á poco, saliendo de entre las ruinas hacia la orilla del río. La visión sollozaba á lo que parecía. ¿Era un alma en pena, ó tal vez la cabeza encantada que tanto temieron Melendo y Fernán?

Por algunos instantes se escucharon sus hondos y lúgubres gemidos á lo lejos; después pasaron horas y horas de sombras y silencio, hasta que riendo la aurora en el Oriente, vino á dar luz y vida á la solitaria campiña.

El Genil, alegre y risueño como siempre, no parecía encubrir ningún misterio en sus puras y cristalinas aguas.

La fresca hierba y los hermosos arbustos que por doquiera crecían, llenos de fragantes flores, no mostraban en su verde follaje la menor mancha roja.

Nada quedaba, pues, en memoria de la pasada escaramuza.

Sin embargo, sobre las ruinas del molino se cernía alegremente una numerosa bandada de buitres.

Los buitres son los únicos que salen gananciosos en las batallas.

CAPITULO XXVII

De cómo sentían en el campamento la muerte de Garci-Pérez.

Dos días eran transcurridos desde que pasaron los acontecimientos que acabamos de referir. En la plaza que delante de la tienda del rey formaba el campamento, se hallaban reunidos una multitud de caballeros, en cuyas tristes miradas cualquiera vería fácilmente que algún desgraciado suceso les preocupaba.

—¿No se ha sabido nada aún, don Lorenzo?—preguntaba á Suárez el maestro de Santiago.

—Nada, don Pelayo, y son pasados ya cuatro días desde que don Garci desapareció del real.

—¡Hágase la voluntad de Dios!—exclamó tristemente Bonifaz—. Ese don García era uno de los más bravos paladines de las huestes cristianas.

—Callad; aquí viene Nicolás el de los romances, que es el primer noticiero de Castilla.

—¡Eh, seor Nicolás!—gritó don Ramón.

—¡Acá, señor romancero!—dijo Correa.

El personaje conocido por tan extraño sobrenombre se acercó desembarazadamente al corro que formaban los caballeros. Nicolás el de los romances, el primer poeta español que, según las noticias que nos quedan, cultivó este fértil y popular género de literatura, era un mancebo de hasta veintiséis años, en cuya fisonomía melancólica y burlesca á la vez se veían retratados el genio y la inspiración.

—¿Qué me queréis, caballeros?—dijo con voz humilde, pero entera, reuniéndose á los ricoshomes.

—¿Sabéis algo de Garci-Pérez?

—Acabo de escribir un romance á su muerte, y traigo desgarrado el corazón por la memoria de tan buen caballero.

—¿Pero tenéis alguna noticia de cómo ha sucedido semejante acontecimiento?

—Sólo sé, como todos, que hace cuatro días que faltan del campamento él, don Pedro de Guzmán, Fortún Paja, el loco del infante, y hasta unos quince ó veinte escuderos, sin que nadie sepa dar razón de ninguno.

—Sin duda han acometido alguna imposible aventura, y quedaron en ella.

—Mucho tenemos que llorar la muerte de tan buen caballero.

—Callad; Machuca viene hacia nosotros.

—Tranquilo está, por vida mía.

—Debe ignorar el caso.

—¡Don Diego!

—Dios os guarde, caballeros—dijo éste acercán-

dose al corro—. Pero ¡qué diablos! por todas partes no encuentro más que caras tristes que contrastan de un modo extraño con mi buen humor. ¿Qué ha sucedido en el campamento durante mi ausencia? Por la vigésima vez hago esta pregunta sin recibir contestación.

Todos callaron.

—Será preciso que busque á don Garci para que me informe de lo que hay, ya que todo el mundo se empeña en ocultármelo.

—Teneos, don Diego; vuestro hermano no está en el campamento.

—¿Pues dónde está?

—No lo sabemos.

—Preguntaré á sus escuderos y al bueno de Fortún.

—También Fortún Paja está ausente del real.

—Hablad por piedad, señores, que la tristeza que veo pintada en vuestros rostros llena mi corazón de angustia vaga, que no acierto á definir. ¿Queréis decirme dónde está mi hermano?

Un silencio sepulcral fué la única respuesta.

—Me hacéis temblar—exclamó Machuca aterrado—. Ese silencio, ¿significa que ha sucedido alguna desgracia á don Garci?

—Armaos de valor.

—¿Qué decís?

—Que para eso hemos nacido todos—contestó el maestre de Santiago con solemnidad.

—Vuestro hermano don Garci...

—¿Qué sucede á mi hermano?

—Hace cuatro días que ha desaparecido del campamento, sin que se tenga la menor noticia de su paradero.

—¡Mi hermano ha muerto! ¡Morir él, tan noble, tan valiente, tan galán! ¡Ira de Dios! ¡A caballo, caballeros!

—¡A caballo!—gritaron todos exaltados por las palabras de Machuca.

—Sí—continuó éste—. Allí desde los torreones están esos viles contemplándonos con sarcasmo, después de haber privado de su mejor lanza á la cristiandad con alguna arteria. ¡A Sevilla! ¡A Sevilla!

—¡Sí, á Sevilla!—dijeron cuantos allí estaban.

—Y ardiendo todos en deseo de verse frente á frente con la morisma, iban á correr á sus tiendas para armarse, cuando una voz entera y sonora gritó á sus espaldas con noble acento:

—¡Deteneos!

—¡El rey!—exclamaron todos parándose.

Don Fernando se presentó á la puerta de su tienda, mirándolos á todos con fiero ademán.

—¡Ah! ¿Estabais ahí, don Diego?—dijo echándole una severa ojeada.

—Sí, estaba, señor—contestó humildemente sin atreverse á alzar los ojos del suelo.

—Debería haberlo adivinado. Cuando se trata de emprender locas aventuras, y oigo en mi campo voces de guerra contraviniendo á mis órdenes, no tengo que preguntar quién está á la cabeza de los revoltosos, sino cuál de los dos Vargas anda en ello.

—Señor rey...

—¿No ves la sangre que inútilmente va á correr por tu causa?

—¿Y nada vale la de mi hermano don Garci, que aún empaña las gumias de esos perros de moros?

—¿Qué dices, Diego?—preguntó el rey fuera de sí.

—Que iba á vengar la muerte de mi hermano cuando habéis venido á contenerme.

—¡Por la Santa Cruz!—gritó el rey con un acento en que á la vez se revelaban el amor del padre y la indignación del soberano—. ¡Mi bravo Garci-Pérez ha muerto! ¡Ha muerto mi hijo querido! ¡Dadme una lanza y un caballo! ¡Una lanza y un caballo!

—¡Gracias, señor!— exclamó Machuca arrojándose á sus pies.

—¡Caballeros!—gritó el santo rey casi llorando—. ¡A Sevilla, caballeros!

—Deteneos—dijo un soldado que con una dama en los brazos se presentó en el fondo de la plaza.

—¡Hermano!—exclamó don Diego loco de alegría, corriendo á su encuentro.

—¡Hijo mío!—dijo el rey.

—¡Amigo!

—¡Garci-Perez!—gritaron todos.

Y todos corrieron á recibirle, trocada en alegría la profunda tristeza que embargaba sus pechos.

Muchuca lloraba y reía sin poder darse cuenta de nada, murmurando alegremente:

—¿Eres tú, hermano mío? ¿Eres tú?

—Don Garci—dijo con severidad el rey, pasado el primer momento de alborozo—, ¿cómo salís sin mi licencia del campamento? ¿Qué disculpa podéis dar á semejante modo de proceder?

—¡Vedla aquí, señor rey!—contestó el bizarro mancebo mostrando á doña Elvira, que, rendida al cansancio y la fatiga, yacía en sus brazos casi sin sentido.

—¡Doña Elvira!

—¿Y mi padre?—dijo la noble doncella volviendo en sí.

—¡Pronto estarás en sus brazos, hija mía!—, exclamó conmovido el santo rey—. ¡Bien, Garci-Perez!

Don Diego, estupefacto, miraba á su hermano, sin acertar á decir una palabra.

—Gracias, don Garci—murmuró por fin, estrechándole la mano.

—Reposa, hijo mío, que bien lo habrás menester.

—Bien lo necesito, señor rey, que después de muchos combates y de atravesar á nado el Genil con esa dama, he llegado hasta aquí por sendas escabrosas y desusadas con ella en los brazos.

—Gracias, don Garci. Llevadme á mi padre.

—Vamos, doña Elvira, que no es justo retardarle por más tiempo esta dicha.

Y el rey se dirigió con ella hacia la tienda de don Mendo, mientras los dos Vargas se encaminaban á la suya, seguidos de casi todo el ejército, que vitorreaba entusiasmado á don Garci.

.....
—No puedo encarecerte, hermano mío—decía don Diego á Garci-Pérez al día siguiente—, lo obligado que te estoy.

—Eso no es nada—contestó pensativo don Garci.

—Tú has hecho que el rey me conceda su mano, á pesar de tantos obstáculos, y ahora me la traes salvada de tan graves riesgos. Nunca te agradeceré bastante tu cariñoso afecto.

—No toquemos más ese punto; por favor te lo pido, hermano mío. ¿Ha habido algunas nuevas de nuestro pobre amigo Fortún?

—Ninguna—contestó Machuca con lágrimas en los ojos.

—Habrá muerto por asegurarme la retirada—exclamó tristemente su hermano.

—Era valiente y leal como ninguno.

—Por la espada que ciño, que he de vengar su muerte, ó dejaré de llamarme Garci-Pérez de Vargas.

—Gracias, señor—dijo desde la puerta una voz conocida.

—¡Fortún!—exclamaron los dos hermanos recibéndole en sus brazos.

—El mismo Fortún en persona, que no creía volver á encontrar en el mundo á don Garci.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Que viéndome solo y sin esperanza de salvar el pellejo, acometido de cerca por veinte ó treinta contrarios, me escurrí bonitamente de la silla y di conmigo en el suelo, lo que á favor de la obscuridad de la noche me hizo pasar por difunto á los ojos de mis acometedores.

—¡Lorado sea el Señor!

—No me cansaré de darle gracias mientras viva, por la señalada merced que me ha hecho.

—Sí debes dar. Pero ¿por qué vienes armado con dos espadas?

—La una es la mía; la otra, cogida entre la obscuridad, ha de ser una brillante luz que aclarará muchos misterios.

CAPITULO XXVIII

De cómo Garcí-Pérez retó y venció á don Pedro de Guzmán, sin faltar á la promesa que tenía dada al rey.

Muchos días eran ya pasados desde que sucedió lo que acabamos de referir sin que nada notable ocurriese en el campamento, fuera de la continua recepción de embajadas moriscas, que en tratos de rendir la ciudad llegaban al rey todos los días. Triana había caído bajo la poderosa espada de Garcí-Pérez, y todos los corazones, al ver el desaliento de los moros, abrigaban en el real la lisonjera esperanza de ver pronto terminado el cerco con la rendición de la capital de Andalucía.

Doña Elvira, velando noche y día á la cabecera de su padre, había oído por fin, al cabo de muchos días de tormento, que estaba fuera de peligro, y que dentro de algunos meses, cerradas sus heridas, podría volver á cabalgar y á esgrimir la espada. Pero la noble doncella veía con remordimiento que esta nueva no bastaba á su dicha, y continuaba pensativa y meditabunda, vertiendo mares de llanto durante sus largas noches de insomnio. ¿Qué pasaba en el alma de la pobre niña? Fácil era conocerlo en sus profundos suspiros: amó, se creyó amada por un momento, y desde el día que al campo llegaron no había vuelto á ver á Garcí-Pérez. ¿La olvidó tal vez el noble mancebo?

Don Pedro de Guzmán, que algunos días después regresó al campamento disculpando hábilmente su

ausencia, apenas salía de la tienda de don Mendo, y no cesaba de importunar con su amor á doña Elvira, al paso que Machuca, ocupado por el rey lejos de Sevilla, sólo una vez la había hablado.

—Señor—había dicho al partir á don Fernando—, vuestra alteza me prometió la mano de doña Elvira.

—Ve seguro de que te cumpliré mi promesa tan luego como su padre esté bueno, que antes no es justo tratarle de semejantes cosas—contestó el rey.

Y Machuca partió á combatir al régulo de Niebla formando castillos en el aire.

Serían las doce de un sereno y hermoso día de Noviembre, cuando Garci-Pérez y Fortún Paja, caballeros en dos soberbios potros andaluces, paseaban por las cercanías del real, conversando familiarmente, como á dos buenos amigos cumplía.

—¿Sigues aún buscando la luz?—decía el primero al segundo.

—Y pronto, si mal no me engaño, daré con ella, y sabremos quién nos acometió en Écija. Allí perdí aquella espada que en tanto apreciáis, y ¡vive Dios que he de recobrarla, castigando á esos cobardes asesinos!

—Sean los que fueren, perdonados están por mi parte los que intentaban darme la muerte, que eso es lo único que anhelo ya en el mundo.

—Echad á un lado esos tristes pensamientos, ya que no por vos, por los que bien os quieren. Cada día estáis más desmejorado, y pienso que, si proseguís así, dentro de poco habréis enfermado gravemente. Pensemos en vengarnos de nuestros enemigos.

—Cuando las ofensas no manchan el honor, pien-

so, como el rey don Fernando, que es bueno recibir-las, por tener el gusto de perdonarlas. En cuanto á lo que dices de mi salud, ojalá que cierto fuese y que acabara de una vez esta cadena de desgracias —contestó tristemente el caballero.

—Señor, volved en vos—repuso conmovido el bufón.

—Fortún, los que como tú me tienen afecto, más deben desear mi muerte que mi vida, si buscan lo mejor para mí. ¿Sabes cuánto amo, cuánto adoro á esa dama? Pues bien; si ella es la amada de mi hermano, si no puedo esperar ver logrado nunca este amor, que es la vida de mi vida, ¿qué hago yo en el mundo?

—Combatir por la gloria.

—¡La gloria!—murmuró tristemente don Garci.

—La gloria la queremos para compartirla con la que es dueña de nuestro corazón.

Y así, tristes y meditabundos, los dos siguieron el paseo, ocupados en su melancólica plática.

.

Don Pedro y su amigo don Juan montaban en sus caballos al mismo tiempo, saliendo de la tienda del padre de Elvira.

—Mirad dónde va Garci-Pérez con su digno amigo el bufón de don Alonso, don Pedro.

—Ya los veo; y por Dios que me pesa de ello, que escapándoseme ambos de la famosa emboscada que en Écija les armé, no sé cómo pueda ya lograr mi venganza.

—Dios es Todopoderoso.

—En eso y mi pensamiento confío.

—El hecho es que vos os casáis con la amada de los dos hermanos, que no es poca venganza, siendo

doña Elvira la más ricahembra de las ricashembras de Castilla.

—¿No es aquél don Pedro de Guzmán?—preguntó Garci-Pérez á Fortún.

—Sí, por cierto.

—¡Que me place!

—¿Por qué?

—Porque quiero retarle, á ver si aún persiste después de muerto en robarnos los blasones de nuestra casa.

—¿Y la palabra que habéis dado al rey?

—Se la cumpliré.

—¿Cómo?

—Ya lo verás. ¡Eh, don Pedro de Guzmán!

Guzmán continuó su camino, aparentando no escuchar la voz del ofendido Vargas.

—¡Don Pedro de Guzmán!—volvió á gritar el cuitado caballero—. ¡Acá, don Pedro!

—¿Qué me queréis?—dijo Guzmán, acercándose cuando ya no le fué dado disimular por más tiempo.

—Huélgome mucho de encontraros.

—No tengo yo á poca fortuna que tan buen caballero se alegre de verme.

—Alérgome, porque tenemos pendientes ciertas cuentas que es preciso solventar.

—No os comprendo.

—¿Fuisteis vos el que dijo que me había de hacer borrar las ondas blancas y cárdenas de mi escudo?

—No lo niego.

—Pues ved que no negándolo, habéis de satisfacerme de alguna manera; porque á un Vargas no se le insulta impunemente.

—Mal estaría á quien de noble se precia dar otra

satisfacción que la que entre nobles se usa, y ya sabéis que el rey don Fernando nos ha prohibido venir á las manos.

—¿Consentís en satisfacerme con tal que para ello no tengáis que faltar á la ley de vasallo?

—Sí, consiento—dijo Guzmán preocupado y temeroso.

—¿Creéis que sea desobedecer al rey el lidiar con los moros?

—No.

—En ese caso, yo os reto en mi nombre y en el de don Diego de Vargas, á que acometamos á aquellos siete moros que ahora salen de la ciudad con aire de buscar escaramuza.

—¡Dos contra siete!

—Aquel que salga vencedor en esta lucha, llevará con más derecho las ondas blancas y cárdenas.

—Pero eso es correr á una muerte segura—dijeron á la vez don Pedro, don Juan y Fortún.

—Si no lo hacéis, Guzmán, diré por todas partes que sois un cobarde, y que después de haberme ultrajado rehusáis el duelo que os propongo.

—¡No lo diréis, vive Dios!—exclamó don Pedro loco de ira, aunque temeroso á vista de peligro tanto.—¡No lo diréis en mis días!

—Pues vamos hacia ellos, que este es el único medio de hacerme callar.

—Vamos—dijo Guzmán sin saber lo que le pasaba.

—Pero, señor... —murmuró Fortún.

—Pero, don Pedro... —repuso don Juan.

—No hay más que hablar, señores—interrumpió Garci-Pérez—. No tratéis de impedir un duelo justo, que no puede verificarse de otra manera. Quéda-

te ahí, Fortún, y no me socorras por tu vida, que tal es mi voluntad.

—Estad quedo, don Juan, suceda lo que suceda.

Y espoleando sus caballos se alejaron con rapidez.

Así pasaron algunos minutos.

Los siete infieles, que vieron venir hacia ellos dos hombres solos, detuvieron sus corceles, y los aguardaron asombrados de tanta osadía.

Más fuerte el trotón de don Garci, tomó bien pronto alguna delantera al de Guzmán.

La senda que seguían era estrecha, y estaba cubierta por un lado y otro de elevadísimos olivos.

Garci-Pérez avanzaba veloz como el rayo hacia los moros, al paso que don Pedro perdía más terreno cada vez.

Los siete musulmanes, viendo ya cerca al noble mancebo, se dividieron, colocándose cuatro á un lado y tres á otro de la senda, con objeto de coger en medio al osado que á tanto se atrevía.

Se hallaban ya á tan corta distancia, que los enemigos pudieron distinguir las facciones del cristiano.

—¡Garci-Pérez de Vargas! — exclamó uno aterrado.

—Garci-Pérez—dijeron todos poseídos de igual espanto.

Y quedaron como clavados en tierra, sin osar dar un paso atrás ni adelante, mientras el buen caballero, con rostro sereno y tranquilo continente, pasaba poco á poco por medio de ellos, mirándolos con desdén.

Así siguió poco á poco y sin volver la cara atrás hacia Sevilla.

.

—¡Por Santiago! ¿Estoy soñando, don Lorenzo, ó es cierto que aquellos dos caballeros se dirigen hacia los siete moros que allí están apostados?—decía el rey, estupefacto, mirando desde la puerta de su tienda el arrojado de don Garci y don Pedro.

—Valientes son por vida mía.

—¡Ira del cielo! ¿No veis cómo aquel cobarde, que detrás camina, huye villanamente, dejando solo á su compañero?

—Sí, por el nombre que llevo.

—Corramos en su auxilio.

—Ya es tarde. Acaba de penetrar entre ellos.

—No temáis, que acabo de ver la divisa de su escudo, y es Garci-Pérez de Vargas.

—¡Esto más! ¡Que he de perder á Garci-Pérez!

—Sosegaos, que siete son pocos para él, y no se atreverán á acometerle si le conocen.

—¡Victoria! Acaba de pasar sin que se le atrevan. ¡Gracias, Dios mío!

En este momento notó don Garci que su puñal faltaba de la cintura.

—Debe acabármese de caer, porque hace pocos instantes que lo tenía—pensó—. Tornemos á buscarlo.

Y sin reparar en el riesgo que corría, volvió tranquilamente las riendas á su caballo, encaminándose poco á poco hacia los moros sin separar la vista del suelo.

Los infieles, sin comprender aquel alarde de valor, lo contemplaban extáticos.

Garci-Pérez alzó los ojos del suelo, y se vió solo á corta distancia de los enemigos.

—Bien me temía que ese Guzmán fuese un cobarde—murmuró—; pero no importa.

Y requiriendo la lanza, siguió tranquilamente su camino buscando el puñal (1).

Pasados algunos momentos, se halló en medio de los moros, y vió relucir en la arena la hoja del arma perdida. Entonces, sin dignarse mirar á sus contrarios, tiró de las riendas á su corcel, y se bajó á recoger su puñal.

Los infieles, al verlo parado tan cerca de ellos, creyeron que trataba de acometerles, y sin reflexionar en su número, se dieron á correr espantados.

El buen caballero levantó la cabeza al oír el tropel de la carrera, y viéndolos huir, tomó tranquilamente su puñal y volvió á cabalgar, murmurando con indiferencia:

—Huyen y he vencido. Per Dios que es lástima perder tan soberbia ocasión de morir.

Y se dirigió paso á paso hacia el campamento.

Desde todos los puntos de él, los cristianos contemplaron estupefactos aquel rasgo de valor inaudito, sin que nadie se cuidara de seguir á don Pedro, que sin ser visto entró en su tienda.

Una alegre vocería llegó en alas del viento hasta Garci Pérez, entre la que creyó distinguir los gritos de júbilo del rey y del bufón de don Alonso, que próximo á desfallecer, había seguido con ansiedad todos sus movimientos.

—¡Me vitorean! — dijo tristemente—. ¿Cuándo querrá Dios que lloren sobre mi tumba?

(1) Todos saben que este hecho es histórico, si bien me he permitido algunas ligeras variaciones. En la Crónica de San Fernando se lee: «Y enlazando la capellina, se le cayó la escofia.» Yo digo *el puñal*, siguiendo la opinión generalmente recibida.

Momentos después, don Garci, reunido con Fortún y don Juan, se dirigía hacia su tienda.

—Nadie sino vosotros sabe quién ha sido el que en tal trance me ha abandonado. Juradme que no lo diréis nunca.

—Os lo juramos.

Don Juan estaba triste; el bufón, loco de alegría.

Guzmán, con traje distinto del que instantes atrás vestía, se adelantó á recibirlos, seguido de una inmensa muchedumbre.

—Me habéis vencido y podéis deshonrarme—dijo en voz baja acercándose á Garci-Pérez.

—Vencido estáis y deshonrado; pero nadie sabrá vuestra deshonra, porque los que vieron vuestro rostro sabrán callar como nobles.

—¡El rey!—gritaron millares de bocas.

Y la apiñada muchedumbre abrió paso á Fernando tercero, que, seguido de don Lorenzo y de todos sus principales caballeros, se adelantaba hacia el joven héroe.

—Ven á mis brazos, don Garci—dijo abriéndole los suyos.

—Señor...

—¡Eres la honra de la cristiandad!

—No he hecho más que conducirme como bueno.

—¿Y quién fué el cobarde que tan villanamente te dejó abandonado?

Guzmán temblaba como una hoja combatida por el viento, mirando con angustia á Garci.

—No lo sé, señor—contestó por fin.

—Yo te mando que me digas su nombre.

—Vuestra alteza puede mandarme correr á la muerte; pero no dejar de ser caballero.

Un murmullo de aprobación acogió esta noble respuesta.

—Gracias, don Garci—murmuró por lo bajo Guzmán—; me habéis vencido por segunda vez.

Media hora después, Garci-Pérez, seguido de Fortún, entró tristemente en su tienda, mientras los aplausos de los soldados resonaban á lo lejos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—dijo desalentado, dejándose caer sobre un taburete.

Y se cubrió la cara con las manos, en tanto que dos gruesas lágrimas corrían por las mejillas del pobre bufón.

CAPITULO XXIX

Los efectos de aquella causa.

El arrojó de Garci-Pérez acabó de llenar de espanto á los ya desalentados musulmanes de tal manera, que en Sevilla sólo se pensaba en rendirse, y en tratos de capitular llegaban cada día nuevos embajadores á don Fernando, que, temiendo la dulzura de su carácter, los enviaba al infante don Alonso.

Así corrieron algunos días, hasta que perdida toda esperanza de salvación, la ciudad se entregó bajo las condiciones que al infante plugo imponer; dirigiéndose una gran parte de sus habitantes á Jerez, mientras que Ajataf con otros muchos se embarcó para Ceuta, custodiado por las galeras de don Ramón.

Amanecía el 8 de Diciembre (1), día destinado para la solemne entrada de los cristianos, y el movimiento que ya se notaba en el campamento hacía conocer cuán grandes eran los deseos que las tropas tenían de penetrar en aquel terrible baluarte de la media luna.

Apenas el primer rayo del sol dió color á los horizontes, montó don Fernando á caballo, dirigiéndose hacia el centro de la plaza, donde ya le esperaban los maestros de las órdenes militares y los principales caballeros del ejército.

—Buen día nos da el cielo, caballeros—dijo llegando alegremente al grupo.

—Bueno por Dios, señor rey, que si otra cosa no dispone, hoy habremos de oír misa en la mezquita principal, convertida en templo cristiano—contestó Pelayo de Correa.

—Sí que oiremos, señores, y no tardará mucho. ¿Dónde están Garci-Pérez y su hermano, que no los veo?

—Irán tal vez en la comitiva del infante—dijo Suárez.

—Eso debe de ser. ¿Y don Mendo de Lara?

—Aunque doliente todavía, se encuentra con ánimos para cabalgar y acompañarnos.

—Gracias sean dadas al Señor. Ningún pesar enturbiará el gozo de este día, el más bello de mi reinado.

—El de la Santa Cruz fué la aurora de éste, en que la iglesia celebra la inmaculada Concepción de María.

(1) Hay variedad en el parecer de los historiadores al señalar esta fecha, lo mismo que algunas otras que sería prolijo enumerar.

—A los Vargas lo debo todo. Estos son los resultados de aquel hecho, y corto premio es haberles dado una espada por tal servicio, por mucho que esa espada pueda valer.

.

Serían las ocho de la mañana, cuando el ejército cristiano penetraba en la deseada ciudad prorrumpiendo en estrepitosos gritos de júbilo, que las alegres músicas de don Fernando apenas permitían escuchar. Los vistosos penachos y las relucientes cotas de los caballeros, los brillantes cascos de los peones y las vistosas banderas que sobre sus cabezas ondeaban, heridos vivamente por los rayos de un sol vívido y puro, formaban con sus hermosos colores y variados movimientos uno de los espectáculos más bellos y sorprendentes que imaginarse pueden. En medio de una multitud de doncellas acabadas de llegar de Córdoba, que caminaban esparciendo flores por el suelo, iba en procesión la santa imagen de Nuestra Señora de las Sedes, sobre la que flotaba una aromática nube desprendida de los incensarios de los sacerdotes, que entonando sacros himnos la rodeaban. Todo era gozo, todo era vida en el ejército cristiano.

Así penetró en Sevilla, encaminándose á la mezquita mayor.

Algunos momentos eran ya pasados desde que las tropas se internaron en el revuelto laberinto de sus calles, cuando tres jinetes se dirigían meditabundos hacia la puerta.

—¿No te alegra, hermano mío, la alegría que rebosa en todos los semblantes?

—Mis penas no me dejan reparar en ella.

—Alégrate con mis dichas. ¿Cómo quieres que

goce cumplidamente el bien soberano de ser dueño de la mujer que adoro, si te veo entretanto morir de tristeza?

Un profundo suspiro fué la única respuesta que dió el caballero á quien se dirigían estas palabras.

—¿No has visto cuán hermosa va mi Elvira con su vestido blanco, esparciendo flores ante la sagrada imagen de la Virgen? Piensa en lo dichoso que voy á ser, y el gozo volverá á ti.

—Calla, por piedad— dijo Garci-Pérez con acento desgarrador—; calla, hermano, que me estás matando sin saberlo.

Machuca lo miró estupefacto sin comprender lo que aquella frase significaba, mientras don Garci, volviendo á sus meditaciones, continuó su camino con aire meditabundo.

—¡Hasta cuándo, gran Dios! ¡Hasta cuándo!— murmuró el bufón elevando los ojos al cielo.

CAPITULO XXX

En el jardín del Alcázar.

Para pintar los jardines del Alcázar de Sevilla, para dar á conocer las orientales bellezas que encerraban por los tiempos de la conquista, son necesarios los pinceles del rey de los pintores. Yo no tengo más que una mala pluma: no los profanaré tratando de describirlos. Fuentes, flores, enramadas, grutas, baños, árboles sin cuento, ¡ya habéis desaparecido de la tierra, y sois polvo como el hombre y todas sus obras! Sevilla es el jardín de los encan-

tos, vosotros erais el jardín de Sevilla. Un recuerdo y adiós.

Don Mendo, ya restablecido, paseaba por una de las sombrías calles con Guzmán, siguiéndoles á corta distancia el amigo del último, acompañado de un desconocido.

—Ya estamos en Sevilla, Lara.

—No necesitáis recordarme mi promesa: pronto doña Elvira será vuestra. Voy á ver al rey.

Don Mendo se alejó por un lado, mientras por el otro se acercaban don Juan y el que le acompañaba.

—¿Qué hay, Guzmán?

—Todo va perfectamente. ¡Qué imprudencia, Gazul! — exclamó encarándose con el incógnito —. ¿Cómo te atreves á penetrar en el Alcázar?

—Vengo bien disfrazado. ¿Cómo van nuestros asuntos?

—Mejor de lo que podíamos esperar. He persuadido al rey á que salga de la ciudad y vuelva á Burgos.

—¿Cuándo partirá?

—Dentro de tres días.

Y siguieron conversando misteriosamente.

Entretanto en otro extremo del jardín una doncella hermosa como un ángel escuchaba llorosa, sentada en un banco de césped, las desgarradoras palabras de un gentil mancebo. Eran Garci-Pérez y doña Elvira.

—Adiós para siempre, señora, y á él pluguiera que nunca os hubiese conocido.

—¡Adiós, don Garci! — murmuró la pobre niña deshecha en llanto —; ¡adiós, don Garci!

—¿Para siempre?

—¡Para siempre! ¿Por qué os he visto?

—¿Por qué os he amado? Pensad alguna vez en mí... Pero no, no penséis, que aun esa memoria ofenderá á mi hermano. Sólo os ruego, señora mía, que cuando os vengán á decir: Garci-Pérez ha muerto pronunciando un nombre, recordéis que ese nombre no puede ser otro que el vuestro, y vertáis alguna de esas lágrimas sobre mi tumba de soldado. ¡Adiós para siempre!

Doña Elvira quiso hablar; pero los sollozos ahogaron las palabras en su garganta, y sólo pudo responder llevándose la mano al corazón y elevando los ojos al cielo.

—¡Adiós, Elvira!—dijo Garci-Pérez con acento desgarrador.

—¡Adiós, don Garci!

Y ella quedó llorando, y él se alejó con los ojos arrasados en lágrimas.

—García—dijo gozoso Machuca, que lo encontró á la salida del Alcázar—, pídeme albricias, que el rey acaba de prometerme que hoy pedirá á don Mendo la mano de la que adoro. Abrázame, que estoy loco de alegría.

—¡Bien; goza y déjame!—contestó bruscamente Garci Pérez, apartándolo de sí.

—¿Qué tienes? ¡Qué es esto! ¿Por qué me tratas de esa manera?

—¡Hermano, hermano mío!—exclamó sordamente don Garci, precipitándose en sus brazos y tratando de ahogar, en vano, los sollozos contra su pecho—. ¡Soy muy infeliz!

CAPITULO XXXI

Del premio que pidió por sus servicios el bufón del infante don Alonso.

En un magnífico salón del Alcázar daba el rey don Fernando audiencia á sus vasallos, más por repartirles los premios á que se habían hecho acreedores en la conquista, que por oír sus quejas, que para esto todo el mundo tenía franca entrada en su cámara. Domingo y Nicolás de los romances le habían cantado las trovas que sobre el cerco de la ciudad acababan de hacer, y el rey, satisfecho con esto y con el placer de premiar á sus servidores, estaba alegre y risueño como nunca, cuando don Mendo de Lara penetró en la estancia, dirigiéndose hacia él.

—Dios te guarde, don Mendo—dijo don Fernando—. Bien haces en venir, que estoy pagando servicios, y mucho merecen los tuyos. ¿Qué quieres?

—Poco, señor, para vuestra alteza; mucho, por lo que á mi honor le importa. Tengo prometida la mano de mi hija á don Pedro de Guzmán, y vengo á pedirlos la venia para dársela.

—¿Que la tienes prometida?

—Hace mucho tiempo. El me la sacó en Jerez del poder de los moros, y es lo único que en pago me ha pedido.

—¿Y no tienes medios de negársela?

—Ninguno, señor. Mi palabra está empeñada.

—Y también la mía—contestó el rey—. Prometidosela he á don Diego de Vargas.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Reflexionemos, que más poder tienes que yo sobre doña Elvira, y no es justo que faltes por mi causa á tus promesas.

—¡Señor!—dijo Fortún Paja acercándose al rey.

—¿Ahí estabas, mi valiente Fortún?

—Aguardando mi turno para recibir mercedes.

—Mucho te debo, y hasta ahora nada te he dado en pago. Fija tú mismo tu premio, y que sea grande, pues por mucho que pidas nunca será mucho.

—Pues bien; quiero que vuestra alteza venga, acompañado de todos los ricos homes y damas de la corte, á comer los manjares que le tengo preparados en la Giralda.

—Iré.

—Pero ha de ser hoy mismo, y sin que prosigáis la audiencia ni resolváis ninguno de los negocios que están pendientes.

—Se hará como lo quierdes. Ya véis, don Mendo, que hasta la noche no es posible la resolución de vuestro asunto.

—Gracias, señor—exclamó Fortún—. No os ha de pesar el haber aceptado mi convite.

—¿Cuándo ha de ser la comida?

—Dentro de una hora.

Una hora después, el rey, seguido de los Vargas, Guzmán, don Mendo, su hija, Suárez y toda su corte, subía á la Giralda, donde los aguardaba Fortún.

—¿Cómo hemos de caber tantos allá arriba?—preguntó á Suárez—. Me he fiado de un loco y he hecho mal, que tendremos que bajar sin comer.

—Señor, en lo alto caben más de cincuenta per-

sonas, que la altura es mucha y hace parecer los objetos menores de lo que son.

Don Pedro de Guzmán subía al lado de don Mendo.

—¡Demonio de espada!—decía apoyando la mano con fuerza sobre el puño—. Por más que hago no entra bien en la vaina.

CAPITULO XXXII

Donde se cuenta el banquete que dió Fortún Paja al rey y á su corte en la torre de la mezquita mayor.

La Giralda, en la época á que nos referimos, estaba cssi en el mismo estado que ahora, fuera de las diferencias que el distinto uso á que se destina ha hecho necesarias. Sobre el gran espacio abierto en que hoy se hallan las campanas, se elevaban tres inmensos globos de un metal dorado y reluciente terminados por una aguja que, reverberando con una fuerza increíble los rayos del sol, apenas permitían dirigir los ojos á la torre (1). La misma majestad, el mismo aspecto severo que ahora se nota en este gigante de piedra, que hoy llama á los cristianos al templo con sus lenguas de bronce y en los tiempos de Ajataf oía resonar en su cabeza la poderosa voz del muslin, se veía entonces en él.

(1) Ponderando la tradición la magnitud de estas tres esferas, dice que no cabiendo por ninguna de las puertas, fué necesario hacer una gran brecha en la muralla para introduciras en la ciudad.

Don Fernando, seguido de su corte, llegó al fin de la torre.

—¿Dónde está la comida que me ofreciste?—preguntó el rey á Fortún, que salió á recibirlo.

—Señor, el banquete que os tenía preparado es *ver esta ciudad que Dios os dió*—contestó el loco llevándolo á un balcón, desde donde se descubría gran parte de Sevilla.

El rey paseó gozoso su mirada por aquella encantadora población y la fértil campiña que la rodeaba.

—Buen banquete es por cierto; que desde aquí se domina toda ella y la vista se distrae agradablemente contemplando tanta variedad y riqueza.

—Sevilla es un paraíso; pero yo os le enseñaré mejor. Id mirando los pendones de los ricoshomes que ondean sobre los barrios en que con sus gentes viven. ¡Hermosa es, por mi vida, tanta diferencia de colores! Ved cómo los mueve el viento... ¡Lástima que sean tan pocos!

Don Fernando, siguiendo con la vista el dedo del bufón, que le señalaba una por una todas las banderas de los jefes de su ejército, exclamó meditando:

—¡Pocas son!

—Menos quedarán aún dentro de pocos días cuando os partáis para Burgos.

—No será, por mi vida. Ya no me partiré de esta ciudad.

—Y haréis bien, rey don Fernando. Si de ella os marcháis, no volveréis á entrar en ella; que siendo tan pocos los cristianos que aquí quedaren, pronto los moros serían otra vez sus dueños.

—*Siempre oí decir que los locos saben á veces bue-*

nos consejos; y desde aquí prometo á Dios de nunca volver á Castilla, y aquí ha de ser mi sepultura.

—¡Bien!—dijeron cuantos esto escuchaban, menos Guzmán, que en vano quería encubrir su disgusto.

—Estoy perdido—pensó.

—Ahora, señor, proseguid vuestra audiencia.

—Gracias, Fortún. Yo sabré premiarte este servicio. Acercaos, don Mendo, con vuestra hija; venid acá, don Pedro de Guzmán, que ahora ha de quedar resuelto todo.

Guzmán y Lara con doña Elvira se acercaron al rey, mientras don Diego y Garcí-Pérez la devoraban con los ojos desde un rincón.

—¿Negaréis, don Mendo, á vuestro rey lo único que os ha pedido?

—Mucho me pesa, señor; pero ya está empeñada mi palabra y no puedo faltar á ella.

—¿Queréis devolverle esa palabra, Guzmán amigo?

—Si vuestra alteza me lo manda lo haré; si me lo ruega, no, porque amo á doña Elvira con delirio, y sin ella me sería imposible vivir.

—No llega mi autoridad á tanto, que pueda mandaros eso—contestó el rey—. Perdóname, don Diego, pero ya ves que no está en mi mano el cumplirte mis promesas. Haced lo que queráis, don Mendo.

—Ya veo, señor, cuánto hacéis por mí. Pero mis desdichas ni por eso acaban.

—Animo, Diego—murmuró don Garcí á su oído.

Y los dos hermanos continuaron inmóviles y con rostro sereno, por más que la desesperación reinase en sus almas.

—¡Yo había soñado con la dicha, Garcí!

—La dicha es un sueño, Diego.

—Ya ve vuestra alteza que me es imposible volverme atrás. Prometí mi hija al que la sacase del poder de los moros, y don Pedro es el que la ha salvado.

—Yo he sido.

—¡Mentís!—gritó Garci-Pérez lanzándose al centro de la estancia.

Todos quedaron silenciosos, asombrados por lo brusco de aquel arranque.

—¡Mentís como un bellaco!—repitió.

—Don García—exclamó el rey con severidad—, mirad lo que hacéis, que os ciega el cariño de hermano.

—Ya miro lo que hago, señor rey. Pongo en claro las mentiras de un villano que pretende honrarse con glorias ajenas.

—¡Probad lo que decís!—exclamó don Pedro serenándose—. ¿Quién fué el que salvó á doña Elvira?

—¡Yo!—contestó Garci-Pérez.

—¡Él!—exclamó doña Elvira señalando al hermano de Machuca.

—¡Él!—murmuró don Diego—. ¡Era ella la que amaba!

—Yo—continuó don Garci—. Yo, ayudado de Fortún Paja, la saqué de Jerez, y la llevé hasta una casa de campo, de donde me la arrebató ese cobarde, asesinando villanamente á un anciano.

Guzmán estaba anonadado.

—¿Qué respondéis, don Pedro?—preguntó el rey.

—Que es falso cuanto don García asegura, y que soy el salvador de doña Elvira.

—Ella le reconoce por tal.

—¿Y negará que lo soy?

—No puedo negarlo. Mi bravo caballero no se descubrió jamás el rostro, y por más que mi corazón me dice que era don Garci, no encuentro pruebas que dar en favor.

—¿Recordáis, señora, si ese caballero tenía una herida?—dijo Garci-Pérez.

—Sí, en el brazo izquierdo.

—Miradla—exclamó rasgando sus vestidos y mostrando una ancha cicatriz, que en el lugar señalado por doña Elvira tenía—. Enseñad vuestro brazo, Guzmán.

Don Pedro no contestó, quedando al oír estas palabras como herido de un rayo.

—Enseñadlo, Guzmán—repitió el rey.

Y don Pedro continuó inmóvil y silencioso.

—Dejadle, señores—dijo Garci-Pérez—. ¿Recordáis, doña Elvira, que le vendasteis la herida con vuestro pañuelo?

—Sí.

—¿Es éste? Ved las armas y la sangre—dijo sacándolo del pecho.

—Este es.

—Enseñad uno igual, don Pedro.

Don Pedro, sin oírle, continuaba inmóvil y silencioso.

—Creo haber dado suficientes pruebas de que mentía, señor rey. En cuanto á lo demás que he dicho, no tengo más que mi convicción de que es cierto, y á pie ó á caballo, con lanza ó con espada, lo defenderé en todo tiempo y lugar.

—¿Qué respondéis, Guzmán?—dijo el rey.

—Déjeme vuestra alteza, antes de escucharlo, hacerle una pregunta, que pienso que ha de importar algo—interrumpió Fortún adelantándose hacia Guz-

mán, después de coger dos espadas que en un rincón había.

—Pregúntale lo que quieras.

—¿Queréis que os regale alguna de estas dos armas, don Pedro?—dijo Fortún.

Guzmán no contestó, pero todos advirtieron que se había estremecido al fijar los ojos en las espadas.

—Dígolo, porque esa que traéis no ajusta bien á la vaina, y me temo que se os ha de caer—continuó el bufón.

Todos fijaron la vista en la espada de Guzmán.

—¡La mía!—exclamó admirado el rey.

—¡La del rey!—dijeron todos viéndola en manos de Fortún, que acababa de arrancársela á don Pedro.

—¡Maldición de Dios! No recordé lo que esta arma fatal significaba, y me he venido con ella!—murmuró Guzmán desesperado.

—¿Cómo está en vuestro poder, habiéndola don Garcí perdido en una villana embestida que arteramente le dieron cerca de Écija?—dijo el rey con brusco acento—. Contestad.

Guzmán, desconcertado, no supo qué responder.

—Bien—continuó el rey—; vuestro silencio y vuestro odio á los Vargas, que como á gloria de Castilla quieren todos, me da bien claro á entender lo que calláis. Llevadlo á una prisión hasta que se aclare este asunto.

Y don Pedro salió sin espada de la torre, rodeado de cuatro caballeros.

—Ahora, don Mendo, resolvamos el nuestro pronto, que no hay tiempo que perder.

—La mano de mi hija no es mía. Si don Garcí es su salvador, suya es: que él disponga de ella, que al que la libró está prometida.

—¡Cuánta dicha, Garcí!—murmuró doña Elvira loca de contento, en el oído de su amante.

—Calla por piedad. La admito, don Mendo, y os doy gracias por tan gran merced. La admito para mi hermano.

—¡Don Garcí!—exclamaron á la vez Machuca y doña Elvira.

—Para ti, don Diego—continuó el noble caballero, sintiendo helársele la sangre en el corazón—. Tú la amabas, ella era tu sueño... ¡Sé feliz, hermano mío!

—¿Cómo quieres que acepte, cuando acabo de saber que es la que en Jerez salvaste, la que amas más que á tu vida?

—Te engañas, Diego; yo no la amo—contestó con voz trémula el noble caballero—. ¡Se feliz con ella!

—Hijos míos—dijo el santo rey enternecido—sois dignos el uno del otro. Los dos la amáis, los dos vivís por ella y para ella, y los dos, nobles y generosos como nadie, renunciáis á su mano para cedérsela al otro! ¡Bien, hijos míos!

—Pero ella jamás me ha dado á entender que agradeciese mi amor, y yo sé que corresponde al de don Garcí.

—Te equivocas, hermano.

—¿Es cierto lo que dice don Diego, hija mia?—preguntó el rey.

—¡Sí!—contestó con voz apenas perceptible la hermosa niña, fijos sus divinos ojos en el suelo.

Todos contemplaban con ansiedad el término de aquella generosa lucha.

—¿Lo ves, hermano? ¡Ella te ama!—exclamó gozoso al par que triste el bueno de Machuca.

—Tuya es, don Garcí.

—No. Por más que la quiera, por más que ella sea mi vida y mi aliento, no puedo ser feliz á costa de la eterna desventura de don Diego—contestó don Garcí retirando la mano que el rey le quería tomar para unirla con la de doña Elvira.

—¿Y qué conseguirás con eso? Yo no puedo ser su esposo sabiendo que te ama, y nada gano con tu sublime renuncia sino arrastraros á ti y á ella en mi desventura; es decir, hacerme más desgraciado.

—Sé feliz, pues, hijo mío—dijo el bondadoso rey uniendo las manos de los dos amantes.

—¡Elvira!

—¡Garcí-Pérez!

E iban á lanzarse el uno en los brazos del otro, cuando reparando en el sombrío rostro de Machuca, quedaron inmóviles.

—¡Nunca!—dijo don Garcí.—A esta costa no quiero la felicidad.

—¿Pero no ves que así me haces más desventurado? Amala, amaos—exclamó don Diego volviendo á unir sus manos—. Sed felices.

—¿Y tú?

—Tal vez lo seré también. Ver vuestra dicha será la mía, y así olvidaré mi pasión y mis pesares.

—Vuelve á ceñir esta espada, Garcí, que la espada de Fernán González no está bien sino en tu mano.

—Gracias, señor; gracias, don Diego. ¡Por qué en medio de dicha tanta tengo de ver la desventura de mi hermano!

Todos los caballeros felicitaron á don Garcí que, vacilante entre el placer y el dolor, apenas acertaba á responderles, mientras doña Elvira, loca de

júbilo, estrechaba dulcemente su mano, mirando á su padre y al rey que imploraban sobre ellos la bendición del cielo.

Retirados á un rincón de la estancia Machuca y Fortún, contemplaban este cuadro con lágrimas en los ojos.

—Moriré, Fortún amigo; pero le habré hecho feliz—decía el primero con voz ahogada por el dolor.

—¡Bendito seáis, don Diego!—murmuró el bufón estrechándole la mano.

EPÍLOGO

I

Concluía el jueves 30 de Mayo de 1252.

Pálido y triste el sol, se hundió en medio de una nube de vapores, y la escasa luz del moribundo crepúsculo alumbraba débilmente las revueltas y estrechas calles de la capital de Andalucía, en las que numerosos corrillos de soldados y gentes del pueblo conversaban misteriosamente.

Las palabras que al paso podían cogerse, los rostros sombríos de todos, el silencio sepulcral en que la ciudad estaba sumida, el lúgubre son de las campanas, que de vez en cuando los interrumpía, todo anunciaba que algún funesto acontecimiento sucedía en aquellos instantes.

—¿Y qué será de Castilla?

—Dios nos valga.

—¡Roguemos á Dios por él!

—Dicen que el mal no tiene remedio.

—Tal vez habrá ya muerto.

—¡Dios santo!

—¡Dadle vuestra santa gloria!

—Haced compasión de nosotros.

Y todos, cuchicheando en voz baja, se dirigían

hacia el Alcázar, delante del cual una inmensa muchedumbre, taciturna y silenciosa, interrogaba con los ojos los gigantescos torreones de sus murallas.

¿Qué acontecía en el Alcázar, que de tal modo impresionaba á la multitud?

En una arábica estancia, rodeado de sus hijos, la reina y la flor de los ricos homes de Castilla, expiraba el santo rey don Fernando. Las lágrimas que de todos los ojos brotaban, y las preces que por su salud se hacían al Altísimo, daban á entender claramente cuán sentida era la pérdida de aquel modelo de reyes, bajo cuyo imperio había adquirido tan gran superioridad la cruz sobre la media luna.

Nadie osaba desplegar los labios. Y las campanas de la iglesia mayor seguían dando al aire lúgubres sonidos.

—Acércate, Garcí-Pérez —dijo el moribundo con voz casi imperceptible—; ven acá, hijo mío. Ya he dispuesto de mi alma y de las cosas de mi reino... Tú dirás que he olvidado á los Vargas... á los mejores caballeros de Castilla...; eso yo no lo olvido nunca. Venid acá todos... acercaos... Mi voz se ahoga en la garganta y podríais no escucharme; Garcí-Pérez, Diego, á todos les he dado alcaldías y castillos y lugares... Vosotros merecéis más... Os lego mi espada... la espada de Fernán-González.

—Gracias, señor—exclamaron los dos hermanos.

—Silencio; aún me queda que decir... y la vida se me va por instantes... Defended á mis hijos... Velad por don Alonso y por la reina... Juradme que no los abandonaréis.

—Os lo juramos.

—Gracias, hijos míos. Dadme las manos... ¡Ah!, se me olvidaba... Doy á Fortún Paja la alcaldía

de Alcalá de Guadaira... y quiero que sea hidalgo y caballero en Castilla... Decidle que me he acordado de él en mis últimos momentos. Ahora, señores, si á alguno he ofendido sin pensar, que me perdone... como yo perdono cualquier agravio que me hayan hecho..., que Dios nos perdonará á todos... Don Alonso, vas á ser rey... vela por tu pueblo... arregla las leyes. No puedo más.

Y volvió á reclinar la cabeza sobre la almohada, en medio de un silencio sólo interrumpido por los sollozos de la reina y las infantas.

—Elevad la mente á Dios, señor rey; no penséis en las cosas de la tierra—exclamó á su lado don Raimundo, el arzobispo de Sevilla.

El rey se incorporó de nuevo, y murmuró con voz ahogada:

—Ponedme una soga en la garganta y una vela encendida en la mano.

El mandato fué obedecido, y el rey, ayudado de Garci-Pérez y de don Raimundo, se puso de rodillas.

—*Señor*—exclamó dirigiendo los ojos al cielo—, *disteme reino, honra y poder sin merecimientos. Todo cuanto me diste te entrego, y te pido al entregarte mi alma, que seas servido de usar con ella de tu divina misericordia.*

Y cayó, y ni el más ligero ruido interrumpió el silencio que en la estancia reinaba.

Entretanto la muchedumbre seguía mirando con ansiedad las ventanas del Alcázar.

Y las campanas de la iglesia mayor daban al aire lúgubres sonidos.

—Don Raimundo... mi alma se separa ya de la cárcel terrenal... Entonad el *Te Deum*.

—*Te Deum laudamus!* resonó alegremente en todos los ámbitos de la estancia.

—¡Adiós!—murmuró el rey—, ¡adiós, hijos míos!... ¡Qué felicidad!...

Y su alma voló á las sagradas regiones, en medio de las suaves armonías del cántico sagrado.

—¡El rey ha muerto!—gritó Garci-Pérez con acento desgarrador.

—¡El rey ha muerto!—repetieron cuantos en la estancia estaban, con voz ahogada por los sollozos.

Y pasando de pieza en pieza, lúgubre y sombría, llegó hasta la muchedumbre que en torno del Alcázar se apiñaba, la aterradora frase.

—¡El rey ha muerto! (1).

II

Cerca del Gadalkquivir y en medio de un bosque de naranjos y limoneros, cuyos gratos perfumes embalsamaban el ambiente, se descubría una magnífica casa de recreo, rodeada de calados miradores que daban á entender que en época no muy lejana había pertenecido á alguno de los magnates de la brillante corte de Ajataf.

Sentadas en un banco de césped que á la puerta de la quinta había, dos damas de singular hermosura devoraban con los ojos hacia algunas horas el camino de Sevilla. Eran Elvira y doña Blanca. De

(1) No todos convienen en la fecha de la muerte del santo rey. El margen del martirologio de la iglesia de Burgos señala el 29 de Mayo. El del monasterio de las Huelgas el 27 del mismo. La opinión que sigo es la que más probabilidades de certeza tiene.

repente vieron aparecer en él un jinete, que á rienda suelta corría hacia ellas.

— ¡Fortún! — exclamó Elvira saliéndole al encuentro. ¿Qué sucede?

— Vengo de Toledo de ver á mis hijas, y no he entrado en Sevilla. ¿Y don Garcí?

— Hace tres días que partió llamado por el rey, y aún no ha vuelto. Pero traes el rostro desencajado. ¿Qué tienes, amigo mío?

— ¿Recordáis las ruinas del Genil, en las que tan apurados nos vimos para salir con vida?

— Sí.

— Acabo de presenciar en él una escena horrorosa. Unos campesinos sacaban del agua los cadáveres de dos moros que, según me dijeron, se habían arrojado á él huyendo de una banda de salteadores que los perseguían. Me aproximé á ellos por curiosidad, y conocí horrorizado en los dos difuntos á nuestros antiguos enemigos Guzmán y Gazul, que huyeron de Sevilla el día en que el primero quiso entregarla á los infieles, y yo burlé sus intentos con el banquete de la Giralda.

— ¡Dios les haya amparado! — exclamaron las dos damas.

— No habrá, que el uno era infiel y el otro renegado. Sin embargo, su piedad es infinita, y si en los últimos momentos abjuraron sus errores...

Una gran polvareda, que en medio del camino advirtieron, llamó su atención hacia aquel lado. Pronto, saliendo de ella, vieron á los dos Vargas seguidos de sus escuderos.

— ¿Qué tienes, Garcí? — dijo doña Elvira advirtiendo la tristeza que en su rostro se veía retratada.

—¡El rey ha muerto! —murmuró el noble caballero en tono sombrío.

—¡El rey ha muerto! —exclamaron todos con las lágrimas en los ojos.— ¡Dios mio! ¡Abridle vuestra santa gloria y tened piedad de nosotros!

—¡Y quién lidiará ahora por Castilla! —dijo el bufón desesperado.

—¿Aquí estás, Fortún? Su alteza se ha acordado de ti en sus últimos momentos, dándote la alcaidía de Alcalá.

—¡El rey se ha acordado de mí! ¿Para qué más premios que esa memoria?... ¿Ya soy viejo, y sólo anhelo vivir y morir cerca de vosotros y de mi familia. Y vos ¿qué pensáis hacer?

—Retirarme á esta quinta con mi esposa, y no salir de ella sino cuando la religión y la patria estén en peligro.

—¡Nos ha legado su espada, la espada de Fernán-González! (1) —exclamó tristemente Machuca.— Cuando la cruz necesite de adalides, saldremos de nuestro retiro y con ella arrojaremos á los infieles más allá de los mares.

—Recemos por el rey, caballeros, —dijo doña Blanca.

Y todos cayeron de rodillas.

.....

Cuando la media luna alcanzaba una victoria, cuando los cristianos emprendían una gran empresa, Garci-Pérez, su hermano y Fortún montaban á caballo, y á los pocos días volvían contentos y victoriosos. Por espacio de algunos meses Machuca

(1) La famosa arma que da título á esta novela se conserva religiosamente en la biblioteca de la catedral de Sevilla.

continuó melancólico y sombrío, evitando cuidadosamente las ocasiones de encontrarse con la esposa de su hermano. Pero pasaron días y días, y el tiempo, que todo lo cura, volvió la alegría á su corazón, porque se acostumbró á mirar una hermana en doña Elvira y una amante en la viuda de don Alvar.

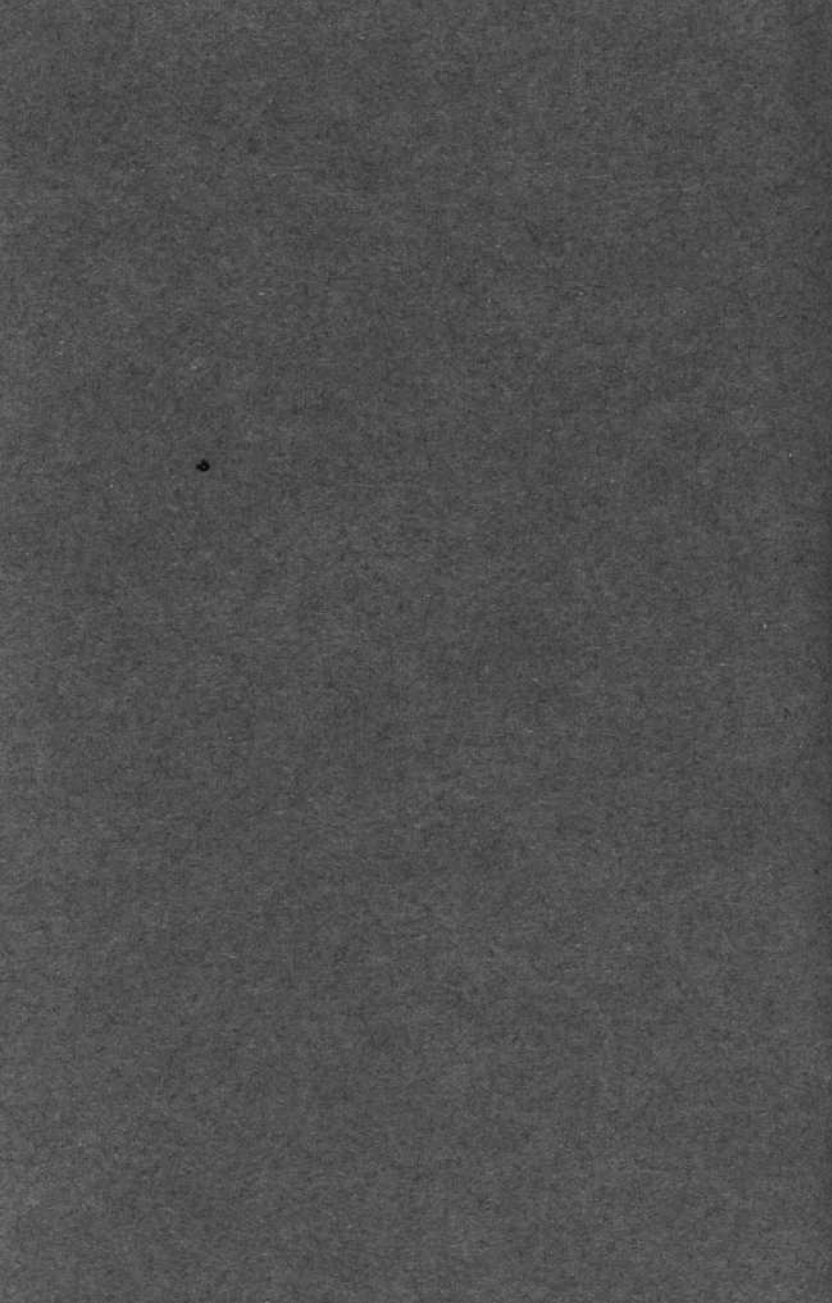
Un día que los tres amigos paseaban por una de las sombrías alamedas de la quinta departiendo sobre la misteriosa y obscura muerte de don Pedro, preguntó Garci-Pérez á Fortún:

—¿Y no sospechas quién puede haber sido el instrumento que el cielo eligió para ejercer su justicia?

—¡Averígüelo Vargas! —contestó el bufón con sonrisa maligna.— ¡Averígüelo Vargas!

ADVERTENCIA

Dos cosas hay en esta novela que á primera vista algunos creerán anacronismos. Si lo son, de intento están cometidos, pues tan bien como cualquiera sé que generalmente se creen de época muy posterior la celada y el tratamiento de Alteza. Pensamos que es errada la opinión acerca de lo primero, porque en un códice latino de principios del siglo XIII que poseía mi amigo D. Esteban Hernández, y en varios privilegios de fines del XII, y aun en las crónicas más conocidas, se habla de celadas, petos, etc., si bien no por eso se entiende que estuvieran muy extendidos aún ni mucho tiempo después. En cuanto al Alteza, debo advertir que nunca lo uso oficialmente, ni siempre lo doy al rey, á quien no pocas veces hablan de vos: hasta bastante después no se encuentra en los documentos públicos; pero introducido por la adulación y aclimatado por la costumbre, se usaba mucho antes del modo que en esta obra; viniendo de aquí que parase, con el transcurso del tiempo, á ser tratamiento de los reyes.



MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número. 462	Precio de la obra.....
Estante.. 16	Precio de adquisición.....
Tabla..... 4	Valoración actual..... 7.00
Número de tomos....	



Eguilaz

La Espada
de

San Fernando

469.

